

TEATRO 23

EL PÚBLICO

Z-183

SERGIO ARRAU

**DIGO QUE
NORTE SUR
CORRE
LA TIERRA**



**DIGO QUE NORTE SUR
CORRE LA TIERRA**

SERGIO ARRAU

TEATRO 23

**EL P
UBLICO**



MADRID, SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1992

Suplemento de El Público, revista bimestral del espectáculo,
editada por el Centro de Documentación Teatral
del Instituto Nacional de las Artes Escénicas
y de la Música.
Ministerio de Cultura.

Director:
Moisés Pérez Coterillo.

Portada:
Antonio Fernández Reboiro.

**EL PÚBLICO
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN TEATRAL**

Capitán Haya, 44
28020 Madrid.

Teléfonos:
Redacción y Documentación:
(91) 572 33 11/12/13/14
Suscripciones y Fax: (91) 570 51 99.

Imprime:
EGRAF, S. A.
C/ Luis I, 5. 28031 Madrid.
Depósito Legal: M. 22048-1992
NIPO: 302-92-003-9
ISBN: 84-87075-29-0

Este volumen se vende conjunta e inseparablemente con el número 92,
correspondiente a los meses de septiembre y octubre de 1992.

Esta edición

© 1992. El Público/Centro de Documentación Teatral

SUMARIO

El nacimiento de una nación	9
<i>Pedro Bravo-Elizondo.</i>	
“Digo que Norte Sur corre la tierra”	15
Espacio y personajes	19
<i>Primera parte:</i>	
La larga agonía de un conquistador	21
<i>Segunda parte:</i>	
La corta alborada de un libertador	83
Notas	131

EL NACIMIENTO DE UNA NACIÓN

PEDRO BRAVO-ELIZONDO

El tema de la raigambre nacional indígena en Chile fue motivo, a comienzos del presente siglo de un temprano artículo del dramaturgo Antonio Acevedo Hernández. El autor se preguntaba:

“Marquina ha entrado en la grande Historia de España y en diversas epopeyas ha exaltado su raza. (...) Y nosotros, ¿qué hemos hecho? Ya he hablado de nuestra historia a la que nadie ha parecido ver, y que está llena de episodios estupendos (...)”¹.

Será la generación de los años cincuenta la que rescate el tema de la conquista y la nacionalidad. Fernando Debesa con *El guerrero de la paz* (1962), dramatizará la vida del defensor de los indios en Chile, el padre Luis de Valdivia. Un escritor de calibre como lo fue Benjamín Subercaseaux, incursionará en la dramaturgia con *Halcón Ligero* (1957), tragedia en cinco actos, sobre la vida de Lautaro. Isidora Aguirre incidirá en el tema con su *Lautaro* (1981).

Sobre esta última conviene anotar que el director de la obra utilizó al héroe mapuche como símbolo contra la represión por la cual atravesaba el país en aquellos años. La representación escénica, mostraba a los conquistadores armados con metralletas, estilo período pinocheteano, en vez de arcabuces.

Entre tanto en Lima, Perú, el chileno Sergio Arrau, quien además es profesor de Historia y pertenece a la generación aludida anteriormente, también había escrito un drama sobre el héroe araucano. Al publicarlo, cambió el título a *Digo que Norte Sur corre la tierra* para que no se confundiese con el de Isidora Aguirre². La frase corresponde al Canto Primero de *La Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga,

“Digo que Norte Sur corre la tierra
y baña la del Oeste la marina;
a la banda del Este va una sierra
que el mismo rumbo mil leguas camina;
en medio es donde el punto de la guerra

por uso y ejercicio más se afina:
 Venus y Amón aquí no alcanzan parte,
 sólo domina el iracundo Marte.”

Sergio Arrau no intenta ni pretende plantear con su “crónica dramática”, el viejo debate jurídico-moral de la conquista. A lo largo de la fábula teatral, los conquistadores no son los entes posesos por la destrucción de la leyenda negra, ni los cruzados medievales de la evangelización del Nuevo Mundo.

Lo que Arrau quiso presentar en su obra es una visión de la nacionalidad chilena, según sus palabras, “lo que constituye las raíces”, plasmada en el enfrentamiento racial y cultural que representan Pedro de Valdivia, el conquistador, y Lautaro, el líder y símbolo de la resistencia mapuche³. Para el lector no familiarizado con la historia de Chile, el extremeño Pedro de Valdivia tenía, entre su numerosa servidumbre, tres caballerizos a quienes acostumbraba llamar por sus diminutivos. Hijos de jefes indígenas, Andresillo era del valle de Copiapó, en el norte de Chile; Agustinillo, del Mapocho, centro del país, y Felipillo, de Arauco, sur de Chile. Felipillo había recibido el nombre en honor del hijo único de Carlos V. Su nombre verdadero era Lautaro o Halcón Ligero. Él simbolizará el espíritu de resistencia del pueblo araucano y ocupa un sitio preferencial en la mitología popular chilena⁴.

¿De qué recursos intertextuales se vale Arrau para cumplir con la regla básica de verosimilitud literaria de su personaje? Obviamente, al retomar los versos de *La Araucana* de Alonso de Ercilla para titular su obra, impone el canon del poema épico por excelencia en la literatura latinoamericana. El discurso histórico colonial reforzará los planteamientos del enunciador, permitiéndole al enunciatario el reconocimiento del referente. Pero al mismo tiempo, Arrau parodiará *La Araucana*, exponiendo de este modo el objeto parodiado y su homenaje a él. Sabemos que, en teatro, esto representará una recuperación de la teatralidad y una ruptura de la ilusión.

A fin de no dejar dudas del uso de este recurso, Arrau introduce en la segunda parte de la obra el personaje Ercilla, el cual recita algunos versos sin intervenir en la acción o desarrollo, sino apoyando el discurso dramático de Lautaro. Obsérvese la acotación escénica al respecto:

(Entra Alonso de Ercilla leyendo, sumamente satisfecho, su obra *La Araucana*. A su conocido atuendo español ha agregado algunos adminículos mapuches. En la cabeza lleva un bonete rojo, igual que Lautaro. En la frente un cintillo con varias plumas. De su cintura cuelga una macana. Entre tanto los actores arman una empalizada. Ercilla recita con mucho brío y tal como si fuese Lautaro).

Arrau no se distingue por el respeto a los mitos. El uso paródico de algunos versos del poema épico desmitifica el pseudo contenido histórico que se le ha querido otorgar a las notas renacentistas de *La Araucana*. Uno de los tantos ejemplos es el verso en que Lautaro exige como tributo a los españoles, para una tregua en la guerra,

“Treinta mujeres vírgenes apuestas
por tal concierto habéis de dar cada año,
blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
de quince años a veinte, sin engaño...”

ACTOR 1.º ¡Miren con la que sale...!

ACTRIZ 1.ª ¡Cállate!

ERCILLA. (*Leyendo.*) “han de ser españolas, y tras éstas, treinta capas de verde y fino paño, y otras treinta de púrpura, tejidas, con fino hilo de oro guarnecidas.”

ACTRIZ 1.ª (*Riendo.*) ¡Quiere estar a la moda, el caballero!

Otro de los textos ya establecidos, *Canto General* de Neruda, sirve de entorno al episodio de la marcha de Pedro de Valdivia hacia la Araucanía, Tucapel, en búsqueda del joven líder mapuche. El retruécano inicial de la estrofa señala la fuerza arrolladora de la naturaleza y de sus habitantes,

“Araucanía, ramo de robles torrenciales,
Oh patria despiadada, amada oscura,
solitaria en tu reino lluvioso
eras sólo gargantas minerales,
manos de frío, puños
acostumbrados a cortar peñascos,
eras, Patria, la paz de la dureza
y tus hombres eran rumor,
áspera aparición, viento bravío”.

Este será el texto que Sergio Arrau no desmitificará, ni degradará, suponemos que por el valor de architexto o texto global de la cultura chilena, prestigiado el *Canto General* por la autorizada voz lírica. El uso imperfecto, “eras, Patria, la paz de la dureza y tus hombres eran rumor”, apunta al nacimiento, al momento de la nacionalidad señalado por el choque de las dos culturas.

Utilizando teatro en el teatro, en escenas paralelas, degrada a los historiadores que con tintes racistas enfocaron el levantamiento indígena y su lucha por la tierra. En un juicio en que Arrau utiliza el personaje de la Comedia del Arte, Arlequín, se insertan estos parlamentos,

INQUISIDOR. (...) (*Ha entrado el Actor 1.º trayendo gruesos legajos que va pasando al Inquisidor.*) Jerónimo de Vivar dice: “Y viendo un mal indio que se decía Lautaro, que servía al Gobernador, que los indios aflojaban, se pasó a ellos.”

ARLEQUÍN. (...) Y se pasó a los mapuches que estaban perdiendo. ¡Bien raro oportunismo! ¿No era más oportuno quedarse con los que estaban ganando?

JUEZ. No interrumpa defensor. Prosiga fiscal-inquisidor.

INQUISIDOR. (*Cogiendo otro legajo.*) Córdova de Figueroa dice: “Quiso fabricar la ruina de su señor, notable seña de su tenaz venganza”. ¿Qué indica esto, señores, sino amoralidad, falta de principios, de sentido ético elemental? (*Coge otro legajo.*) Dice Miguel de Olivares: “Olvidando la fidelidad debida a su dueño por el amor a su patria, se pasó del partido vencedor al de los vencidos”. ¿Ven ustedes señores? ¡Qué negra ingratitud!

ARLEQUÍN. ¡Pero qué cosa más graciosa...! ¿Quién lo está defendiendo, usted o yo? Porque su testigo dice que el acusado se pasó al enemigo... ¡No, al amigo, mejor dicho, a los suyos!... por amor a la patria. ¿Acaso el amor a la patria es delito?

Entre otros discursos establecidos, el defensor cita a Diego Rosales, el cual es rechazado por el Inquisidor, pues Rosales “es historiador y no cronista. Y como tal interpreta los hechos del pasado. No cuenta lo que vio”. Estos diversos modos de recurrir al intertexto, enfatizan y otorgan validez a ciertos discursos, en detrimento de otros, lo cual hace que el perspectivismo del enunciador prevalezca por sobre ciertos cánones, como el de *La Araucana*.

El texto global de la cultura chilena, es quizás el intertexto más utilizado por Sergio Arrau, a través de insinuaciones picarescas, de doble sentido, o acotaciones ligeras tan peculiares del habla popular chilena, reforzado por los gestos actorales que define en las acotaciones.

En la segunda parte, utiliza la perspectiva popular para presentarnos la traición perpetrada por Catiray contra Lautaro. Arrau, criado en la zona central de Chile, agrícola por excelen-

cia, conoce demasiado bien las costumbres regionales. Ello le permite entregarnos “la cueca de los traidores”. La cueca es el baile nacional folklórico chileno, eminentemente campesina. Su forma estrófica comprende cuartetos de siete y cinco sílabas. Se caracteriza por la picardía de sus versos. Apréciense su estilo en esta cita:

“ACTRIZ 2.^a (*Tocando y cantando.*)

La traición es un bicho
 muy repugnante,
 Catiray insidioso,
 indio cargante.
 Enmascaras pasiones
 tras ideales
 y son puras mentiras
 muy personales.
 Muy personales, sí,
 qué mala suerte,
 que Lautaro, mi toqui,
 vaya a la muerte.
 Es pa' quedarse muda
 con tanto Juda”.

No es gratuita la aseveración de Sergio Arrau, cuando en el paratexto insiste en que “Solamente dos de los actores, los que representan a Pedro de Valdivia y a Lautaro, tienen caracterización completa y acabada, puesto que no representan otros personajes. En cambio los demás, interpretan varios papeles. De esta manera el dramaturgo centra la fábula en el individuo, no en la colectividad (como lo hizo en *Lisístrata González*), y a la vez permite, al utilizar un actor en varios papeles, distanciar en el sentido brechtiano, la acción del conflicto histórico, desplazándolo hacia el enfrentamiento racial y cultural que representan Pedro de Valdivia y Lautaro.

La eliminación de la cuarta pared, que busca producir el distanciamiento abierto y consciente, cumple con el propósito de recordarle al espectador su función de crítico ante lo representado, la elaboración de su propia interpretación o el asumir el intertexto que mejor calce con su punto de vista. Lo que es evidente en la obra es la épica del enfrentamiento que fijó un carácter indeleble en el pueblo chileno. De esta manera se justifica plenamente el final de la pieza, con la proyección de diapositivas “de momentos fundamentales en la historia de Chile”, mientras los actores, citan a Lautaro y Valdivia y finalmente en un *crescendo* unen sus nombres en una contracción sustantiva que resume el sintagma dramático, “¡Val... taro!, ¡Lau... divia!

Finalmente Arrau nos demuestra con *Digo que Norte Sur corre la tierra*, la contradicción permanente entre historia, crónica y discurso literario, pero afianza la verosimilitud de la creación dramática, en su peculiar universo lingüístico.

NOTAS

¹ "Consideraciones sobre el teatro chileno". *Atenea* 96 (1933), 157-158.

² Cito por Sergio Arrau, *Digo que norte sur corre la tierra*. Lima, Lluvia Editores, 1981. Isidora Aguirre estrenó su obra en 1981. La publicó en 1982, fecha que entrega Patricia E. González en su artículo "Isidora Aguirre y la reconstrucción de la historia en *Lautaro*, *Latin American Theatre Review*, 19/1 Fall 1985, 13-18. En la revista *Conjunto* núm. 46, octubre-diciembre de 1980, páginas 23-83, Isidora publicó *Marichi Hue (Nunca seremos vencidos)*. *Epopeya mapuche y vida de Lautaro*. Con algunos cambios de forma y estilo, es el *Lautaro* al cual aludimos anteriormente.

³ Fernando Alegría lo expresaría en estos términos: "En *La Araucana* no hay vencedores ni vencidos (...). El resultado final de esa lucha es una maravillosa unión, el nacimiento épico de un nuevo pueblo hecho con la sangre hispana y la sangre india, cuya mentalidad y cuyo destino mostrará el sello de quienes lo engendraron" (Mi énfasis). En *La poesía chilena. Orígenes y desarrollo, del siglo XVI al XIX*. México, FCE, 1954; 39.

⁴ Lautaro, inmortalizado por su genio militar, se convertirá en los albores de la Independencia en símbolo del amor a la nueva patria y de rechazo al extranjero invasor. De "toqui" del pueblo mapuche se transformó en enseña latinoamericana. José de San Martín, Alvear, Zapio-la, y otros iniciados en la masonería europea fundan en Buenos Aires la *Logia de Lautaro y de Caballeros de América* en 1812, más conocida como *Logia Lautarina*. Su ámbito de acción se extendió a Chile, Perú, Bolivia y Uruguay. En el Chile de Pinochet, uno de los grupos de resistencia armada, tomó el nombre del líder mapuche.

DIGO QUE NORTE SUR CORRE LA TIERRA

*Digo que norte sur corre la tierra,
y baña la del oeste la marina;
a la banda del este va una sierra
que el mismo rumbo mil leguas camina:
en medio es donde el punto de la guerra
por uso y ejercicio más se afina.
Venus y Amón aquí no alcanzan parte,
sólo domina el iracundo Marte.*

LA ARAUCANA, Canto I

Para Haydée

ESPACIO Y PERSONAJES

Para diez actores (ocho hombres y dos mujeres)

Escenografía funcional: rampas, desniveles practicables, telones para proyecciones, etcétera. El escenario debe constituirse en instrumento plástico de actuación que permita múltiples transformaciones a la vista del público y a ser efectuadas, muchas de ellas, por los mismos actores.

Solamente dos de los actores, los que representan a Pedro de Valdivia y a Lautaro, tienen caracterización completa y acabada, puesto que no representan otros personajes. En cambio los demás, que juegan varios roles, marcarán sus distintos personajes con simples cambios de aditamentos característicos. También cada actor, en determinados momentos, se representará a sí mismo.

De esta manera, aparte de los ya mencionados Valdivia y Lautaro, el actor 1.º representará además al capitán Altamirano, a Colo-Colo, a Juan Pinel, a un soldado, a un indio y a Felipe Segundo. El actor 2.º al capitán Lope Ruiz, a Marcos Veas, a un financista, a un indio, a un soldado y a un vecino de Santiago. El actor 3.º a un indio y al "falso" Lautaro, a Francisco Villagra. El actor 4.º a Agustinillo, a Catiray, a un arlequín, a la patrona y a un soldado. El actor 5.º al "falso" Pedro de Valdivia, a Pedro Villagra, a un indio, a Francisco Pizarro, a un inquisidor y a un soldado. El actor 6.º a Andrés, a Alonso de Ercilla, al Juez, a Valdivia "En el Romance", a un indio y al locutor. La actriz 1.ª representa a Marina, a Inés de Suárez, a Juana Jiménez, a la sesuda y a Matilde. La actriz 2.ª a Guacolda y a una prostituta. Ambas actrices serán también, en determinado momento, indias mapuches y cantoras huasas.

En algunos sectores del escenario se apilan, como al desgairre, utilería y vestuario que utilizarán los actores al cambiar de personaje y situación, en lo posible a la vista del público, y como se ha dicho, con simples aditamentos.

Al empezar la función entran los actores, menos Pedro de Valdivia y Lautaro, vestidos con ropa "de trabajo". Alguno comenta un suceso reciente, otro una anécdota, otro tararea una canción de moda, otro saluda a algún conocido que esté en el teatro y hasta puede ir a hablar con él. Entran casi al mismo tiempo, pero no ordenados, tal como si se hubiese indicado que dentro de poco hay que comenzar a actuar. Sin apuro, pero alegres —se desea cumplir una buena jornada— los actores 1.º, 2.º y 3.º se colocan casco y coraza españoles de la conquista. Son ayudados por las actrices. El actor 4.º se pone prendas indígenas españolizadas. Los actores 5.º y 6.º por su parte, despejan el área escénica dejándola lista para la representación.

Se escucha una trompeta, que produce entre los actores el efecto del tercer timbre. Se retiran hacia los costados y miran expectantes hacia el foro. Al mismo tiempo se crea ambientación lumínica.

PRIMERA PARTE
LA LARGA AGONÍA
DE UN CONQUISTADOR

“La muerte temida da más vida”.

Ingresa Pedro de Valdivia¹, hombre de 56 años, vestido a la usanza de los conquistadores españoles del siglo XVI, con coraza y celada. Cansado, se sienta en un pequeño practicable, tronco o piedra.

VALDIVIA. *(Mirando hacia un lateral.) ¡Desensillad los caballos! ¡Provedlos! ¡Ah, y que la gente también coma y descansen! ¡Agustinillo!²*

Se incorpora a la acción el actor 4.º, representando a Agustinillo.

AGUSTINILLO. *¿Amo...?*

VALDIVIA. *Ayudadme con la celada.*

AGUSTINILLO. *Sí, mi amo. ¿Te quito también la coraza?*

VALDIVIA. *No.*

AGUSTINILLO. *Pero así no podrás descansar bien, amito.*

VALDIVIA. *Esto no es descanso, sólo un breve respiro. En cualquier momento continuaremos la marcha.*

Se integran a la acción los actores 1.º y 2.º, como los capitanes Altamirano y Lope Ruiz.

ALTAMIRANO. *Mi parecer, don Pedro, y con el mayor respeto... es el que deberíamos continuar hacia Tucapel sin demora.*

VALDIVIA. *La hueste necesita recuperar fuerzas. La jornada ha sido extremada. Aquí esperamos a Bobadilla y a los soldados que partieron de exploración.*

ALTAMIRANO. Ya deberían estar de regreso. Por eso opinó...

LOPE RUIZ. Algo les ha sucedido, excelencia. Quizá un encuentro con los naturales...

VALDIVIA. Imposible, la orden fue precisa: observar los alrededores del fuerte y nada más. Bobadilla es hábil y cauto. Volverá.

AGUSTINILLO. ¿Te preparo un ulpo, amo?

Valdivia afirma. Ingresamos a la acción el actor 3.º, como el capitán Juan Castillo.

CASTILLO. Por todos lados grita el silencio. Demasiada tranquilidad, a fe mía.

LOPE RUIZ. Comenzó a llover, nuevamente.

VALDIVIA. ¿Preocupado, Juan?

CASTILLO. ¡Cómo no estarlo, señor! Hay algo en el ambiente que... ¡Voto a...! Y somos tan pocos.

VALDIVIA. Con siete soldados salí del Cuzco hace trece años.

CASTILLO. Pero no os encontrábais, como ahora, don Pedro, en el corazón de Arauco. Y con los rumores de alzamiento de estos malditos indios, que Dios confunda.

VALDIVIA. *(Mirando a Agustinillo.)* ¡Callaos, capitán!

CASTILLO. Agustinillo es de otra cepa, señor. Yo me refiero a esos araucanos. Ojalá fuesen como nuestros yanaconas³, que así no habría problemas. ¡Pero esos condenados...!

VALDIVIA. ¿Qué sacáis con maldecir, Juan?

CASTILLO. Al menos se quita un algo la inquietud del cuerpo.

LOPE RUIZ. ¡Lluvia y más lluvia...! Pudre el espíritu. Lo torna temeroso e inquieto. ¡Qué país infame! Como se echan de menos otros lares, ¿eh, Altamirano?

ALTAMIRANO. ¿La Ciudad de los Reyes, por ejemplo?

LOPE RUIZ. Y hasta Santiago del Nuevo Extremo, si me apuráis un poco.

Se oye piafar de caballos.

VALDIVIA. ¿Qué pasa a los caballos?

AGUSTINILLO. Están inquietos, mi amo. Alborotados.

ALTAMIRANO. (*Mirando a Castillo.*) ¿También ellos?

CASTILLO. Algo presienten, sin duda.

ALTAMIRANO. ¿Al igual que vos?

CASTILLO. Hablad con menor tono si os place, capitán.

VALDIVIA. ¡Señores! Mal momento para rencillas. Las bestias están inquietas por falta de un buen palafrenero. ¡Si estuviese aquí Alonso...! Averiguad, Agustínillo, si han sido bien aseadas y sustentadas.

AGUSTINILLO. Alonso no hace falta, mi amo.

VALDIVIA. ¡Y cómo no! Su sola presencia bastaba para aquietarlas.

AGUSTINILLO. Pero ese mal indio te abandonó, amito. ¡Alonso! La torcedura de mi nariz se debe a haberlo llamado Alonso y no Lautaro, como él quería.

VALDIVIA. Orgullosos y bravos como pocos, el mozo.

AGUSTINILLO. Te odiaba, amo. A pesar de tu preferencia hacia él. ¡Mapuche tenía que ser!

VALDIVIA. La nariz torcida te hace gracia, Agustínillo.

AGUSTINILLO. A mí no. ¡Y si lo llegara a encontrar de nuevo...!

VALDIVIA. Cuidado entonces de que no te la enderece de otro golpe. Anda, ve y cumple mi orden.

Se retira el actor 4.º y se quita sus aditamentos de Agustínillo.

LOPE RUIZ. Sabiendo que el fuerte de Tucapel ha sido destruido, don Pedro, ¿qué urgencias hay en llegar a él?

VALDIVIA. Si ha sido destruido, pues... ¡a reconstruirlo, caramba! ¿No lo creéis así? ¿Imagináis que este país es cosa fácil? Pues ya veréis que no.

LOPE RUIZ. De todas maneras, señor, esta urgencia...

VALDIVIA. Mañana es Navidad, ¿es preciso recordarlo? ¿Olividáis la cita?

ALTAMIRANO. ¡Qué cabeza tenéis, Lope Ruiz! Tanto acostarse con indias sorbe el seso.

LOPE RUIZ. ¡Os haré tragar esas palabras!

Saca su espada.

VALDIVIA. ¡Qué es esto, señores! ¿Creéis hallaros en una taberna?

LOPE RUIZ. Perdonad, señor, pero...

VALDIVIA. (A Altamirano.) En cuanto a vos, capitán, guardad lengua y arrestos para mejor ocasión. Cuando haga falta.

ALTAMIRANO. Disculpad, excelencia.

VALDIVIA. La situación es difícil. Y no os extrañe el que yo también esté muy preocupado. Esto entre nos, pues nuestros hombres no merecen flaco ánimo de sus capitanes. Los cincuenta soldados y los dos mil indios y auxiliares que nos acompañan, merecen por cierto nuestra preocupación.

CASTILLO. Más la hueste que viene del fuerte de Purén.

VALDIVIA. La reunión con ellos es lo que me impide ordenar de inmediato el regreso a Concepción. No pueden quedar abandonados a su suerte.

ALTAMIRANO. ¿Eh...? ¿Regresar...? Sin duda he escuchado mal a causa de la lluvia.

VALDIVIA. ¿Por ventura considerarías una retirada estratégica como huida, capitán?

ALTAMIRANO. Excelencia... os responderé con franqueza, si me lo permitís. Pues sí, ante los salvajes lo consideraría huida. No importando cuál fuese su número y armamento. A orgullo tengo el ser español y pertenecer al mejor ejército del mundo.

VALDIVIA. No sé si tomar vuestras palabras con agrado o con fastidio. Pero es sin duda la temeridad de vuestros cortos años la que os hace proferir bravatas tan pueriles.

CASTILLO. Y al hecho cierto de que aún no se ha enfrentado a estos salvajes.

ALTAMIRANO. He luchado contra cientos de indios, Castillo. Y por eso afirmo que...

VALDIVIA. Somos los mejores, qué duda cabe. Pero mal hace quien demerita al adversario. Y más tratándose de los araucanos. Juan los conoce bien, pues está desde antiguo. En cambio vosotros venís llegando del Perú.

ALTAMIRANO. Los indígenas son iguales en todas partes, señor. Basta mostrar firmeza para que huyan. Es suficiente un grito fuerte, para que agachen la cerviz. Un gesto decidido los espanta. Por ello no concibo tanta preocupación.

VALDIVIA. Yo soy quien resuelve cuanto se debe hacer. ¿Entendido? En mí se ha delegado la responsabilidad. ¡Y basta ya! Ocasión tendréis pronto de aquilatar a estos indígenas. Tal vez entonces sepáis que no bastan voces fuertes ni gestos prepotentes. Enviad de inmediato un yanacona a averiguar sobre Bobadilla.

ALTAMIRANO. Sí, excelencia.

Se retira y se despoja de coraza y casco.

VALDIVIA. Vos, Lope, disponed avanzadas. Evitaremos cualquier sorpresa. (*Lope Ruiz saluda y sale, despojándose también de sus aditamentos.*) Estos capitanes imberbes suponen hallarse en cómoda excursión. Sólo vos y yo, Juan, sabemos qué terreno pisamos. Id a descansar. Pero siempre... Ya bien lo sabéis...

CASTILLO. Con un ojo abierto y las armas prestas. Antes daré una vuelta por el campamento. Descansad vos, don Pedro, que buena falta os hace.

Sale y también se quita los accesorios hispanos.

VALDIVIA. ¡Descansar...! Y gozar algo del magro fruto de tantos trabajos. ¡Qué más quisiese...! A los 56 años, hasta el hombre más ruin lo precisa y merece. En cambio... ¡Todo un gobernador!... Sin tranquilidad ni solaz. ¡Todo un gobernador del reino de Chile! Metido en estas selvas frías, con esta lluvia incesante... Navidad. Y otra vez sin calor de hogar. Ni alegría, ni cena, ni villancicos, ni presentes... Digo mal, puede haber un presente... la muerte. Mas, ¡vive Dios que no ha de llegar aún! hasta no dar cabal término a mi misión: conquistar este territorio para la Corona y para mi honra y fama. Y si no... pues que llegue. Malvenida y todo... ¡la muerte menos temida da más vida!

Permanece pensativo mientras ingresan al centro de la acción las actrices y los actores.

ACTOR 5.º ¡La muerte menos temida da más vida!

ACTOR 6.º Buena frase, pero... ¿qué quiere decir?

ACTRIZ 1.ª Es un lema.

ACTOR 6.º ¿Un qué...?

ACTOR 3.º Lema, ignorante. O divisa, que es lo mismo, de la familia de Valdivia. Este caballero procede de Extremadura, en España.

ACTOR 4.º Y ¡olé!

Se escucha música española típica "para turistas".

ACTOR 5.º Extremadura es uno de los lugares más pobres de la península.

ACTRIZ 1.ª Pero tal vez por eso salieron de allí hombres tan esforzados como Cortés, Pizarro, Valdivia... Conquistadores audaces...

ACTOR 2.º ¡Y olé!

ACTRIZ 1.ª ...hacia América recién descubierta.

ACTOR 1.º Y de toda España arribó una caterva de aventureros, ganapanes, gentilhombres, ladrones, santos, asesinos...

ACTRIZ 1.ª ¡De un cuanto hay!

ACTOR 5.º Revueltos en una inmensa bolsa de gatos.

Maúllan.

ACTOR 3.º La mayoría de ellos venían empujados por...

ACTOR 4.º ¡No, todos!

ACTOR 3.º ¿Todos, qué...?

ACTOR 4.º Eso que ibas a decir.

ACTOR 3.º ¿Y qué iba a decir?

ACTOR 4.º Que eran empujados por... ¿Por quién, oye?

ACTOR 3.º ¡Por la ambición!

ACTOR 4.º Eso iba a decir yo.

ACTRIZ 2.ª Ambición del oro.

ACTOR 2.º ¿Del loro?

TODOS. ¡Oro! ¡Oro! ¡Oro!

Se desplazan por el escenario y por la sala. Si es preciso incluyen en su investigación los dientes de algunos espectadores.

ACTOR 6.º ¿Encontraron algo?

ACTOR 5.º Poquísimo.

ACTOR 1.º Está muy escaso.

ACTOR 2.º Debe ser la crisis.

ACTRIZ 1.ª Pero no todos venían acicateados por mezquina ambición.

ACTOR 3.º ¿Sino qué...?

ACTRIZ 1.ª A algunos los conducía un ideal.

ACTOR 3.º ¿Cuál?

ACTRIZ 1.ª Dejar memoria y fama de sí.

ACTOR 3.º Tan mezquina ambición como cualquiera otra. ¡Yo, yo, yo! Que hablen de mí. Que escriban mi nombre en letras gordas. Que me levanten una estatua...

ACTRIZ 1.ª Pero no es lo mismo, hombre, porque...

ACTOR 4.º ¡Basta! *(Se dirige al público.)* ¡Señoras y señores! *(Redoble de tambor.)* ¡Con ustedes... Pedro de Valdivia!

Valdivia, que había permanecido sumido en sus pensamientos, se levanta y sin mirar a los actores, sale de escena.

ACTRIZ 2.ª Espérese, don Pedro, no se vaya. Mire que lo estamos presentando.

ACTOR 5.º Y se va, no más.

ACTRIZ 1.ª ¡Qué desaire!

ACTOR 4.º ¡Con ustedes...!

ACTOR 2.º No hagas más el ridículo. Se fue.

ACTOR 5.º No se preocupen, que para todo hay solución.

Rápidamente se pega una barbilla y se envuelve en una capa española.

ACTRIZ 1.ª Menos para la muerte.

ACTRIZ 2.ª ¡Oh, cuánta profundidad!

ACTOR 5.º *(En actitud heroica.)* ¡Listo!

ACTOR 6.º Mejor que el original.

ACTOR 4.º ¡Señoras y señores, con ustedes... Pedro de Valdivia!

El actor 5.º se inclina, saludando, a su vez es saludado en forma circense por los demás actores.

ACTRIZ 1.ª Estamos a comienzos del siglo XVI.

ACTOR 2.º ¡Bah! Creí que era más tarde.

ACTOR 4.º Y eso que la función partió atrasada.

ACTRIZ 1.ª España pretende ser la primera potencia mundial. Ya que en su poderoso imperio no se pone el sol.

ACTOR 4.º ¡Con lo agradables que son las noches!

ACTOR 2.º Sobre todo cuando se está en buena compañía.

El actor 3.º levanta un sol de cartón y lo para en el escenario.

ACTOR 3.º Nos gobierna, con singular sabiduría, su sacrarreal majestad el amado emperador Carlos V.

ACTOR 1.º *(Que se ha puesto una inmensa corona.)* ¡Danke schön!

ACTRIZ 2.ª ¿Qué dijo?

ACTRIZ 1.ª Dijo: gracias.

ACTRIZ 2.ª No, fue otra cosa.

ACTRIZ 1.ª Te digo que dijo gracias, en alemán. No habla castellano.

ACTRIZ 2.ª ¿En serio? ¿Y cómo es rey de España, entonces?

ACTRIZ 1.ª Así se dan las cosas. Es rey de España, pero no español. Y no me pidas explicaciones. Los reyes se permiten ciertas licencias poéticas.

ACTOR 3.º Políticas.

ACTRIZ 1.ª Carlos V es en realidad Carlos I de España, pero le decimos quinto, bueno... porque...

ACTOR 1.º Danke schön.

ACTOR 4.º Pedro de Valdivia, ansioso de aventuras heroicas, como todo joven, se enrola en los invencibles tercios hispánicos. Lucha en Flandes. Más tarde enfrenta a tudescos, italianos, franceses... como una fiera.

El actor 5.º acciona consecuentemente.

ACTOR 3.º Interviene en la batalla de Pavia, donde cae prisionero el rey Francisco I de Francia.

El actor 6.º actúa como rey francés. La actriz 2.ª le aplica un palo en el cuello, obligándolo a arrodillarse.

ACTOR 6.º Mais... ¿quesqu'il passe? ¡C'est affreux! Je suis le roi!

ACTRIZ 2.ª ¿Y a mí, qué?

ACTOR 6.º ¡Canaille! ¡Salaud!

ACTRIZ 2.ª ¿Qué decís?

ACTOR 6.º ¡Rien, rien! Je vous en prie...

ACTRIZ 2.ª Vamos, follón. Gritad a todo pulmón: ¡viva Carlos V!

ACTOR 6.º ¡Mais...!

ACTRIZ 2.ª Gritad, si no queréis que mi filosa adarga atraviese vuestro pálido colodrillo.

ACTOR 6.º ¡Vive Charles cinquième!

ACTOR 1.º Danke shön.

Lo ayuda a levantarse, sacudiéndolo cariñosamente.

ACTOR 3.º Ya no cabe duda: España es la primera potencia.

ACTOR 4.º ¡Y olé!

ACTRIZ 2.ª A su casa en Extremadura retorna el joven soldado veterano, cubierto de gloria y de polvo.

La actriz 1.ª, salerosa, cruza ante el actor 5.º, haciendo brillar los ojos.

ACTOR 3.º Allí conoce a una jovencita llamada Marina Ortiz de Gaete.

ACTOR 2.º Y prosiguiendo con sus temerarios actos de valor, se casa con ella.

ACTOR 4.º ¡Qué bárbaro!

ACTRIZ 2.ª Y vivieron felices...

ACTOR 6.º ¿Para siempre...?

Sacan el sol, disponen algunos elementos para la escena que sigue y se retiran a observar la actuación del actor 5.º, como Pedro de Valdivia, para lo cual ha completado en algo su atuendo, y la de la actriz 1.ª como Marina. El, sentado en un sillón frailer, ahoga un bostezo. Ella borda desganadamente.

MARINA. ¿De nuevo bostezando, Pedro? *(También ella lo hace.)* Contagiáis a cualquiera.

PEDRO. *(Bostezando otra vez.)* Y vos me contagiaste a mí.

MARINA. ¿No os placería algo de mayor provecho, en lugar de llevároslo sentado, leyendo?

PEDRO. ¿De mayor provecho? ¿Cómo qué?

MARINA. Tantas cosas. Por ejemplo, la huerta está abandonada.

PEDRO. ¿A semejantes peladero llamáis huerta? Piedras y tierra reseca.

MARINA. Si os empeñárais se transformaría en...

PEDRO. Sabéis que no estoy hecho para el trabajo de la tierra.

MARINA. Si mucho me apuráis, diría que estáis hecho para nada que valga la pena.

PEDRO. ¡Mujer...!

MARINA. Nuestro vecino, sin ir más lejos, ha conseguido...

PEDRO. ¡Donosa majadería! Un zafio que no ve más allá de sus narices. Y las tiene chatas como plato.

MARINA. Mas con su buen vivir semejan aguileñas. Nosotros en cambio... ¿Por ventura os imagináis que basta con vuestra miserable pensión de "héroe"? Apenas si da para una mala olla podrida de cuando en vez. Y si no fuese por mis padres...

PEDRO. ¡Marina, no sigáis! Diez años ha que soporto regaños y sarcasmos.

MARINA. Inútiles, a lo que veo. ¡Cuánto desearía que hicié-
seis un buen labriego...!

PEDRO. Eso no está en mí. Soy un hijodalgo que...

MARINA. ¡Que no tiene donde caerse muerto!

PEDRO. ¡A palabras necias...! Y no es que menosprecie el tra-
bajo agrícola. No. Es que necesito, siento, avizoro... algo
diferente.

MARINA. ¿Apoltronado en vuestro dichoso sillón?

PEDRO. Atisbo hechos famosos que... ¿Qué decís?

MARINA. Nada, hombre. Seguid fantaseando a destajo.

PEDRO. Las miras del hombre de pro no se detienen en mu-
jeriles preocupaciones.

MARINA. Siempre que haya dinerillos de por medio, ¿eh?
¡Cuánto me reprocho el haberos hecho caso! ¡Tonta, más que
tonta! ¡Deslumbrada por el brillo de vuestra coraza...! ¡De vues-
tros pérfidos bigotes! ¡Con tan buenos pretendientes que
rechacé!

PEDRO. Hicisteis mal casamiento. ¿A eso queréis llegar?

MARINA. Si al menos me hubiéseis dado un hijo...

PEDRO. Es reproche que yo debería haceros.

MARINA. Dios no lo ha querido.

PEDRO. Entonces, callad. Y conformaos.

Se pasea inquieto.

MARINA. Me ponéis nerviosa. Oso enjaulado parecéis.

PEDRO. Un pueblo sin futuro... Estos tristes campos... ¡La
sangre me hierve... Me empuja hacia grandes aventuras...!

MARINA. *(Riendo sarcásticamente.)* ¿Pensáis contar por milé-
sima vez vuestras divertidas hazañas en Flandes o en...

PEDRO. ¡Marina, que la paciencia se me agota...!

MARINA. A mí también la sangre me hierva... de ira. Me tenéis hastiada. ¡Vos y vuestros ancestros! Inventados sin duda, como todo, con órdenes de Santiago, caballeros de Calatrava... ¡Qué va! Una sarta de mentecatos sin blanca en el bolsillo. ¡Pero con tales ínfulas...!

El actor 6.º, en el rol de Andrés, se incorpora a la acción.

ANDRÉS. ¡Ah, de la casa!

PEDRO. ¿Quién...?

Abre imaginaria puerta.

ANDRÉS. ¡Capitán don Pedro...!

PEDRO. ¡Andrés! ¿Vos...?

ANDRÉS. El mismo, mi amigo.

PEDRO. Viejo compañero de armas... *(Se abrazan.)* Pasad, os lo ruego.

ANDRÉS. Señora...

Marina se inclina secamente.

PEDRO. ¡Cuán grata sorpresa! Marina, ponednos un buen vinillo. Del mejor.

MARINA. ¿Estáis de burlas? Ni del mejor ni del peor.

PEDRO. ¡Mujer...!

ANDRÉS. Estoy sólo de paso. Y no quisiera incomodaros.

PEDRO. A un amigo se le recibe en mi casa como a un rey.

MARINA. No os alteréis... ¡señor! Disculpadme un momento. Tened paciencia. Iré presto a casa de mis padres y traeré un buen vinillo. Dispensadme.

Sale.

ANDRÉS. Tal parece que he venido en mal momento, amigo.

PEDRO. De ninguna manera, Andrés. Vos sabéis... En ocasiones suelen presentarse discusiones hogareñas... En fin, vos sabéis...

ANDRÉS. ¿Olvidáis que soy soltero?

PEDRO. ¿Aún...? Pues ya es hora de sentar cabeza, hombre. La tranquilidad que goza el hombre casado, es algo impagable.

ANDRÉS. Ya lo veo. Por ahora eso no va conmigo. Quizá cuando regrese podré pensar en negocio tal.

PEDRO. ¿A dónde os dirigís, si puede saberse?

ANDRÉS. Al nuevo mundo.

PEDRO. ¿A América...?

ANDRÉS. Esa es tierra para hombres como nosotros, curtidos en cien batallas. Me enganché en una expedición que sale de Cádiz. Acá no hay futuro, ¿no os parece? Se enmohece uno. A menos de ser cortesano, fraile o comerciante, uno muere de necesidad.

PEDRO. ¡América...!

ANDRÉS. En cinco años volveré rico, os lo aseguro. ¡Como un señor! Dicen que allá el oro es más numeroso que las piedras.

PEDRO. ¡Eso es!

ANDRÉS. Sin duda exageran... ¿Qué os sucede?

PEDRO. ¡Allá está!

ANDRÉS. ¿Quién?

PEDRO. ¡Mi destino! Lo sé. Acabo de vislumbrarlo como una llamarada.

ANDRÉS. ¿Queréis vos...?

PEDRO. No lo pensaré dos veces. Vinisteis caído del cielo, Andrés. De un golpetazo me abristeis el futuro.

ANDRÉS. Pero aquí tenéis...

PEDRO. Y no es oro lo que ansío. Por más que en este momento no cuente con un mal vinillo para agasajaros... ¡Partiré! ¡Por mi honra, por España, Dios y el Rey!

ANDRÉS. *(Al público.)* Y se embarcó hacia Venezuela, dejando Extremadura y su sequedad.

ACTRIZ 2.ª Y a doña Marina, cuyo carácter se había mimetizado con la tierra.

ANDRÉS. Pero no huía. ¡No!

PEDRO. ¡Iba!

Entra el actor 3.º, en su personaje de Capitán Castillo.

CASTILLO. ¡Noticias de Bobadilla, excelencia! *(Mira extrañado a los dos actores.)* ¿Don Pedro...?

PEDRO. ¿Yo...?

CASTILLO. *(Enojado.)* ¡El gobernador!

PEDRO. ¡Ah!

ANDRÉS. *(Indicando hacia un lateral.)* No grite, que allí viene.

En efecto, ingresa el "verdadero" Pedro de Valdivia, acompañado de los actores 1.º, 2.º y 4.º, en sus papeles de Altamirano, Lope Ruiz y Agustinillo. Los actores 5.º y 6.º salen. Cambio de iluminación, a la que llamaremos "Tucapel". Sonido de lluvia.

VALDIVIA. ¿Qué decís, capitán?

CASTILLO. Regresó el yanacona enviado a reconocer la patrulla de exploración.

VALDIVIA. ¿Y bien...?

CASTILLO. Malas nuevas, señor. Bobadilla y los tres soldados fueron asesinados.

ALTAMIRANO. ¡Malditos salvajes! La pagarán caro.

LOPE RUIZ. ¡Pronto sabrán quiénes somos nosotros!

CASTILLO. Lo saben ya.

AGUSTINILLO. (*Arrojándose a los pies de Valdivia.*) ¡Amo, regresemos! No sigas... ¡Acuérdate de Andalién! Cuando casi te matan los mapuches.

ALTAMIRANO. ¡Yo te haré regresar al infierno, indio!

VALDIVIA. ¡Tenéos, capitán! Quién sabe si por boca de Agustínillo la Providencia nos advierte...

ALTAMIRANO. Ella sólo protege a los valientes. Excelencia, permitidme adelantar con unos cuantos hombres y daré cumplido escarmiento al enemigo.

LOPE RUIZ. Soy de igual parecer, señor. Y sin más vacilaciones, deberíamos...

VALDIVIA. ¿Vacilación? ¿Qué decís...? Tentado estoy de castigar esa vehemencia, rayana en la insubordinación. Sabed que yo no vacilo. Y que me suelo arrojar entre muy grandes huestes, sin importar su mucha fuerza ni la poca gente de mi parte.

LOPE RUIZ. Lo sabemos, señor. Y fortuna es por cierto para nosotros teneros por jefe.

VALDIVIA. Pues ya que vuestas mercedes son de igual parecer, no hay para qué dilatarlo un punto. Ayudadme con la celada, Agustínillo.

ALTAMIRANO. ¿Partimos de inmediato, excelencia?

VALDIVIA. ¿Qué duda cabe? Antes de que amanezca.

AGUSTINILLO. ¡Mi amo...!

VALDIVIA. Pues aunque estoy viejo... ¡Soy Valdivia! Alistad a la gente. (*Salen Altamirano y Lope Ruiz.*) Veo que no estáis conforme, Juan.

CASTILLO. Sin duda que la vehemencia arrastra, don Pedro. Y ciega a la prudencia.

VALDIVIA. Soy el jefe. Y como tal, obligado a no quedar atrás. Una vez más desafiaremos al destino, capitán.

Se retiran e ingresan las actrices y los actores 5.º y 6.º, agachados bajo la lluvia.

ACTOR 6.º ¡Qué les vaya bien...!

Cambio de ambientación. Los actores se enderezcan con satisfacción.

ACTOR 5.º ¡América, tierra de promisión!

Rápidamente se proyectan grandes diapositivas que muestran antiguos mapas de América, como los de Sebastián Münster, Juan de la Cosa, Iansenium, Bleu y Juan Martínez.

ACTRIZ 1.ª Pocos años ha que ha sido descubierta.

ACTRIZ 2.ª Y allí va Pedro de Valdivia en marcha hacia Tucapel.

Se proyecta un antiguo mapa de Chile, como el de Andrés Baleato.

ACTOR 6.º Que es uno de los tres fuertes enclavados en pleno territorio mapuche.

Proyección del sector de Chile comprendido entre los ríos Bio-Bio y Toltén.

ACTRIZ 2.ª Allí... en ese territorio frío, húmedo, misterioso...

ACTOR 5.º ¡La Araucanía!

Los cuatro se reúnen en haz compacto, tenso, fijos los ojos en el público.

TODOS. "Araucanía, ramo de robles torrenciales.

ACTRIZ 1.ª Oh patria despiadada, amada oscura, solitaria en tu reino lluvioso.

ACTOR 5.º Eras sólo gargantas minerales,
manos de frío, puños
acostumbrados a cortar peñascos.

ACTOR 6.º Eras, Patria, la paz de la dureza
y tus hombres eran rumor,
áspera aparición, viento bravío". (*Canto General*. Pablo Neruda).

Los actores se desplazan por el escenario.

ACTRIZ 1.ª Y mucho antes que Valdivia, llegó hasta ti y extendió sus brazos de oro...

ACTOR 5.º ¡El imperio del sol!

Se escucha aire incaico y se proyecta diapositiva adecuada.

ACTOR 6.º Pero apenas consiguió tocar tu frontera.

Aire mapuche.

ACTRIZ 2.ª Alejándose como de piedra caliente.

ACTRIZ 1.ª Y poco antes que Valdivia holló tu suelo, con su traje de hierro, el Adelantado don Diego de Almagro'.

Aire español de la Conquista y proyección correspondiente.

ACTOR 5.º Otro imperio, más poderoso, venía a avasallarte.

ACTOR 6.º Pero Almagro hubo de retroceder ante tu resistencia.

Aire mapuche.

ACTRIZ 2.ª ¡Hasta que llegó Valdivia!

ACTOR 5.º ¡Y sólo entonces...!

TODOS. ¡España entró hasta el Sur del Mundo!

Vuelven a reunirse en apretado haz. Ingresan a escena Valdivia y sus hombres.

ACTOR 5.º "Agobiados exploraron la nieve los altos españoles.

ACTOR 6.º El Bio-Bio, grave río,
le dijo a España:

TODOS. 'Detente',

ACTRIZ 2.ª el bosque de maitenes cuyos hilos
verdes cuelgan como temblor de lluvia
dijo a España:

TODOS. 'No sigas',

ACTRIZ 2.ª El alerce
titán de las fronteras silenciosas,
dijo en un trueno su palabra". (*Canto General*. Neruda).

Los cuatro actores se retiran silenciosamente, ambientación "Tucapel".

VALDIVIA. ¡Navidad, amigos míos! Ha nacido Cristo con el nuevo día. (*Se persigna. También lo hacen sus acompañantes.*) Y he aquí... Tucapel.

Mira desolado a su alrededor, al igual que los demás.

CASTILLO. ¿Es... cuanto queda del fuerte...?

VALDIVIA. ¿Hay alguna señal de nuestros compañeros?

LOPE RUIZ. Ninguna, señor.

VALDIVIA. No pueden faltar a la cita.

ALTAMIRANO. Tampoco se ven mapuches por ningún lado. ¡Y con las ganas que tengo de encontrarme con ellos...!

AGUSTINILLO. Pero están. Sé que están.

Pausa.

VALDIVIA. ¿Escucháis algo?

Pausa.

LOPE RUIZ. Nada más que la lluvia.

Pausa.

CASTILLO. Me pareció ver algo entre aquellos árboles.

ALTAMIRANO. Algún animalejo. Esos miserables escaparon al vernos.

AGUSTINILLO. ¡Allí, mi amo!

VALDIVIA. ¿Dónde?

LOPE RUIZ. Nada hay.

ALTAMIRANO. El miedo te hace ver fantasmas, indio.

Se escucha el toque de una corneta.

LOPE RUIZ. ¡Eh...! ¿Oís?

ALTAMIRANO. Corneta española.

VALDIVIA. ¡Gracias a Dios, son los nuestros que llegan!

Se oye lejanamente el chivateo mapuche que va creciendo en intensidad.

CASTILLO. ¡Santo cielo!

LOPE RUIZ. ¿Qué es esto?

VALDIVIA. Indios.

AGUSTINILLO. ¡Los mapuches, mi amo! ¡Miles de mapuches!

ALTAMIRANO. Salen del bosque. ¡Ah, llegó al fin el momento esperado!

LOPE RUIZ. Suben también por la quebrada.

CASTILLO. Y bajan de los cerros.

AGUSTINILLO. ¡Están en todas partes!

VALDIVIA. En mal lugar estamos. (*A Altamirano.*) Capitán, conducid la caballería a la planicie. ¡Alistadla para atacar!

ALTAMIRANO. (*Gozoso.*) Sí, excelencia.

Sale.

VALDIVIA. (*A Lope Ruiz.*) Desplegad a los yanaconas en línea defensiva, allí, en la lomilla.

LOPE RUIZ. Bien, señor.

Sale.

AGUSTINILLO. ¡Vienen de todos lados!

Se escucha un toque de corneta. El chivateo se acalla.

VALDIVIA. Se detuvieron. La evolución de la caballería los ha asustado.

CASTILLO. No parece. Mirad, se disponen en escuadrones separados. Unos tras otros.

VALDIVIA. (*Admirado.*) Singular caso éste. Los mapuches no acostumbran formación alguna. Atacan siempre en desorden.

Nuevo toque de corneta y el chivateo se agudiza.

CASTILLO. Obedecen al toque de corneta.

VALDIVIA. Pero... es imposible... ¿Cómo pueden mostrar tal disciplina? ¿Qué capitán los conduce?

CASTILLO. Sin más trámites, don Pedro, lo más sensato sería retroceder por donde llegamos. Esto no me gusta.

VALDIVIA. A mí, tampoco. Pero ya no es posible. Mirad. Nos cortaron la retirada con grandes troncos. Los caballos no podrán pasar.

CASTILLO. ¿Quién demonios los conduce de esta suerte?

VALDIVIA. Pues aunque se tratase del propio Satanás, con la protección de Santiago Apóstol daremos buena cuenta de ellos. ¡Preparaos! (*Salen Castillo y Agustinillo.*) Señor mío Jesucristo. Ayudadnos en vuestra natividad. Acompañadnos en esta hora. Proteged a vuestros servidores, portavoces de la verdad. No permitáis aún que comparezca ante vos a dar cuenta de mis actos, sin antes afianzar la conquista, Señor. Para mayor gloria vuestra.

Ingresan Altamirano y Agustinillo.

ALTAMIRANO. Todo está dispuesto, excelencia. La caballería tomó colocación.

VALDIVIA. Encabezadla.

Sale Altamirano.

AGUSTINILLO. Mi amo, isé quién dirige a los mapuches!

VALDIVIA. ¿Eh...? ¿Y quién, si se puede saber?

AGUSTINILLO. ¡Lautaro!

VALDIVIA. ¿Alonso?

AGUSTINILLO. Tú mismo le regalaste esa corneta con la que conduce a los mapuches.

VALDIVIA. ¡Qué tontería! Alonso nunca tomaría las armas contra mí.

AGUSTINILLO. Equivocado estás, amo. *(Se oye un toque de corneta.)* Esa corneta se la diste tú.

VALDIVIA. Todas suenan igual. Esa pueden haberla robado.

AGUSTINILLO. ¡Es Lautaro, te digo!

VALDIVIA. El resentimiento y la envidia te ciegan, Agustínillo.

Ingresa Castillo.

CASTILLO. ¡Atacan, señor!

VALDIVIA. *(A Agustínillo.)* Coge un arma y defiende tu vida.

Sale presuroso junto con Castillo.

AGUSTINILLO. ¡Podría jurar que es él!

Sale e ingresan actores y actrices, desapareciendo la ambientación "Tucapel".

ACTOR 6.º *(Malhumorado.)* ¡Lautaro, Lautaro...! ¿Quién es ese bicho?

ACTOR 5.º No lo conozco.

ACTRIZ 2.ª Yo no tengo idea.

ACTRIZ 1.ª No lo conocen, porque su historia recién comienza.

ACTOR 6.º ¿Cuándo?

ACTRIZ 1.ª Ahora, en Tucapel.

ACTOR 5.º ¿Nació aquí?

ACTRIZ 1.ª Para la historia, sí.

ACTOR 1.º Pero cuenta ya con dieciocho años.

ACTRIZ 2.ª ¿Nada más? Un muchacho, apenas.

ACTOR 4.º ¿Qué tal si lo presentamos al público?

ACTOR 2.º Te gusta hacer el ridículo. ¡Qué va a querer salir...!

ACTOR 3.º Además no tiene tiempo. Debe apurarse, porque su historia es muy corta.

Entre tanto el actor 6.º se viste como Ercilla.

ACTRIZ 1.ª Siempre con la obsesión del tiempo. Atenazados por el reloj. Todo el mundo aprisa, ansiando realizar grandes cosas. O pequeñas, que sean. Algo siquiera. Todos intentando ganarse la posibilidad de "ser".

ACTRIZ 2.ª ¿De dónde salió esta filósofa?

ACTOR 4.º No entiendo cómo es posible que un mocoso esté al mando de los temibles araucanos.

ACTOR 2.º Es que se la puede.

ACTOR 1.º Lo han nombrado toquié. O sea: jefe militar.

ACTOR 5.º La pura verdad que resulta increíble. ¿Cómo le pueden obedecer esos... ¿cómo es que son...?

Ingresa Alonso de Ercilla y recita.

ERCILLA. "Son de gestos robustos, desbarbados, bien formados los cuerpos y crecidos, espaldas grandes, pechos levantados, recios miembros, de nervios bien fornidos, ágiles, desenvueltos, alentados, animosos, valientes, atrevidos, duros en el trabajo, y sufridores de fríos mortales, hambres y calores". (*La araucana*).

ACTRIZ 2.ª ¿Y este caballero tan engolillado?

ACTOR 2.º Que habla en verso sin mayor esfuerzo.

ACTOR 3.º ¿No reconocen a don Alonso de Ercilla?

ACTOR 4.º ¿Y qué está haciendo aquí?

ACTOR 1.º Recoge datos para su poema, supongo.

El mismo Ercilla saca un letrero en que se lee: "Batalla de Tucapel. Navidad de 1553". O bien este letrero baja del telar y permanece durante la escena siguiente.

ACTRIZ 1.ª ¡Qué espanto! ¡Estamos en plena batalla de Tucapel!

ACTOR 1.º Mejor se van las mujeres, que esto se pone feo.

Brusca ambientación "Tucapel". Rápidamente los actores 1.º, 2.º, 3.º y 4.º se colocan sus vestiduras de compañeros de Valdivia.

VOCES GRABADAS Y AMPLIFICADAS. ¡Santiago y a ellos!

Chivateo araucano. Entran Valdivia, Altamirano, Lope Ruiz, Castillo y Agustinillo en actitud bélica, se proyectan grandes diapositivas que muestran a briosos y barrocos guerreros españoles, como los que aparecen en la obra de Alonso de Ovalle "Histórica relación del Reino de Chile", alternados con grabados de indígenas, en un montaje que dé la sensación de lucha encarnizada: una espada, una lanza de colihue, un arcabuz, una macana, patas de caballo, pies desnudos. Sucesión de detalles: ojo, boca, mano, hocico, casco, etc., a gran velocidad. El todo acompañado de música española y mapuche entremezclada. Esta proposición escénica puede sustituirse por un filme de no más de 20 segundos, en base a grabados de la época, insistiéndose en el rápido detalle. Entre tanto los actores permanecen inmóviles, en actividad "congelada". Cae muerto Lope Ruiz. Terminada la proyección de diapositivas o del filme, avanza hacia un primer plano Valdivia y sus compañeros, a excepción de Lope Ruiz que permanece caído.

VALDIVIA. ¡No nos dan respiro...!

ALTAMIRANO. (A Castillo.) Estoy por daros la razón, cuando asegurábais que eran de otro temple.

CASTILLO. Lamento que os convencieran los hechos.

VALDIVIA. ¿Lope Ruiz...?

CASTILLO. Cayó, señor.

ALTAMIRANO. ¡Lo vengaremos!

CASTILLO. Vienen inagotablemente, como olas.

ALTAMIRANO. Daba por seguro que los destrozábamos en su primer ataque.

CASTILLO. Sucedió así, pero ya visteis... fueron reemplazados por otros... Y luego por otros y otros...

Se escucha el toque de corneta.

ALTAMIRANO. ¡Una vez más...!

El y Castillo salen, sacando a Lope Ruiz.

VOZ FUERTE, PERO LEJANA. ¡Huye, Valdivia, huye...!

VALDIVIA. ¿Qué? ¿Quién?

AGUSTINILLO. ¡Es Lautaro, mi amo! ¡Te lo dije!

Sale.

VOZ. ¡Huye, Valdivia, o te hará pagar los azotes que ha recibido mi pueblo!

VALDIVIA. ¡Lautaro! ¿Rebelándose contra mí? ¿Contra su dueño? ¡Ingrato y pérfido traidor! ¿Después de todo lo que he hecho por ti? ¿Después que te civilizé...? Que te convertí en hombre... ¿Así me pagas?

VOZ. ¡Huye, Valdivia! ¡Acuérdate de Andalién...!

VALDIVIA. ¿Andalién? Ahí te recogí, descastado. Mala ocurrencia la mía. ¡Debí hacerte matar en aquel mismo momento...! (*Brusco cambio de ambientación. Lugar y tiempo diferentes. Sol muy fuerte. Valdivia se yergue triunfador.*) ¡Victoria!

Ingresan el actor 5.º como Pedro Villagra y el actor 2.º como Marcos Veas.

VILLAGRA. ¡Huyen como liebres, por los cerros!

VALDIVIA. ¡Bravo, Pedro Villagra!

Lo abraza.

VILLAGRA. El valle está cubierto de carroñas.

VALDIVIA. ¿Y prisioneros...?

VILLAGRA. Más de cuatrocientos.

MARCOS. Estuvimos a punto de perderos, don Pedro.

VALDIVIA. Aún no ha llegado mi hora, Marcos.

VILLAGRA. Les dimos su merecido a los mentados mapuches.

VALDIVIA. Gracias a la Santísima Virgen que apareció en el momento más crítico. ¡Fue un milagro!

VILLAGRA. Sí que lo fue, capitán. Al ver la aparición los indios pusieron pies en polvorosa.

VALDIVIA. ¡Qué si no...! Mal la habríamos visto, aquí, en Andalién.

MARCOS. Providencial fue el meteorito. Verdaderamente...

VILLAGRA. *(Airado.)* ¿Qué queréis significar, Marcos Veas? Por ventura dudáis de...

VALDIVIA. *(A Villagra.)* Ordenad que se castigue a los prisioneros.

VILLAGRA. En seguida, capitán.

Mira a Marcos con intención de discutir.

VALDIVIA. Proceded. *(Se retira Pedro Villagra.)* Conque meteorito, ¿eh, Marcos? Que no os oiga la Santa Inquisición.

MARCOS. Aún no llega, felizmente, por estos lares.

VALDIVIA. ¡Ya llegará! Y aunque no la haya no permitiré herejes ni ateos en mi hueste, Marcos Veas.

MARCOS. Dios me libre de caer en esos males, don Pedro. Tengo quizá la imprudencia de intentar comprender los hechos. Al fin y al cabo es facultad que Dios nos ha otorgado. Y me atrevo a hablar porque en vos se aúna el raro caso del hombre reflexivo y del hombre de acción, generalmente contrapuestos.

VALDIVIA. ¿Adulaciones...?

MARCOS. Mal favor os haría, señor. No están en mí usos de cortesano. Pero entrando en cuestiones terrenales, permitidme expresar una inquietud respecto a los prisioneros.

VALDIVIA. Decid.

MARCOS. El escarmiento es medida poco acertada. Perdonad mi atrevimiento, pero pienso que a la violencia se opone la violencia. Y, consecuentemente, un acrecentamiento del odio.

VALDIVIA. ¿Odio? Respeto, dirá vuesa merced.

MARCOS. Respeto, no. Simulación de respeto, señor, obligada por el miedo.

VALDIVIA. Pues por voluntad o por miedo será preciso que obedezcan. Si no existe en ellos la voluntad de acatamiento, no cabe más que doblegarlos a la fuerza. Entenderán, de una vez para siempre, que si alguien osa levantar un puño, ese puño será cortado sin contemplaciones. ¿Duro? Lo sé, pero así debe ser. Y no es cosa fácil. Soy humano... Mas cuando se trata de defender intereses superiores, puedo llegar a ser también el más inhumano.

MARCOS. Aunque supongáis que soy el menos indicado, afirmaré que no es el camino más cristiano.

VALDIVIA. Posiblemente, pero sí el más rápido. No se puede perder tiempo. A golpes entrará en esas cabezotas lo inútil que es oponerse a nuestro poder. Si nos dejásemos arrastrar por escrúpulos, el sol se ocultaría rápidamente en nuestro Imperio.

MARCOS. Temo que por ese camino, a la corta o a la larga también se ocultará.

VALDIVIA. *(Yendo hacia un lateral.) ¡Soltad al anciano! (Ingresa el actor 3.º en el rol de Curiñancu.)* Que no vaya al suplicio con los demás.

MARCOS. Sabia medida, capitán. Es un cacique mapuche.

VALDIVIA. Cacique, ¿eh? ¿Cómo te llamas?

CURIÑANCU. Curiñancu.

MARCOS. Significa águila negra.

VALDIVIA. Conservarás las alas, águila negra. Pero abre bien los ojos. Tu pueblo recibe hoy una dura lección. Quiera el cielo que no la olviden, pues no quisiese en verdad tener que repetirla.

CURIÑANCU. Huinca. La sangre mapuche te tiñe las manos. No saldrá más que con tu piel. (*Entra Lautaro. Permanece a un costado de la escena, rostro impasible, mirando fijamente a Valdivia.*) Y mi pueblo aprende rápido, huinca.

VALDIVIA. Pese a tan insolentes palabras, te perdonaré la vida. (*A Marcos.*) Ya veis que soy magnánimo.

CURIÑANCU. No necesito tu perdón, extranjero.

VALDIVIA. (*Fijándose en Lautaro.*) ¿Y ese mocetón?

CURIÑANCU. Mi hijo Lautaro.

VALDIVIA. (*A Marcos.*) ¿Por qué no está con los demás prisioneros?

MARCOS. Es apenas un muchacho, don Pedro.

VALDIVIA. (*A Curiñancu.*) Dices que no necesitas mi perdón, viejo. ¿Dirías lo mismo de tu hijo?

CURIÑANCU. Lautaro me acompaña, huinca. Él no es guerrero.

VALDIVIA. Pero esperas que lo sea, sin duda.

CURIÑANCU. Lautaro aprende tu lección, huinca.

VALDIVIA. Parece inteligente el mozo. Y para que aprenda aún mejor, lo llevaré conmigo.

CURIÑANCU. ¿Llevártelo?

VALDIVIA. Civilizado, os servirá de ejemplo. Hasta de guía tal vez en el futuro. Os lo enviaré de vuelta cuando sea necesario.

CURIÑANCU. No, huinca. Él sabrá regresar cuando sea necesario.

Entra Pedro Villagra.

VILLAGRA. Cumplida la orden, capitán. A todos los prisioneros se les cortó la nariz y la mano derecha.

VALDIVIA. Ahora dejadlos libres. Y que vuelvan mutilados a su tierra. Serán símbolo vivo de lo que significa oponerse a la autoridad del Imperio. Tú también vete, viejo. El muchacho quedará conmigo.

CURIÑANCU. ¿Para convertirlo en civilizado, huinca? (*Se dirige a Lautaro.*) Anda, pues, hijo. Y saca provecho de las demás lecciones. Quiera el gran Pillán⁷ que mis ojos te vuelvan a ver.

Sale.

VILLAGRA. ¿Pensáis llevaros al indio, capitán?

VALDIVIA. Inicio una experiencia de culturización. Hay que pensar en el futuro.

MARCOS. Laudable iniciativa, señor. Pero me temo que este niño haya madurado aprisa hoy.

VILLAGRA. No me gusta este salvaje, capitán. Tiene una mirada insolente. Permitidme que...

VALDIVIA. Pronto esa mirada se tornará dulce y apacible, cuando vea que lo que queremos es su propio bien. (*Se dirige a Lautaro.*) Sí, tu bien y el de tu pueblo, muchacho. Ahora vamos, señores. Vamos a dar gracias a la Santísima Virgen... (*Mira intencionado a Marcos.*)... ¡por su milagro! Y porque no perdamos su protección.

Salen Valdivia, Villagra y Veas. Lautaro permanece inmóvil. Er-cilla, que ha estado observando la escena anterior, recita.

ERCILLA. "Así el ingrato pueblo castellano
 en mal y estimación iba creciendo,
 y siguiendo el soberbio intento vano,
 tras su fortuna próspera corriendo;
 pero el padre del cielo soberano
 atajó este camino, permitiendo
 que aquél a quien él mismo puso el yugo,
 fuese el cuchillo y áspero verdugo". (*La Araucana*).

Se retira Ercilla, es decir el actor 6.º y se despoja de su vestuario. Al igual que los otros actores, se coloca aditamentos mapuches. El actor 1.º trae una lanza manchada de sangre en su extremo y la clava en el suelo. El actor 4.º trae un hacha de piedra —el toqui—, igualmente manchada de sangre, y la coloca al lado de la lanza. Alrededor de estos dos símbolos se sientan en círculo los seis actores. Las actrices, que también se han puesto vestuario mapuche, se instalan en otro sector del escenario.

ACTRIZ 1.ª Dicen que los huincas⁸ escupen fuego que mata de lejos.

ACTRIZ 2.ª Dicen que tienen grandes cuchillos largos.

ACTRIZ 1.ª Dicen que son gigantes con dos brazos y cuatro piernas.

ACTRIZ 2.ª Dicen que corren más ligeros que el viento.

ACTRIZ 1.ª Dicen que sus pelos son de oro y les cubren la cara.

ACTRIZ 2.ª Dicen que su piel es más dura que la piedra. El cuerpo, las piernas, los brazos y sus cabezas son también de piedra.

Se les acerca Lautaro.

LAUTARO. Mentiras, dicen. Cuentos de viejas son. Ellos son hombres igual que yo. Igual que los caciques que están reunidos en Gran Consejo.

Se une al círculo de mapuches, de donde surgen acaloradas voces.

ACTRIZ 1.ª ¿Quién es, pues?

ACTRIZ 2.ª Lautaro, dicen. Recién llegado a la tierra. Estuvo prisionero entre los huincas, dicen.

LAUTARO. Hablar pido, cacique Colo-Colo.

El actor 1.º en el rol de Colo-Colo.

COLO-COLO. Te escuchamos, hijo de Curiñancu. También te oirá él, junto al Pillán.

LAUTARO. Discursos no diré, mucho se ha hablado. Demasiado acá se ha maldecido, así no ganaremos a los huincas, porque bravatas y gritos lleva el viento.

(Los caciques, disgustados, se miran.)

Hasta recién, no más, viví entre huincas y he aprendido tantísimas cosas.

ACTOR 2.º *Lo que ellos querían que aprendieras.*

LAUTARO. No, cacique, lo que yo quise saber, y veo equivocación en los mapuches.

ACTOR 2.º *Tiene lengua afilada y ponzoñosa.*

ACTOR 6.º *Se encontraba al servicio de los huincas. Su jefe lo ha mandado como espía.*

LAUTARO. Saben que fui prisionero cautivo, y regresé, porque llegó mi tiempo.

ACTOR 2.º *¿Qué hace este jovenzuelo en el Consejo? Estamos tratando cosas graves.*

COLO-COLO. *Lo invité yo, porque podrá enseñarnos.*

Los caciques ríen.

ACTOR 5.º *¿Qué podrá saber que no sepamos?*

COLO-COLO. *¿Disimular el no saber, con risas? ¿Despreciar lo que puede dar un joven? Muchos años a menudo valen nada, y escasa edad a veces es más sabia.*

LAUTARO. Yo no podría enseñar a caciques guerreros. Un débil traro⁹, ¿puede enseñar al puma? Sólo traigo una verdad sencilla y es que los huincas que entran en la tierra, aplastando cosechas y matando mapuches, son hombres vulgares, iguales a cualquiera.

ACTRIZ 1.^a ¿Y será cierto? ¿Qué dijeron los caciques, pues?

ACTRIZ 2.^a Dicen que dijeron que los huincas eran poderosos, pues. Que montaban grandes huemules¹⁰. Entonces Lautaro dijo, dicen, que él dominaba esos huemules. Que eran caballos, dijo. Que los huincas no son de piedra, pues, sino que tienen callanas en la cabeza. Que se sacan el pellejo de piedra y son blanditos, pues, como nosotros.

ACTRIZ 1.^a ¿De veras...?

ACTRIZ 2.^a Que los mapuches somos mucho, dijo, dicen. Que si los atacamos en grupos ordenados, pues, los ganamos, dijo.

ACTRIZ 1.^a ¿Y los caciques...?

ACTRIZ 1.^a Los caciques dicen que dijeron que había que atacar como siempre, pues. Que el mapuche no tiene miedo, pues, dicen, dijeron.

LAUTARO. ¿Es valor tirarse desde una alta peña sabiendo que ha de romperse todo el cuerpo, sólo por demostrar que se es valiente? Locura resulta no luchar con ésta

Se golpea la cabeza.

tanto o más que se lo hacen con éstas (*Eleva los puños*).

ACTOR 2.^o Como peleamos siempre, ha estado bien; necesidad no hay de cosas nuevas.

COLO-COLO. Estuvo bien hasta llegar los huincas. Ellos obligan a camino distinto.

CHILLICÁN (EL ACTOR 3.^o). Yo pienso que dice verdad cierta.

ACTRIZ 1.^a ¿Y qué pasó entonces?

ACTRIZ 2.^a Dicen que muchos estaban de acuerdo con Lautaro. Y le preguntaron que se debería hacer, dicen. Ahora mismo, pues.

LAUTARO. Jefe huinca va marchando a Tucapel, a juntarse con soldados de Purén.

ACTRIZ 2.^a Y entonces dijo, dicen, que no había que dejar que se juntaran, pues. Que había que hacer como que atacábamos Purén, pero sin que fuera cierto.

ACTOR 2.^o Simulación es cosa de mujeres.

ACTRIZ 2.^a Y en cambio atacaríamos de veras al jefe huinca, pues, en Tucapel.

ACTRIZ 1.^a No entiendo nada.

ACTRIZ 2.^a Es que así los de Purén no saldrían, pues. Y así el jefe huinca se quedaría solo, sin ayuda.

ACTRIZ 1.^a ¿Y no es mejor atacar a los dos grupos al mismo tiempo?

LAUTARO. Gana siempre el que divide al enemigo y ataca con orden y gran disciplina.

CATIRAY (ACTOR 4.^o). Razón tenía el cacique Colo-Colo en invitar a este joven que ya admiro.

ACTRIZ 2.^a Entonces dicen que casi todos los caciques estaban de acuerdo, pues. Y entonces que había que elegir al toqui.

CATIRAYA. Lautaro sabe más que todos juntos.

CHILLICÁN. ¿Quién mejor que él, en dirigir la guerra?

ACTOR 6.^o Los guerreros están acostumbrados a obedecer al hombre de más fuerza, al que haya demostrado en los combates más valor y una más vieja experiencia.

LAUTARO. Cierto es. No vine por ser toqui.

COLO-COLO. Pero la mayoría quiere que tú seas.

LAUTARO. Yo me pondré a las órdenes del toqui.

ACTRIZ 2.ª Entonces siguieron discutiendo. Dicen que insistieron. Que no podía negarse, pues, dijeron.

ACTRIZ 1.ª ¿Y qué razones tenía Lautaro para no querer?

LAUTARO. Tres años viví junto a Valdivia, con todo y sus castigos, me estimaba.

ACTOR 6.º Oiganlo todos. Lo que yo decía.

ACTOR 2.º ¿Le debes algo al que mata a tu pueblo?

LAUTARO. No mal interpreten lo que digo.
Yo aprendí de él y así quisiera
que también aprendiera de nosotros.
Prisionero lo quiero, mas no muerto.

ACTRIZ 2.ª Entonces se armó un tremendo cahuín. Todos gritaban. Hasta que, poniendo orden, habló Colo-Colo, el anciano cacique.

COLO-COLO. Hay tiempos en que los sentimientos
deben esconderse en profunda caverna.
Hay tiempos en que la paz se niega
y sólo valen cosas de la guerra.
Tiempos en que lo personal no sirve
y debe someterse al parecer de todos.
Eres mapuche y te debes a mapuches.
El Pillán ha decidido tu destino.
Él te señala y todos te elegimos.
Por ello, duro como roca, serás toqui.

Toma el hacha de piedra y la alza.

CHILLICÁN. ¡Lautaro será toqui de mapuches!

Desclava la lanza

TODOS. ¡Será el toqui! ¡Lautaro será el toqui!

Colo-Colo y Chillicán pasan a Lautaro el hacha y la lanza. Luego se agrupan tras Lautaro, con la excepción de los actores 1.º, 3.º y 4.º que se retiran para retomar sus personajes de Altamirano, Castillo y Agustinillo. Las actrices recitan.

ACTRICES. "Detrás del rostro forestal del toqui Arauco amontonaba su defensa: eran ojos y lanzas, multitudes espesas de silencio y amenaza, cinturas imborrables, altaneras manos oscuras, puños congregados" (*Canto General*. Neruda).

Salen tras Lautaro. Cambio gradual de ambientación, hasta volver a la de "Tucapel". Se oye la fuerte lluvia y la corneta del toqui. Entra Valdivia, espada en mano. Por otro sector y retrocediendo, Altamirano. También Agustinillo. Desde otro sector y también retrocediendo, Castillo.

VALDIVIA. Pelean más bravamente que tudescos.

CASTILLO. Ha muerto la mitad de los soldados.

AGUSTINILLO. Y más de mil yanaconas.

ALTAMIRANO. ¡Mataré a quien infunda ideas derrotistas, como que hay Dios!

VALDIVIA. ¿Aún con ánimo para bravatas, capitán?

CASTILLO. Atacan siempre con gente fresca, bien organizada. Y es imposible salir, ya lo veis.

ALTAMIRANO. ¿Queréis significar que nada queda por hacer?

VALDIVIA. ¿Quién ha dicho tal? Saldremos de esta trampa. ¡Voto a tal que no concluiremos cazados como conejos, Pizarro!

ALTAMIRANO. Lograremos salir, excelencia. Perdón... ¿Pizarro, dijisteis?

VALDIVIA. Formemos una cuña de fierros, de cuerpos, de lanzas, de huesos... ¡No, marqués Pizarro, tened por seguro que no nos derrotarán!

Repentino cambio de ambientación, cesan sonidos de lluvia y de lucha, salen Altamirano, Castillo y Agustinillo, Valdivia rejuvenece. Ingresas el actor 5.º, representando 'a Francisco Pizarro'.

PIZARRO. ¿Lo creéis así, Pedro?

VALDIVIA. ¡Vive Dios que tengo que triunfar!

PIZARRO. Tuve ocasión de aquilatar vuestro arrojo en Las Salinas¹², derrotando en mi nombre a ese malhadado Diego de Almagro, que Dios tenga en el infierno... Pues bien, ¿qué queréis?

VALDIVIA. Serviros más de lo que hasta ahora he hecho, Sr. marqués.

PIZARRO. Entre nos, dejáos de títulos y zarandajas. Por muy marqués que me nombren, no dejaré de ser Francisco Pizarro, vuestro coterráneo. Y aventurero analfabeto, como dicen mis enemigos.

VALDIVIA. Celosos de no alcanzar lo que vos: un Imperio para nuestro Imperio.

PIZARRO. Hablad sin tapujos. ¿Qué queréis?

VALDIVIA. Conquistar nuevas tierras para la Corona.

PIZARRO. ¿A dónde pensáis dirigiros?

VALDIVIA. Hacia el sur.

PIZARRO. ¡No estaréis refiéndooos a...!

VALDIVIA. Sí, señor, a Chile¹³.

PIZARRO. (*Echándose a reír.*) ¡Pero capitán...! Si cualquier otro que no fuese vos me propusiese algo semejante, lo mandaría echar con cajas destempladas. Por loco e insensato.

VALDIVIA. Puede que yo lo esté, señor. Pero ese lugar me obsesiona.

PIZARRO. ¡Vamos capitán...! ¿De nada os valió el fracasado ejemplo de Almagro, que Dios confunda? ¿Qué pretendió la conquista de ese territorio con 250 soldados y más de 5 mil yanaconas?

VALDIVIA. Conozco cada detalle. Al cabo de meses volvieron tan miserables que...

PIZARRO. Que se los llamó los "rotos" de Chile. ¡A los que regresaron!

VALDIVIA. Aun así, permitidme insistir.

PIZARRO. ¿Pensáis que alguien en sus cabales osará engancharse en tal expedición? Y en cuanto al costo...

VALDIVIA. Gastaré cuanto poseo.

PIZARRO. Lamento decir que no puedo aportaros nada. Son tantos los gastos para sostener...

VALDIVIA. Pediré préstamos... me endeudaré. Pero esa empresa, con vuestra licencia, se llevará a cabo.

PIZARRO. ¡Pardiez! Además de buen soldado sois hombre culto, cosa que no aprecio por cierto. Rara por estos lares, como no sea en ratoniles leguleyos y frailes dulzones. Decidme: ¿qué renta proporciona el valle de la Canela, que os di en encomienda? ¡Ah! ¿Y la mina de Porcó?

VALDIVIA. Doscientos mil castellanos.

PIZARRO. Luego, sois hombre rico.

VALDIVIA. Temo que no me entendáis, señor.

PIZARRO. ¿Dejarlo todo por emprender cosa de tanto trabajo y, seguramente, sin compensación? ¿Internarse en tierra tan infamada que todos huyen como la peste de ella? Dicen que Chile no da de comer a treinta hombres.

VALDIVIA. Estoy cierto de cambiar esa leyenda negra.

PIZARRO. No sé qué deciros, Valdivia. Sois de esa rara clase de hombres que requieren las empresas descabelladas.

VALDIVIA. Como también fue la vuestra, don Francisco.

PIZARRO. Mas ésta os resultará menguada en frutos. Pero ante tanta porfía y voluntad... ¡sea! Os nombro teniente gobernador de todas las tierras que conquistéis.

Sale. Valdivia desenvaina su espada.

VALDIVIA. ¡Vive Dios que tengo que triunfar! Yo, Pedro de Valdivia, "capitán general que soy de este ejército, en nombre de la majestad del emperador Carlos V, rey de España y mi señor natural, y por la Real Corona de Castilla, tomo la posesión de esta provincia y valles y las demás provincias, reinos y tierras

que más descubriere, conquistare y ganare y las que en esta demarcación adelante o por cualquier parte quedaren por descubrir o conquistar". (*La ambientación escénica va cambiando paulatinamente hacia la tónica "Tucapel"*.) "Si la posesión que he tomado, alguna persona por sí o por algún príncipe o señorío del mundo me la quisiese contradecir, aquí la espero en este campo armado para lo defender y combatir hasta la rendir o matar o echar del campo".

Formalidades de la Conquista, tomada de "Ventura de Pedro de Valdivia" de Jaime Eyzaguirre.

Por el foro y entre sombras avanzan las actrices, siempre vestidas de mapuches.

ACTRICES. "Llegó Lautaro en traje de relámpago
Siguió el conquistador acongojado.
Se abrió paso en las húmedas marañas
del crepúsculo austral.

Llegó Lautaro,
en un galopar negro de caballos". (*Canto General. Neruda*).

Durante la recitación, Valdivia envejece y retorna la lluvia y los gritos lejanos. Entra Altamirano.

ALTAMIRANO. Listos para emprender el ataque, excelencia.
Y que Dios nos ayude.

Valdivia asiente vagamente y el capitán sale.

VALDIVIA. Nunca me conformé con lo logrado. Preferí comenzar siempre de la nada. Fui rico encomendero en el Perú. Vendí todo, adquirí deudas y partí del Cuzco con apenas siete españoles y mil indios. Conmigo iba también Inés. ¡Inés...! Más adelante se me reunieron los Villagra, ambos con buenos contingentes. Y llegamos 150 españoles, después de atravesar el desierto más espantoso que haber pueda. ¡Cuánta penalidad! Y al cabo de once meses de la partida, fundé Santiago del Nuevo Extremo. ¡Nueva Extremadura! Porque ésta es una nueva Extremadura para mí. ¡Mi tierra!

VOZ DE ALTAMIRANO. ¡Lo esperamos, excelencia!

VALDIVIA. Y después, a seguir adelante. Pues no se alcanza el descanso sino por medio del trabajo. Y si venimos a dilatar la fe y a servir a Dios y al Rey, es menester pasar dificultades, que siempre se siembra con trabajo y se cosecha con alegría.

ACTRICES. “La fatiga y la muerte conducían la tropa de Valdivia en el follaje. Se acercaban las lanzas de Lautaro”.

VOCES DE ALTAMIRANO Y CASTILLO. ¡Señor gobernador, ordenad el ataque!

El cultrún¹⁴, la pifilca¹⁵ y la trutruca¹⁶ lanzan sonos que se funden con la lluvia.

VALDIVIA. Siempre he sido “el primero a los peligros... padre para los favorecer con lo que pude y dolerme de sus trabajos... geómetra en trazar y poblar; alarife en hacer acequias y repartir aguas; labrador y gañán en las sementeras... y en fin, poblador, criador, sustentador, conquistador y descubridor”.

“Cartas” de Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V.

ACTRICES. “Entre los muertos y las hojas iba como en un túnel Pedro de Valdivia. En las tinieblas llegaba Lautaro”.

VALDIVIA. *(Afiebradamente.)* Siete ciudades y tres fuertes he fundado sólo en doce años. ¡Y aún falta concluir mi obra, Señor! Dadme tiempo. ¡Un poco más de tiempo!

ACTRICES. “Pensó en Extremadura pedregosa, en el dorado aceite, en la cocina, en el jazmín dejado en ultramar. Reconoció el aullido de Lautaro”.

VALDIVIA. ¡Maldito infame, traidor! ¡Lautaro! ¡Fementido ladrón de mi obra! ¡Que Satán te sepulte en lo más hondo del infierno!

ACTRICES. *(Al mismo tiempo que Valdivia maldice.)* “Las ovejas, las duras alquerías, los muros blancos, la tarde extremeña. Sobrevino la noche de Lautaro”.

CASTILLO. *(Entrando.)* Ya es tarde, señor. ¡Son ellos los que vuelven a atacarnos!

Y sale presuroso, al tiempo que ingresan otros de los actores con singulares atavíos. El actor 6.º lleva toga y peluca de juez británi-

co. El actor 5.º viste como inquisidor español. El actor 4.º de arlequín. El actor 2.º como financista, fuma un largo habano. Las actrices se quitan los ponchos araucanos, mostrando otro vestuario debajo. La actriz 1.º se coloca anteojos y con su serio traje sastre parece una sesuda intelectual. En cambio la actriz 2.º representa una vistosa prostituta.

JUEZ. ¡En nombre de quien corresponda, se abre la sesión!

Desaparece la ambientación "Tucapel".

PROSTITUTA. (A Valdivia.) ¿Qué hace tan solo, viejito? ¿Vamos...? ¿No quiere acompañarme?

FINANCISTA. (Echándole la ceniza del habano.) Salga, buen hombre. ¿No ve que está molestando?

Valdivia mira sin comprender.

SESUDA. ¿Dónde nos vamos a instalar, Sr. Juez?

JUEZ. Donde les dé la real gana. Si quieren, váyanse hacia el público. Este es un tribunal muy liberal, a pesar de ser conservador.

SESUDA. ¿Quién?

JUEZ. Yo, por supuesto. (Van a ubicarse con el público las actrices y el financista. La actriz 2.º posiblemente prefiera sentarse en las piernas de un espectador. El juez se dirige a Valdivia.) ¿Tendría la bondad de retirarse? En caso necesario se lo mandará llamar. (Valdivia, totalmente desconcertado, sale de escena.) Bien, repito, se abre la sesión de este tribunal.

ARLEQUÍN. Perdón, Usía, ¿podría saber de qué se trata?

JUEZ. ¡Vaya pregunta! ¿Y usted no lo sabe? ¿Qué no es el defensor?

ARLEQUÍN. ¿Defensor...? ¿De quién?

JUEZ. De oficio.

ARLEQUÍN. ¿De cuál oficio? Porque el mío, que yo sepa, es el de divertir a la gente y no de defender a nadie.

Realiza algunos juegos malabares.

INQUISIDOR. Usía, ésta es una burla, una falta de respeto. El defensor parece que no supiera dónde se encuentra.

JUEZ. ¡Respete al tribunal, caramba! ¿Acaso cree que está en el teatro?

ARLEQUÍN. ¡Bah! ¿Y no es así?

Las actrices ríen y comentan con el público.

JUEZ. ¡Silencio en la sala!

INQUISIDOR. Ya todo está en calma.

ARLEQUÍN. El músculo duerme.

SESUDA. La ambición trabaja.

JUEZ. ¡Silencio! Que se presente el acusado.

ARLEQUÍN. ¿Y quién es el acusado?

JUEZ. ¿Otra vez...?

ARLEQUÍN. Perdone, Usía, pero francamente no lo sé.

FINANCISTA. A decir verdad, yo tampoco.

PROSTITUTA. Yo, menos.

INQUISIDOR. El acusado es un indio.

ARLEQUÍN. ¿Indio? ¿De la India?

JUEZ. De las Indias Occidentales, vulgo América.

FINANCISTA. ¡Un indio! ¿Y para eso me hacen perder el tiempo? ¡Que lo cuelguen de una vez y se ahorra juicio, tiempo y dinero! Yo tengo muchísimo que hacer.

SESUDA. ¿Por qué no llama al Ku-Kux-Klan, mejor...?

JUEZ. ¿En qué quedamos, se presenta o no el tal Lautaro?

PROSTITUTA. ¡Qué va a venir! Todos los indios se corren como ratas. ¡Si lo sabré yo, que una vez se me fue uno sin pagar...!

FINANCISTA. Para qué fue tonta, pues. A la gente de raza inferior hay que cobrarle siempre por adelantado.

SESUDA. ¿Qué dice...? ¿Inferior...? ¿Ignora, señor, que no hay razas superiores ni inferiores? ¿Que todo es cuestión de desarrollo cultural y nada más?

FINANCISTA. ¡Cuándo no! Tenía que toparme con una de estas espantosas traga-libros... ¡Qué mala suerte!

SESUDA. Sólo existen diferentes grados de evolución socio-económico-cultural...

PROSTITUTA. ¿De qué habla esta fulana?

FINANCISTA. Idioteces. Todo el mundo sabe que los indios son seres inferiores. ¡Felizmente...!

JUEZ. ¡Por última vez, silencio! Si no, haré desalojar la sala.

ARLEQUÍN. ¿Y los que pagaron su entrada?

JUEZ. En vista y considerando que el acusado no se haya presente, se le juzgará in absentia. Proceda, señor fiscal-inquisidor.

INQUISIDOR. Gracias, Usía. ¿Será necesario demostrar la felonía, falsía e ingratitud del acusado aquí ausente? Tarea inútil, pues es tan evidente que cae por su propio peso. Basta remitirse a los cronistas de la época, que de visu o de oídas muy directas, establecen sin apelación la contumacia del sujeto en cuestión. *(Ha entrado el actor 1.º trayendo gruesos legajos que va pasando al inquisidor.)* Jerónimo de Vivar dice: "Y viendo un mal indio que se decía Lautaro, que servía al Gobernador, que los indios se aflojaban, se pasó a ellos". ¡Se pasó a ellos! ¿Qué significa, señores, sino cobardía y oportunismo barato?

ARLEQUÍN. ¿Qué indios aflojaban, dice?

INQUISIDOR. Los mapuches, naturalmente.

ARLEQUÍN. ¿Y Lautaro no era mapuche?

INQUISIDOR. Por supuesto. ¿A dónde quiere llegar?

ARLEQUÍN. Y se pasó a los mapuches que estaban perdiendo. ¡Bien raro oportunismo! ¿No era más oportuno quedarse con los que estaban ganando?

JUEZ. No interrumpa, defensor. Prosiga, fiscal-inquisidor.

INQUISIDOR. (*Cogiendo otro legajo.*) Córdoba de Figueroa dice: "Quiso fabricar la ruina de su señor, notable seña de su tenaz venganza". ¿Qué indica esto, señores, sino amoralidad, falta de principios, de sentido ético elemental? (*Coge otro legajo.*) Dice Miguel de Olivares: "Olvidando la fidelidad debida a su dueño por el amor a su patria, se pasó del partido vencedor al de los vencidos". ¿Ven ustedes, señores? ¡Qué negra ingratitud!

ARLEQUÍN. ¡Pero qué cosa más graciosa...! ¿Quién lo está defendiendo, usted o yo? Porque su testigo dice que el acusado se pasó al enemigo... ino, al amigo, mejor dicho, a los suyos!... por amor a la patria. ¿Acaso el amor a la patria es delito?

INQUISIDOR. Lo es cuando ese sentimiento se encamina al deterioro o descrédito de la patria. ¿No es así, señor juez?

ARLEQUÍN. Aclaremos. ¿Descrédito de la patria o de los invasores que querían apoderarse de ella?

INQUISIDOR. ¡Protesto, señor juez!

JUEZ. Protesta concedida. Pedro de Valdivia, invasor o no, era gobernador de Chile. Ergo, atacar al gobernador Valdivia significaba atacar a la patria.

INQUISIDOR. ¿Para qué agregar más...? ¡Ese pagano...!

ARLEQUÍN. ¿Yo?

INQUISIDOR. El otro, idiota.

ARLEQUÍN. ¿Cuál otro idiota?

INQUISIDOR. El otro, coma, idiota, punto. Ese pagano, recogido paladinamente, y rescatado del arroyo de la barbarie...

PROSTITUTA. ¡Esa sí es frase! ¿Qué quiso decir?

INQUISIDOR. Por un hombre íntegro, caritativo...

ARLEQUÍN. Paciente y resignado... ¡Oh, María!

FINANCISTA. Y de buena clase. (*A la sesuda.*) Por no decir, raza.

INQUISIDOR. Ese pagano, digo, fue cuidado con cariño...

ARLEQUÍN. Premeditación y alevosía...

INQUISIDOR. Por la más alta autoridad del país en persona. Se le enseña castellano, para que pueda expresarse como la gente y no con los absurdos sonidos guturales mapuches, que nada significan. Se le introduce por la senda de la fe verdadera, a fin de intentar salvar ese alma podrida, sumergida en la idolatría nauseabunda y pestífera. Se le pone un nombre tan bello y rancio como lo es Alonso, eliminando el bárbaro nombre de Lautaro, que suena a lata golpeada. Se le concede un excelente puesto de palafrenero y se le viste con elegantes trajes viejos, cubriéndosele las vergüenzas vergonzosas. En suma, don Pedro de Valdivia se preocupa como el mejor de los padres, transformando al asqueroso indio mugriento en algo bastante parecido a un civilizado.

PROSTITUTA. Hasta buen mozo se pondría. Aunque difícil... ¡Son tan feos los indios!

INQUISIDOR. Pues bien, señores. ¿Cómo agradece estos beneficios el salvaje felón? ¡Ah! Si resulta increíble, inaudito...

ARLEQUÍN. Insípido, insoluble...

INQUISIDOR. Un buen día, sin decir agua va, se lanza por la senda del despeñadero, retornando a la barbarie de donde procedía. Tres años de solícitos cuidados, culturización y esfuerzos por transformarlo en homo sapiens, ¿para qué? ¡Para volver a convertirse en el mismo animal sanguinario y rastrero!

FINANCISTA. Ya ven. Cualquier esfuerzo que se haga para que progresen esos infelices, es tiempo perdido. Con decirles que en mi fábrica hice dar un ciclo de conferencias sobre la música barroca, ¿y qué creen que pasó? ¡No asistió ni un solo obrero! ¡Ah, pero cuando se trata de pedir aumento de sueldo...!

SESUDA. Entonces pondrá usted bien fuerte la música barroca.

JUEZ. ¡Silencio! Concluya, fiscal.

INQUISIDOR. Pero eso no es todo. ¡El descastado... el...!

PROSTITUTA. ¡Mapuche!

INQUISIDOR. Eso mismo, ¡el mapuche!, arrojando al muladar de la sinrazón los más elementales principios de la humanidad cristiana y occidental, se coloca al frente de los salvajes. Resurgiendo su brutal instinto asesino, ataca alevosamente a quien le dio pan, techo y abrigo; su protector, a su padre, a su amo. ¿Hay epítetos adecuados para calificar acción tan infame, tan descarada, tan...?

ARLEQUÍN. ¡Tantararantán-tan-tan!

INQUISIDOR. He dicho.

Aplausos y comentarios de los actores con el público.

JUEZ. ¡Silencio! Tiene brevemente la palabra el defensor.

Entra el actor 3.º con legajos que pasa al arlequín.

ARLEQUÍN. El señor fiscal citó algunas autoridades. Yo haré lo mismo. Diego de Rosales dice...

INQUISIDOR. ¡Protesto! Ese señor es del siglo XVII. Por lo tanto es historiador y no cronista. Y como tal, interpreta los hechos del pasado. No cuenta lo que vio.

ARLEQUÍN. Ninguno de los que usted citó, vieron a Lautaro. Aún más, dos de ellos son del siglo XVIII, ¿no lo sabía?

INQUISIDOR. Exijo entonces que venga a atestiguar Pedro de Valdivia.

JUEZ. Lo siento, pero está demasiado ocupado peleando en Tucapel. A propósito, ¿cómo le irá? ¿Hay alguna noticia? Protesta denegada. Prosiga defensor.

ARLEQUÍN. Gracias, Usía. Dice Rosales: "Hizo un hecho famoso y digno de memoria el valiente capitán Lautaro... Y fue que prevaleciendo en su pecho la libertad de la patria más que la fidelidad a su amo, se puso de parte de los indios vencidos". Creo que no necesita comentario. Y ya que el fiscal citó a Miguel de Olivares, éste compara a Lautaro con Aníbal.

PROSTITUTA. ¿Con un caníbal? Lógico.

INQUISIDOR. No nos desviemos del asunto. Aquí se está tratando un asunto de vil traición.

ARLEQUÍN. ¿Traición? ¿A quién? ¿A su gente? ¿A su tierra? ¡Todo lo contrario! ¿Traición el hecho de defender a su pueblo? ¿En lugar de medrar, o de atacarlo como hacían los yanacunas? Esos sí que traicionaban... a su raza. Pero Lautaro no. Para él primó, antes que cualquier interés o afecto personal, el deber a los suyos. ¡Y es un ejemplo de patriotismo que debería destacarse en todo su valor...

Gritos y comentarios ad libitum de los actores. Amonestaciones y campanillazos del Juez. Cuando se calma la batahola...

JUEZ. ¡Basta! ¿Qué decide el jurado? ¡Y suban al escenario, caramba! Dejen de estar molestando al público.

FINANCISTA. Usted mismo nos envió acá, Usía.

Sube junto con las actrices.

PROSTITUTA. Y a mí me ha ido estupendo. Conseguí un par de clientes para después de la función.

JUEZ. ¿Cuál es el veredicto? ¿Culpable o inocente?

PROSTITUTA. ¿Quién...?

JUEZ. El acusado, se entiende.

PROSTITUTA. ¡Ah! Culpable, por supuesto. Me cargan los indios. Aunque tengan plata.

JUEZ. ¿Y usted, qué dice?

FINANCISTA. Culpable, sin más trámites. Y debe ser ejecutado de inmediato, para que no cunda el mal ejemplo entre los demás obreros... perdón, quiero decir entre los demás indios.

JUEZ. ¿Y usted?

SESUDA. Considerándolo desde el punto de vista socio-antropo-sicológico, y a través de la idiosincrasia estructural-multiforme, llegaríamos a la conclusión de que es... inocente.

TODOS. *(Exceptuando a Arlequín, que aplaude.)* ¡¿Qué?!

SESUDA. Pero estudiándolo desde lo analógico-cultural con valorizaciones utópico-materialistas, sin tomar en consideración

los micronismos alotrópicos y de sustanciación colesterólica es... culpable.

TODOS. ¡Ah!

JUEZ. Decídase y dé una respuesta clara y definitiva.

SESUDA. Para mí es culpinoce, o tal vez inoculpable.

ARLEQUÍN. Permítame una pregunta, Usía.

JUEZ. Diga.

ARLEQUÍN. ¿Por qué no hay ningún indio en el jurado?

TODOS. (*Señalando acusadoramente a Arlequín.*) ¡Culpable!

Vuelve la ambientación "Tucapel". Muy a mal traer entran Valdivia y Altamirano. Los demás actores se juntan entre sí, helados de frío. El viento casi le bota la peluca al juez.

VALDIVIA. No deben espantarnos trabajos ni fatigas, pues son el toque donde se muestran más los quilates del valor y la virtud de cada cual.

ALTAMIRANO. Atacan con tal ímpetu y alarido, que parecen hundir la tierra.

VALDIVIA. ¿Agustinillo...?

ALTAMIRANO. Mal herido está el capitán Castillo. Vamos quedando muy pocos, excelencia.

VALDIVIA. ¡Qué nos queda por hacer...!

ALTAMIRANO. ¿Qué quiere vuestra señoría que hagamos, sino que peleemos y muramos?

Aumentan los sonos de la trutuca y el cultrún.

VALDIVIA. (*Avanzando hacia un primer plano.*) Seguir peleando... ¡hasta el final! ¡Descansar...! ¡Inés...! Añoro tu regazo... ora maternal, ora pleno de pasiones...

ARLEQUÍN. ¡Usía! En nombre de la moral vigente, contingente y excluyente, exigo que se reabra el tribunal. Pero esta vez con un verdadero acusado. ¡Él!

Señala a Valdivia. Desaparece la ambientación "Tucapel" y sale Altamirano.

JUEZ. A mí no me corresponde juzgar a este hombre. Me lavo las manos. ¿Dónde hay un lavatorio?

Sale.

SESUDA. A mí no me interesa, sociológico-estructuralmente hablando.

Sale.

FINANCISTA. Y yo estoy aquí perdiendo plata y tiempo.

Sale.

PROSTITUTA. Lo mismo digo yo.

Sale.

INQUISIDOR. Pues yo seguiré manteniendo el rol de inquisidor. (*A Arlequín.*) Ya que lo acusáis, actuaréis de fiscal.

ARLEQUÍN. Muy bien. ¿No hay defensor?

Entran actores trayendo grandes rumas de papel y se retiran.

INQUISIDOR. Si lo desea, puede nombrar uno. Pero lo creo innecesario, puesto que se trata sólo de un informe preliminar.

VALDIVIA. Pero... ¿qué es esto...? ¿Dónde estoy?

INQUISIDOR. ¿Aún no lo sabéis?

VALDIVIA. Quiere decir... ¿que estoy muerto...?

INQUISIDOR. ¿De qué lo acusáis?

ARLEQUÍN. De innumerables cargos, todos travísimos. Pero vamos por partes. Hace un momento evocaba a una tal Inés. ¿De quién se trata? ¿Su esposa? ¿No? ¡Mírenlo a don Pedro...!

Hace un guiño picaresco al Inquisidor.

VALDIVIA. ¿Qué pretendéis?

ARLEQUÍN. Simplemente considerar la primera acusación, esto es... perdone, ¿eh?: adulterio fragante... no, flagrante, inequívoco y continuado.

VALDIVIA. ¡Mala víbora! ¿Qué decís?

INQUISIDOR. Calma, Sr. Gobernador. Respete al tribunal.

ARLEQUÍN. ¿No tenía usted esposa en España?

VALDIVIA. La tengo. Y siempre la he recordado con singular cariño.

ARLEQUÍN. Tan singular que no volvió a verla. En cambio, recién rememoraba a Inés de Suárez. La única mujer que vino en su expedición. Exclusividad de la casa, ¿eh?

VALDIVIA. ¡Demonio bellaco, os haré tragar esas palabras!

INQUISIDOR. ¡Nada de violencias aquí! Tiene razón en lo que dice. Así consta en los autos.

Revisa papeles.

VALDIVIA. ¿Intentáis procesarme de nuevo, por ventura? ¿Qué lugar es éste? Ya lo hicieron en el Perú¹⁷. Y salí liberado.

INQUISIDOR. En efecto, pero con numerosas recomendaciones... por no decir órdenes terminantes, si aspirábais a seguir como gobernador.

VALDIVIA. Cumplí con todo integralmente.

ARLEQUÍN. ¿De veras...?

VALDIVIA. ¡En lo sustancial...!

ARLEQUÍN. Pero la señora siguió en España.

VALDIVIA. Envié por ella para que viniese cuando yo... (*Avanza la actriz 1.ª como doña Marina.*) ¡Marina! ¿Es posible...? ¿Vos aquí?

MARINA. No estoy aquí. Sigo vivir-muriendo en Extremadura. Sigo esperando en vano. ¡Veinte años con un lecho helado, en esta prisión de piedra! Muy a lo lejos he tenido noticias vues-

tras. De la fama que se acrecienta. De vuestras proezas. Entre tanto yo, día a día me he hecho más vieja, más huraña... Me voy secando por dentro y por fuera, igual que mi tierra extremeña.

VALDIVIA. Una vez afianzada la colonización habríais venido. No es justo que padeciéseis los sinsabores que he padecido.

MARINA. Más padezco yo desgastándome entre estos muros de piedra. No pudisteis perdonar mis antiguos regaños, esa mi tonta obstinación de querer desviaros de vuestra vocación.

VALDIVIA. Sois delicada, hogareña... No conocéis más allá de los límites del poblado. Imposible que podáis imaginar las penurias y trabajos que acá se sufren.

MARINA. Pudisteis darme una oportunidad de comprobarlo.

VALDIVIA. No, quise que de humilde casa llegáseis a habitar un palacio.

MARINA. (*Con triste sonrisa.*) ¿Pensásteis que tal era mi deseo? ¡Qué mal me conociste! Me hubiese contentado con tan poco... No, Pedro, reconoced que no queríais tenerme con vos.

VALDIVIA. Os juro que hice las gestiones pertinentes.

MARINA. ¿De verdad?

INQUISIDOR. Como gobernador, teníais la obligación de traer vuestra esposa legítima.

ARLEQUÍN. ¡Ojo, doña Marina! Obligación.

INQUISIDOR. Se os lo ordenó, si queríais ser confirmado en el cargo.

MARINA. ¡Ah! ¡Por eso...!

Se aleja cabizbaja.

VALDIVIA. No, Marina, no sólo por conservar el cargo. Quise... quiero que me perdonéis el abandono en que os tuve... Y del que me arrepiento.

ARLEQUÍN. ¡Qué conmovedor! Pero... ¿y doña Inés? A ella en cambio no le ahorró sacrificios. ¿Por qué, ah?

VALDIVIA. Porque ella es diferente. Mujer de otro temple. Dura... y tierna a la vez. (*La actriz 1.ª se cambia de peluca y alguna otra prenda y queda transformada en Inés de Suárez.*) ¡Inés! Tú reconfortaste mi alma en las peores aflicciones.

INÉS. Por amor os seguí en la más peligrosa aventura.

VALDIVIA. Dura en la lucha y blanda en el lecho, como debe ser la mujer de un conquistador.

ARLEQUÍN. ¡Vea, señor... él confiesa!

VALDIVIA. ¡Qué habría hecho sin vos! Salvaste mi capital de ser destruida¹⁸, mientras yo exploraba el sur. ¡Cómo no amar a una mujer así!

Alegremente ingresan la actriz 2.ª y los actores 1.º, 2.º, 3.º y 6.º. Arman una empalizada farsesca y realizan la acción del "romance" en forma titiritesca.

ACTRIZ 2.ª ¡Romance de doña Inés!

ACTOR 3.º Santiago del Nuevo Extremo estaba recién nacido, cuando vienen a matarlo los indios enardecidos.

ACTOR 2.º Estos no eran araucanos, sino de más acacito.

ACTOR 3.º Con una alta empalizada el pueblo está protegido, pero faltan provisiones para soportar un sitio.

ACTRIZ 2.ª Y para colmo de males, el gobernador se ha ido a explorar por allá lejos, y los soldados consigo.

INÉS. ¿Pero por qué nos atacan haciendo tal estropicio?
¿Por qué este alzamiento grande de indios que eran tan mansitos?

ACTOR 2.º Porque en lavaderos de oro
y en el agua sumergidos,
se morían a montones
o se quedaban tullidos.

INÉS. Mas, ¿por qué atacan Santiago
estos indios maldecidos?

ACTOR 2.º Porque aquí tenemos presos
y en celdas están metidos,
a siete de sus caciques,
sin tener ningún delito,
pero que como rehenes
necesarios, se han cogido.

ACTOR 3.º Mejor los soltamos luego
y se acaba todo el brillo.

INÉS. Al contrario, pues entonces
encabezarán el lío,
y ahí sí que no nos salva
ni el milagroso San Tito.

ACTOR 3.º ¡Ay, si viniese don Pedro!

ACTOR 2.º ¡Ay, si estuviera conmigo!

INÉS. Dejáos de lloriqueos,
que no sois ningunos niños.
Matemos a los caciques
y partirán corriendito.

ACTOR 2.º ¡Pero señora por Dios!

ACTOR 3.º ¡Pensamiento peregrino!

ACTOR 2.º Se ensañarán con nosotros
y nos harán picadillo.

INÉS. ¿No obedecen, mujeriles?
¿Tienen miedo, mal nacidos?
Yo no permitiré jamás
que rompan lo construido;
son seis meses de trabajo,
ese es mucho sacrificio.

Y si los caciques quieren
encabezar a los indios,
con cortarles la cabeza
se acaba todo el conflicto.

ACTOR 2.º ¡Doña Inés, esto es locura!

ACTOR 3.º ¡Señora, se lo suplico!

INÉS. Pásenme luego esa espada,
los mataré, ¡vive Cristo!

ACTRIZ 2.ª Y agarro a los siete presos,
que se reían solitos
y les cortó la cabeza
sin que dieran ni pío.
Luego las lanzó hacia afuera
igual que a ovillos de hilo.

Los actores 1.º y 6.º lanzan cabezas de muñecos por sobre la empalizada.

ACTOR 2.º Los indios muy asustados
ante tan cruel desatino,
con la cola entre las piernas
se fueron más que corridos.

ACTOR 3.º Y así se salvó Santiago
que estaba recién nacido.

Los actores del romance saludan y se retiran, llevándose los administrículos utilizados.

VALDIVIA. ¡Qué mujer! Recia, pero a la vez dulce y tierna
como la más delicada paloma.

INQUISIDOR. Se os ordenó la separación inmediata de esa
señora. Y en el plazo de seis meses casarla o enviarla fuera del
país.

ARLEQUÍN. (*Melodramático.*)

“¡Oh, doña Inés de mi vida!
Si esa voz con quien deliro
es el postrimer suspiro
de tu eterna despedida...” (*Don Juan Tenorio. Zorrilla.*)

Inés se aleja hacia el foro.

VALDIVIA. Debo renunciar a vos. Razones de Estado aherrajan el sentimiento. ¡Pero sabed que para mí fuisteis la única...!

ARLEQUÍN. ¿Y Juana Jiménez no cuenta para nada?

INQUISIDOR. ¿Quién? ¿A ver...? (*Lee papeles.*) ¡Ah, sí, aquí está! Juana Jiménez. Al parecer sobrina de Inés de Suárez. Os la llevásteis a Concepción, 26 años. Vos, 53 en ese momento.

ARLEQUÍN. ¿Quería entibiarte la frialdad de la vejez?

La actriz 1.ª se convierte en Juana y se acerca.

VALDIVIA. Nada os faltó conmigo, Juana.

JUANA. Sí, don Pedro. Fuiste un padre para mí.

ARLEQUÍN. ¿Padre...? ¡Vamos, sin exagerar tampoco...!

JUANA. Pero un mal padre que me amancebó.

ARLEQUÍN. ¡Qué feo...!

VALDIVIA. Por vuestra propia voluntad.

JUANA. ¿Mi voluntad? No, don Pedro. ¿Podría alguien oponerse a la vuestra? A doña Inés la desposaste con uno de vuestros capitanes. Y a mí...

VALDIVIA. Por ser joven y mujer no entenderéis que lo fundamental en la vida de un hombre va más allá de los simples amoríos. Que lo esencial es alcanzar la altura, más y más, ir hacia el infinito... ¡Crear! Para ustedes puede que esa creación sean los hijos. ¡Pobre remedo de infinito! Yo no los tengo ni deseo. Pues aquí, en esta tierra que estoy transformando, quedará mi verdadera y eterna creación.

JUANA. ¿Ello os autoriza a pisotear el amor y la ternura?

VALDIVIA. Nada comprendéis. ¡Idos Juana, Inés, Marina...! ¡Idos todas! (*Sale la actriz 1.ª*) Ninguna mujer... ningún sentimiento ha sido obstáculo para desviarme un ápice de la misión que me he impuesto.

Como una ola surge la ambientación "Tucapel".

VOZ DE LAUTARO. ¡Huye, Valdivia! ¡Huye...!

Asoman, vestidos de mapuches, los actores 1.º, 2.º, 3.º y 6.º, y la actriz 2.º

ACTRIZ 2.ª “Sus capitanes tambaleaban ebrios de sangre, noche y lluvia hacia el regreso.

ACTORES. Palpitaban las flechas de Lautaro.

ACTRIZ 2.ª De tumbo en tumbo la capitania iba retrocediendo desangrada.

ACTORES. Ya se toca el pecho de Lautaro. (*Canto General*. Neruda).

Desaparecen y con ellos la ambientación “Tucapel”.

INQUISIDOR. No cabe acusación. Se trata de implicancias de orden personal que en nada afecta la función desempeñada. Sobre todo que rectificó oficialmente su proceder.

ARLEQUÍN. Cierto que es cargo de poca monta... salvo para las afectadas. Consideremos entonces la acusación de peso. Que afecta, no a cuestiones privadas, sino de su actuación pública como gobernante. ¡Lo acuso de comportamiento cruel y tiránico con sus gobernados, tanto pobladores como soldados!

VALDIVIA. ¿Qué...? ¿Queréis decir que también fue pecado castigar a los indios? ¿No se me envió a ensanchar los dominios imperiales y a...?

ARLEQUÍN. No se trata de los nativos, señor gobernador, sino de vuestra propia gente.

VALDIVIA. ¡Vaya! Cualquiera en mi lugar procedería en igual forma. ¡Con mano de hierro! De otro modo estaría perdido. Ninguna gran empresa llegaría a buen fin utilizando guante de seda.

INQUISIDOR. Puede ser. Pero ello no es justificación de tiranía.

ARLEQUÍN. ¡Ni de codicia!

VALDIVIA. ¿Codicia...?

ARLEQUÍN. Codicia que conduce a la tiranía o viceversa.

VALDIVIA. ¡Falso! Jamás me ha interesado la riqueza.

ARLEQUÍN. Sin embargo aquí consta que...

VALDIVIA. Si he juntado oro, no es por el oro en sí, sino por el poder de convicción que el oro tiene. ¡Para convertirlo luego en brazos de colonos, taladradores de selva!

ARLEQUÍN. ¡Pero de ahí a arrebatarlo a la fuerza...!

VALDIVIA. ¡Miente bellacamente quien afirme...!

ARLEQUÍN. ¡... aprovechando su poder absoluto!

VALDIVIA. ¡Rechazo infundio tal!

ARLEQUÍN. ¡Por el hecho de ser el señor gobernador! ¡Y que nadie puede oponérsele! ¿No es eso tiranía?

INQUISIDOR. (*Revisando papeles.*) Aquí está escrito que se os ordenó pagar todas las deudas en el término de un año. Y se os prohibió cargar con nuevos empréstitos a los colonos.

VALDIVIA. Necesidades acuciantes del momento me obligaron a tomar medidas...

ARLEQUÍN. ¿Arbitrarias?

VALDIVIA. Restrictivas, con mi gente. Pero nunca me apoderaré indebidamente de sus bienes, ni...

INQUISIDOR. Vuestras palabras testificadas fueron: de que si no daban el oro a las buenas, supiesen que lo sacaríais y el pellejo con ello.

VALDIVIA. ¡Calumnias! ¿Quién podría asegurar tal falsedad?

ARLEQUÍN. Aquí tenemos un testigo. ¡Adelante, Juan Pinel!

Entra el actor 1.º en el papel de Pinel.

VALDIVIA. ¡Tiranía! ¡Codicia...! ¡Qué pequeñez de espíritu la vuestra! “Si tuviese la intención de otros gobernadores, que es no parar hasta topar oro para engordar, yo pudiera con ello haber ido a lo buscar y me bastaba. Pero por convenir al servicio de Su Majestad y perpetuación de la tierra, he ido con pies

de plomo, poblándola y sustentándola”. (“Cartas al Emperador Carlos V”).

INQUISIDOR. Está aquí el escribano Juan Pinel.

VALDIVIA. Ignoro de quién se trata.

PINEL. Soy yo, excelencia.

VALDIVIA. No lo conozco.

ARLEQUÍN. Le refrescaremos la memoria.

Entran alegremente los demás actores. El actor 3.º representa a Francisco Villagra. El actor 6.º en el papel de Pedro de Valdivia.

ACTRIZ 2.ª ¡Romance de Juan Pinel!

ACTRIZ 1.ª Feliz sonrío tranquilo.

Juan Pinel, el escribano,
ya que partirá de Chile
después de pasar cuatro años.
Fueron años hartos duros,
de fatigas y de enfados;
más, juntando peso a peso,
buen dinerillo ha ahorrado;
la mira puesta en España,
a retornar bien forrado.

ACTRIZ 2.ª Allá lo aguarda una esposa,
piensa tener buen descanso,
y varias hijas solteras
que están bajo su cuidado,
esperando con la dote
pasar a mejor estado.

ACTOR 2.º ¿A Valparaíso, Juan?

PINEL. A Valparaíso, hermano,
a embarcarme, si Dios quiere,
en un buquecito blanco.
Yo no soy hombre de armas,
soy individuo letrado,
y acá poco se precisan
los así tan mal armados.

ACTRIZ 1.ª Varios que juntaron plata
y esta tierra no aguantaron,
volverán a España presto
a disfrutar lo ganado.

ACTRIZ 2.ª El gobernador Valdivia
y su maestre de campo,
despiden a los viajeros
con aire muy contristado;
pero antes, todo el dinero
en el barco han colocado.

VALDIVIA. ¡Qué les vaya bien, amigos,
saludos al rey don Carlos!
Y bebed de este vinillo
para pasar el mal rato.

PINEL. Muchas gracias, señor Pedro.

ACTOR 2.º Que viva usted muchos años.

VALDIVIA. ¿No queréis aun quedaros
en este mi sitio amado,
el mejor lugar del mundo,
y ayudarme a conquistarlo?

ACTOR 2.º ¡Ni aunque lo pidiera Cristo!

PINEL. ¡Ni aunque rogaran los santos!

VALDIVIA. Entonces no hay más que hablar;
aquí no os necesitamos.

ACTRIZ 1.ª Pero antes que se den cuenta,
Valdivia se ha embarcado,
dejándolos en la playa,
en el barco se ha instalado.

PINEL. ¿Qué es esto, Sr. Villagra?

ACTOR 2.º ¿Qué es lo que aquí ha pasado?

F. VILLAGRA. Señores, debo explicarles,
mejor aún, informaros,
que don Pedro es el que viaja
y el dinero ha requisado.
Se va al Perú con dinero
a buscar nuevos soldados.

El oro es tomado en préstamo,
no piensen que es un regalo.

ACTOR 2.º ¡Pero es algo inconcebible!

PINEL. ¡Es un robo descarado!

F. VILLAGRA. ¡Cállense los malandrines!
¡A callar los desfogados!
Cuando él vuelva del Perú
devolverá lo prestado.

ACTOR 2.º ¿Y nosotros, don Francisco?

PINEL. Sí, ¿qué haremos los cuitados?

F. VILLAGRA. Os quedaréis, por supuesto.
Volved prestos a Santiago.

PINEL. Yo no lo podré aguantar,
Debo salir de este antro.
Me esperan allá en España
los seres que tanto amo.

F. VILLAGRA. No protestéis, Juan Pinel.
Evitad ser castigado.

PINEL. ¡Ay de las mis pobres hijas!
¡No podrán cambiar de estado!

VALDIVIA. (*El "verdadero", interrumpe la acción del romance.*) ¿Qué suponéis demostrar con esta zafiedad? ¿A quién podría interesar? ¿Pretendéis cotejar piedrecillas rodadas con montañas de roca? ¿Con qué vara hacéis la medición? ¿Por ventura entendéis lo que significa plantearse como un hombre ante labor como la que yo he emprendido? ¿Dando la cara, sin desmayar jamás? Ya veo que no. ¿Sabéis lo que es sufrir hambre, frío, ataque constante de los indios, contando apenas con un puñado de hombres, sin provisiones, sin ayuda de nadie? ¿Entendéis lo que significa construirlo todo de la nada? ¡Ninguno de vosotros tiene derecho a juzgarme! Los hombres deben mirar hacia arriba, hacia la cumbre. Y la cumbre se debe alcanzar a cualquier precio. Mientras más alto se llegue, más factible es poder alcanzar el sol.

Los actores, que lo escuchaban con interés, prosiguen la acción del romance.

ACTRIZ 1.^a Dos años pasaron ya,
después de aquel vil engaño,
y el pobrecito Pinel
anda aún desorbitado,
vagando cual alma en pena,
como esqueleto, de flaco.

ACTRIZ 2.^a Ha regresado Valdivia,
gobernador confirmado.
Viene con grande prestigio
y muchísimos soldados.

PINEL. ¡Devolvedme mi dinero
esfuerzo que me has robado!

VALDIVIA. ¿Qué afirma este miserable?
¿Quién es este desgraciado?

PINEL. ¿No sabéis quién soy, señor?

F. VILLAGRA. Es Pinel, el escribano;
molestia ha dado continua
y parece trastornado.

PINEL. ¡Quiero regresar a España!

VALDIVIA. ¿Acaso estáis apresado?

PINEL. Mas, ¿con las manos vacías?

VALDIVIA. No tengo con qué llenaros.

PINEL. ¿Cuándo daréis mi dinero?

VALDIVIA. Cuando sea necesario.

PINEL. Mis hijas están solteras,
acomodo suspirando.

VALDIVIA. Pues que si ellas son tan feas,
quedarán a vestir santos.

PINEL. ¡Sois un canalla maldito,
más malo que un condenado!

VALDIVIA. ¿Qué decís, vil pajarraco?
 ¡Vive Dios, que me has colmado!
 Por femeniles afectos
 de Chile te has marginado,
 despreciable majadero,
 sólo mereces rechazo.
 ¡Apresad ese bellaco!
 ¡Castigaré a tal bastardo! (*Huye Pinel.*)
 ¡Distraerme con minucias,
 siendo el tiempo tan escaso!
 Quien no aporta en esta empresa,
 mejor que se vaya al diablo.
 ¿Apresaron al indino?
 ¿En cepo lo han colocado?

ACTRIZ 2.ª Señor, ese pobre loco,
 de dolor se ha ahorcado.

ACTRIZ 1.ª Colgando está de una rama,
 Juan Pinel, el escribano.

Los actores del "Romance" saludan y se retiran.

VALDIVIA. ¡Vaciedades! ¡Pequeñeces! ¡Naderías! Pero... qué es esto! ¿Dónde me encuentro, al cabo? ¿Estoy... vivo o muerto...? ¿Qué lugar es éste? ¿No estoy luchando en Tucapel?

INQUISIDOR. Volveréis allá en seguida.

VALDIVIA. Yo defendiendo a mi Imperio... a mi fe... ¡al Hombre! De nada podéis acusarme... sombras, demonios, o lo que seáis. ¡Porque soy un Creador! Y el creador sólo es responsable ante su obra. Y soy despiadado, con tal de culminarla.

INQUISIDOR. (*Consultando papeles.*) Legalmente no procede acusación alguna. Quedáis libre de todo cargo o sospecha. ¡Os felicito, señor gobernador!

Lanza papeles al aire y sale.

VALDIVIA. ¿Concluyó al fin esta ridícula pantomina?

ARLEQUÍN. Terminó, gobernador. Y ganó una vez más. Sin cargos de ninguna clase... ni siquiera de conciencia. ¡Qué digo...! Cuando esa es molestia que sólo sufren las gentes corrientes, simples, los que nada valen. A los... ¿creadores?... solamente interesa alcanzar la cumbre, ¿no, señor?

Lanzan el resto de papeles al aire y sale. Los papeles flotan como formando una niebla.

VALDIVIA. Veo ante mí el anchuroso Bío-Bío y el mejor puerto natural que hay en las Indias. Aquí fundé Concepción, en honor de la madre de Aquel en cuyo nombre se consigue toda victoria. *(Se nubla el escenario. Ambientación "Tucapel". Se oye la fuerte lluvia.)* Ahora sé que no podré culminar mi obra. ¡En fin...! Pero lo hecho... justifica tanto trabajo. ¿Qué valor tienen las flaquezas humanas, ante lo que perdurará para siempre? *(Se escucha, distorsionado, el chivateo mapuche. Valdivia mira a su alrededor.)* ¡He quedado completamente solo! Todos mis soldados han muerto. Y me dejan para el último, ¿eh, Lautaro? ¿Eso quieres tú? Pues sabrás que no soy el último. Antes bien... ¡soy el primero! Gozad aprisa de vuestra ganancia, que será muy corta. Pues mi Imperio, otros yo, imi yo vuelto a renacer!, os aplastará sin asco. *(Por el foro avanzan amenazantes los seis actores y las dos actrices, con atuendos mapuches. Se disponen como sombras, en distintos lugares del escenario.)* Señor, me arrepiento de mis muchos pecados. Más no, ¡de ninguna manera!, de aquellos cometidos por servir mi ideal. No temo tu juicio, Señor. Mucho menos la muerte. Porque...

ACTRICES. "Valdivia vio venir la luz, la aurora, tal vez la vida, el mar.

ACTORES. Era Lautaro". *(Canto General. Neruda).*

Entra Lautaro en un plano alto. Mira, a la vez con desafío y pena a Valdivia.

VALDIVIA. ¡Porque la muerte menos temida da más vida!

Eleva los puños. Los sones del cultruun, pifilca y trutruca llegan al frenesí, Valdivia lanza un bronco grito de bestia herida, grito que es prolongado en notas de tuba y órgano, grito de parto, grito de creación, el escenario se enciende en una gran llamarada amarilla, luego roja, luego púrpura, que se va apagando, junto con todo ruido. Se producen oscuridad y silencio totales.

Telón

SEGUNDA PARTE

LA CORTA ALBORADA DE UN LIBERTADOR

“Inche Lautaro, apumbin ta pu huinca”.

Entra la actriz 2.ª, en el rol de Guacolda, canturreando. Viste a la española, pero lleva un pectoral mapuche. Camina con cierta dificultad, como si no acotumbrase calzar zapatos. Se supone que está en el interior de la casa en donde sirve, en Concepción. Puede aparecer un letrero indicativo al respecto. Es la casa de Francisco Villagra. Oye golpecitos en una ventana. Se asoma a mirar, encontrándose con la actriz 1.ª, que interpreta el papel de Matilde.

GUACOLDA. ¡Matilde! ¿Qué haces acá a esta hora?

MATILDE. ¿Que no sabes lo que pasó, Teresa, por Dios? ¡Mataron al gobernador!

GUACOLDA. ¿A don Valdivia?

MATILDE. ¿Y qué otro, si no ha habido más gobernadores, pues?

GUACOLDA. ¡Buen dar! ¿Y cómo le pasó esa desgracia?

MATILDE. Tuvo un mal encuentro con los araucanos. Toditita la tropa quedó hecha charqui. Sólo arrancaron unos pocos yanaconas, que trajeron la noticia a Concepción.

GUACOLDA. ¡Me alegro!

MATILDE. ¿Cómo puedes decir eso, Teresa, por Dios?

GUACOLDA. ¿Quieres no llamarme más Teresa? Por si no lo sabes, mi nombre es Guacolda. Significa Maíz Rojo, en mapuche.

MATILDE. ¡Mírenla! ¿De cuándo te pusiste tan araucana?

GUACOLDA. Desde siempre.

MATILDE. No es cierto, porque bien que te gusta pasar por huinca. ¡No te habré visto yo blanqueándote la cara con albayalde...!

GUACOLDA. ¡Qué mentira más grande! Nunca me he sentido huinca, por más que haya vivido desde chiquitita entre ellos.

MATILDE. Sóplame este ojo. ¡Ya, no te enojas Tere... Guacolda! La gente anda toda asustada. Con decirte que mi patrona está ordenando los bultos, por si acaso. ¡Ah! Pero no te he contado lo mejor. Adivina quién está al mando de tus paisanos.

GUACOLDA. ¿Cómo quieres que lo sepa?

MATILDE. Piensa, pues.

GUACOLDA. ¡No me digas que...!

MATILDE. El mismo, niña. ¡Tu peor es nada!

GUACOLDA. ¿En serio? ¡Gracias, Virgen santa! Ahora veo que no me mintió. Que va a venir por mí.

MATILDE. Mejor que no, oye. Y si viene, que lo haga solito más mejor. ¡Sólo de pensar en lo que pasaría, se me llegan a parar los pelos!

GUACOLDA. Juró que un día me iba a llevar a la tierra.

MATILDE. No seas tonta, niña. Si aquí en Concepción, el frío y la lluvia la tienen toda agarrotada a una... ¡Cómo será más al sur!

GUACOLDA. Es lo más lindo que pueda haber. Imagínate bosques silenciosos y oscuros... Ríos espesos y lentos... Helechos inmensos, que te tapan cuando caminas blandito por entre las hojas caídas...

MATILDE. ¡Cómo no! Y con una lluvia que te deja mojada como diuca.

GUACOLDA. Que te limpia el espíritu de todo lo malo... ¿Estás segura que es Lautaro?

MATILDE. Así dicen.

GUACOLDA. ¡Bendito sea Dios! De un repente se fue sin decirme nada. Pero yo sabía que iba a volver.

MATILDE. Llevas tiempo con él, ¿no?

GUACOLDA. Desde que lo llevó el gobernador a Santiago. Yo estaba en la casa de mi patrón Villagra. Igualito que acá. Entonces lo conocí. Y sentí al tiro aquí dentro un remezón... un golpazo que me trajo a la memoria tantas cosas que creía olvidadas... de mi tierra, de mi gente... Yo le enseñé las primeras palabras de castellano. Y él a su vez me enseñó a sentir orgullo de lo nuestro.

MATILDE. ¡Benaiga! ¿Y cómo se veían...?

GUACOLDA. A escondidas, porque mi patrona no lo pasaba. ¡Parece que la estoy oyendo!

VOZ DE LA PATRONA. (*Personaje interpretado por el actor 4.º. Se produce un cambio de iluminación, cambio que supone tiempo y lugar diferentes, quedando Matilde en penumbra.*) ¡Teresa! ¿Dónde te metiste, muchacha?

GUACOLDA. Aquí estoy, señora.

Entra la patrona.

PATRONA. ¿Por qué no estás en la cocina? ¿Qué haces acá? Seguro que te hallabas atisbando por la ventana.

GUACOLDA. La comida está casi lista, señora.

PATRONA. ¿Y qué haces aquí, te pregunto?

GUACOLDA. Buscaba... buscaba la escoba.

PATRONA. ¿Aún no has hecho el aseo, Teresa? ¡Era de esperarse! Desde que apareció ese... indiecillo, andas en las nubes, como atontada. ¿Lo estabas esperando?

GUACOLDA. ¡No, patrona, cómo se le ocurre...!

PATRONA. ¡Mentirosa! Además de ladrona, mentirosa. No sé qué voy a hacer contigo.

GUACOLDA. ¿Ladrona, yo...?

PATRONA. No hay indio que no sea ladrón. ¿Crees que no tengo olfato? ¿Qué no huelo que me has sacado mi perfume?

GUACOLDA. ¡Señora...! Yo nunca le he sacado nada.

PATRONA. ¿Ah, no...? ¿Entonces cómo hueles tan bien?

GUACOLDA. Será porque me baño, pues, señora. Me baño todos los días.

PATRONA. (*Espantada.*) ¿Todos los días...?

GUACOLDA. Es costumbre mapuche.

PATRONA. Costumbres paganas y pecaminosas que deberías haber olvidado hace tiempo. Ahora estás civilizada, Teresa. Eso de bañarse es... como volver a la barbarie. ¿Y con quién?

GUACOLDA. ¿Con quién, qué...?

PATRONA. ¿Con quién te bañas?

GUACOLDA. Sola, pues, señora. ¿Con quién iba a ser?

PATRONA. Cuidadito, ¿eh? Porque no permitiré que de pronto aparezcas con barriga. Te lo advierto. ¡Te pongo de patitas en la calle! Lo hago por tu bien. Teresa, entiéndelo. Con lo buena moza que eres, hasta podrías llegar a casarte con un español. Y me alegraría muchísimo, pues en el fondo te tengo afecto.

GUACOLDA. ¿Entonces me haría un favor, patrona?

PATRONA. ¿Cuál?

GUACOLDA. Que me dé permiso para salir un ratito... Después que sirva la comida.

PATRONA. ¿Salir...? ¿A dónde?

GUACOLDA. A la iglesia, no más.

PATRONA. ¿Tan religiosa que te han de ver!

GUACOLDA. Estoy rezándole una novena a San Francisco. ¡Es un santo tan milagroso...!

PATRONA. ¡Sí, cómo no...! ¡Novena...! Lo que quieres es ir a juntarte con el indio. Pues no, señorita, se queda aquí. Limpiando la casa que está inmunda. Y después lavarás la ropa sucia que se acumula a montones. ¡Cada día estás más imposible, Teresa! ¡Sólo faltaría que me salieses pidiendo aumento de sueldo! ¡Vete a la cocina inmediatamente!

Sale y vuelve la iluminación anterior.

GUACOLDA. Pero me escapé no más, a ver a Lautaro. La vieja no se dio ni cuenta.

Ríe.

MATILDE. ¿Y qué tal se portaba él como...? Bueno, tú sabes...

GUACOLDA. ¡Ay, si vieras...! ¡Me quiere tanto...! Pero un día me dijo: Mi Maícito Rojo, vendré por ti. ¿Qué te vas a ir?, le dije yo espantada. Debo volver a la tierra, me contestó. Ahora sé lo que tengo que hacer. Ya es tiempo. ¿Y yo...?, le pregunté llorando. Vendré a raptarte, me dijo.

MATILDE. ¿Raptarte?

GUACOLDA. Así se estila en mi tierra. Pero es por acuerdo...

MATILDE. Vas a vivir muy remal, niña. En rucas piltrientas.

GUACOLDA. ¡Al mismo infierno iría, pero con él! ¿Crees que aquí lo paso muy bien? A puro gritoneo de la patrona.

MATILDE. El Lautaro te va a tratar peor. Vas a trabajar como bestia.

GUACOLDA. Con gusto, si es para él.

MATILDE. Andas bien vestida... ¡Hasta con zapatos! Más de alguno te tomaría por huinca.

GUACOLDA. ¿Te gusta este pañolón?

MATILDE. Hace ratito que te lo estoy envidiando.

GUACOLDA. No sé qué bicho le picó a la señora y me lo regaló.

MATILDE. ¿Ves, pues, Tere... Guacolda? ¿Cuándo vas a tener cosas así en Arauco?

GUACOLDA. Se ve que no sabes lo que es querer, Matilde.

VOZ DE LA PATRONA. ¡Teresa, dónde estás...!

GUACOLDA. ¡Ya apareció! Andate mejor, que no le gusta verme comadreando. (*Sale Matilde.*) Aquí estoy, Patrona.

Entra la patrona.

PATRONA. ¿Lustraste la coraza de don Francisco? Tiene que partir en seguida mi pobre marido. (*Se pone a llorar.*) Ahora que es gobernador... debe cargar con toda la responsabilidad.

GUACOLDA. ¿Gobernador, el patrón...?

PATRONA. Lo nombraron sucesor del pobre don Pedro, que Dios tenga en su santa Gloria. ¡Qué muerte más espantosa! Dicen que los salvajes le sacaron el corazón y se lo comieron.

GUACOLDA. Eso es bueno, señora.

PATRONA. (*Horrorizada.*) ¿Eh...?

GUACOLDA. Porque así... ¿Cómo le dicen ustedes? ¡Ya! Así le rindieron homenaje.

PATRONA. ¿Qué estás diciendo? ¿Homenaje? ¡Es una canallada que no tiene nombre!

GUACOLDA. No, señora. Al enemigo valiente que ha muerto en combate, los mapuches le comen un pedacito de corazón. Así el valor de ese hombre aumenta el valor de los guerreros.

PATRONA. ¡Qué horror!

GUACOLDA. Por eso creo que debe estar contento el gobernador. Sí, porque es como la comunión, pues, señora. ¿Acaso los cristianos no nos comemos al Señor?

PATRONA. ¡Pero en símbolo no más, bruta! No tienen remedio ustedes. ¡Homenaje...! ¡Salvajes paganos! ¡Ah! Y te haces la mosquita muerta, ¿no?

GUACOLDA. ¿Por qué, señora?

PATRONA. ¡Hipócrita! ¡Seguro que no lo vas a saber...! Pero al indio asqueroso le llegará su hora. Don Francisco parte con 160 soldados armados de punta en blanco. ¡Hasta con cañones, que acaban de llegar! Ahora va a saber lo que es candela, el tal Lautaro. Por más que se esconda en lo más hondo de la selva, mi marido lo va a sacar y lo va a reventar como un sapo.

Sale.

GUACOLDA. ¡Que el diablo te reviente a ti, vieja condenada, y Lautaro a tu marido! (*Reza, mezclando sus viejas creencias con las cristianas.*) Señor Cristo... Gran Pillán que estás allá arriba... Protege a Lautaro, a mi traro... Virgencita, haz que no le pase nada. Que Caycay-Vilú²⁰ no lo sorprenda por la noche. Que el Cherrube²¹ no lo aplaste con su fuego. Y que el ángel de la guardia esté siempre a su lado, amén.

Sale, cuando los actores y la actriz 1.º entran con gran algarabía. Lanzan serpentinas, hacen sonar cornetas de cartón, matracas, etc., como si estuvieran en un carnaval. De pronto el actor 1.º alza un brazo. Todos se detienen y callan.

ACTOR 1.º “Mirad el gran Sur solitario.
No se ve humo en la altura.
Sólo se ven los ventisqueros
y el vendaval rechazado
por las ásperas araucarias...”

ACTRIZ 1.ª “Pero entre las hojas mira el guerrero.
Entre los alerces un grito.
Unos ojos de tigre en medio
de las alturas de la nieve”. (*Canto General. Neruda*).

Uno de los actores entra un letrero —este descende del telar— en el que está escrito: “Batalla de Marigüenu. Febrero de 1554”. Y prosigue el Carnaval, entrando también caballos de cartón y cabezudos. El actor 2.º alza el brazo y todos se detienen.

ACTOR 2.º La táctica de Lautaro fue la misma que empleó en Tucapel.

ACTOR 5.º Pero inventó la forma de botar del caballo al guerrero acorazado.

Prosigue la algarabía, el actor 2.º se sube sobre el actor 1.º Los actores 5.º y 6.º traen un largo colihue²² con un lazo en la punta, en-

lazan al actor 2.º y lo derriban, quedando éste sin poder levantarse y pataleando. Ruedan y rebotan cabezas como pelotas. Al mismo tiempo se proyectan diapositivas bélicas. De pronto se escucha la corneta de Lautaro y el carnaval termina. Refunfuñando, los actores limpian el escenario y se retiran. Entra el actor 3.º como Francisco Villagra y se le agregan los actores 1.º, 2.º y 5.º como soldados, bastante a mal traer.

F. VILLAGRA. ¡Noventa españoles quedaron pudriéndose bajo la lluvia!

ACTOR 1.º ¿Tendremos que abandonar Concepción, don Francisco?

ACTOR 5.º Si seguimos acá, nos van a comer vivos.

F. VILLAGRA. El despueblo de Concepción es durísima cosa, pero... Se hace necesario para no sacrificar a la población.

ACTOR 1.º Hay un barco grande anclado en la bahía, excelencia.

Entra el actor 6.º como Alonso de Ercilla.

F. VILLAGRA. Que en él vayan las mujeres y gente menuda. Y parta en seguida hacia el norte. Los hombres iremos por tierra. Proceded con rapidez, que la indiada se acerca.

ACTOR 5.º Sí, excelencia.

Se retiran Francisco Villagra y los actores 1.º, 2.º y 5.º.

ERCILLA. (*Carraspeando.*)

“De rato en rato se renueva y crece el llanto, la aflicción y el alarido, tal voz hay que de súbito enmudece, reduciendo el sentir sólo al oído”.

Estornuda.

ACTOR 2.º ¡Salud, señor Ercilla! ¿Se resfrió?

ERCILLA. “Cualquier sombra Lautaro les parece, su rigurosa voz cualquier ruido, alzan la grito y corren, no sabiendo más de ver a otros ir corriendo”. (*La Araucana*).

Ercilla se coloca a un costado del escenario. Entran Guacolda y Matilde.

GUACOLDA. ¡Viene, Matilde! ¡Mi traro viene por mí!

MATILDE. ¡Tu traro, tu traro...! Todo el mundo se va, Teresa.

GUACOLDA. ¡Guacolda!

MATILDE. Y te aconsejo que también te vayas, porque la pelotera va a ser tan grande que no se va a distinguir quién es quién. Con las mujeres... ¡mejor ni pensar! Todo hueco es trinchera, dicen. ¡Claro que más de alguna vieja dirá que la guerra es guerra!

Entra la patrona.

PATRONA. ¿Metiste todo, Teresa? Llévate corriendo los bultos al barco, ¿oíste?

GUACOLDA. Que se los lleve Teresa, señora.

PATRONA. Por eso te estoy ordenando... ¿Qué...?

GUACOLDA. Porque Guacolda se queda.

PATRONA. Pero... ¿qué estás diciendo, muchacha alzada?

GUACOLDA. Llévase usted misma los bultos, señora. ¡Si puede...!

PATRONA. ¡China insolente, mal agradecida! ¡Quedas despedida!

Sale.

MATILDE. ¿En serio te vas a quedar...?

GUACOLDA. ¡Y era que no! ¡Con lo que he esperado este momento!

Entran F. Villagra y los actores 1.º, 2.º y 5.º, que cargan bultos. Gran agitación y carreras.

F. VILLAGRA. ¡Apuráos! Vamos, de prisa... ¿Estás ya las mujeres en el barco?

ACTOR 5.º Todas las españolas. ¿Las indias también...?

F. VILLAGRA. No. Que se vayan por tierra, con nosotros, si quieren.

ACTOR 2.º Hay gente que se resiste a dejar sus pertenencias, señor.

F. VILLAGRA. Tendrán que escoger entre ellas o su vida.

ACTOR 1.º ¡Rápido, rápido...! Los salvajes se acercan!

Entran la actriz 1.ª en el personaje de Juana Jiménez.

JUANA. ¡Detenéos! ¿Cómo podéis permitir la destrucción de la obra por la que don Pedro dio su vida? ¡Resistid como valientes!

“Decidme, ¿qué es de aquella fortaleza, que contra los que así teméis mostrasteis? ¿Qué es de aquel alto punto, y la grandeza de la inmortalidad a que aspirasteis?”

Ercilla aprueba complacido.

F. VILLAGRA. Doña Juana, no por nuestro gusto, tal descalabro habemos. Más, ni con cañones pudimos contener la avalancha salvaje. En Concepción ya no hay nada que hacer.

JUANA. “Dejáis quietud, hacienda y vida honrosa de vuestro esfuerzo y brazos adquirida, por ir a casa ajena embarazosa a do tendremos mísera acogida”.

F. VILLAGRA. Dios es testigo de que no queda más remedio.

JUANA. “¿Qué cosa puede ser más afrentosa que ser huéspedes toda nuestra vida? ¡Volved, que a los honrados vida honrada les conserve, o la muerte acelerada!”

Ercilla está entusiasmadísimo al oír sus versos en boca de Juana.

ACTOR 5.º Listos para partir, excelencia.

Se oye la corneta de Lautaro.

JUANA. “Volved, no vais así de esa manera, ni del temor os deis tan por amigo, que yo me ofrezco aquí, que la primera me arrojaré en los hierros enemigos”.

Ercilla no se contiene y aplaude emocionado.

F. VILLAGRA. ¡Vamos!

Salen Francisco Villagra y actores. También Juana y Ercilla. Este último felicitándola calurosamente. Guacolda se despoja de sus vestimentas españolas. Debajo lleva una sencilla túnica mapuche.

GUACOLDA. ¡Vuelvo a ser yo!

Y sale. Los actores avanzan hacia primer plano con la silueta de un barco que mueven como si navegaran. Se han puesto unas ridículas pelucas de mujeres. La actriz 1.º, que ha retomado el personaje de Matilde, entra corriendo.

MATILDE. ¡Esperen...! ¡No me dejen!

ACTOR 4.º Andate caminando, india. ¿Qué te has imaginado?

ACTOR 2.º ¿No digo yo? La servidumbre está cada día más imposible.

Matilde sale. Se escucha la corneta de Lautaro.

ACTOR 3.º ¡Ay, por Dios, escuchen...! ¡Es la bestia!

ACTOR 5.º ¡Qué espanto! ¡Yo me desmayo...!

ACTOR 1.º ¡Sople, marinero! ¡Sople, por favor... para que se hinchen las velas!

ACTOR 4.º ¡A navegar, niñas...!

Los actores navegan y lloriquean.

ACTOR 5.º ¡Adiós, Concepción...!

ACTOR 2.º ¡Adiós, Villarrica...!

ACTOR 1.º ¡Adiós, Angol...!

ACTOR 4.º ¡Adiós a los fuertes de Arauco y Purén...!

ACTOR 5.º ¡Adiós a toda la colonización del sur de Chile!

Se proyecta una diapositiva que se va agrandando paulatinamente. Muestra la figura de Lautaro a caballo, sin montura. Lleva coraza, lanza y un bonete de color rojo. También una corneta.

ACTOR 2.º ¡Miren! ¡Ahí está!

Entra Lautaro a una parte alta.

LAUTARO. ¡Inche Lautaro, apumbin ta pu huinca!

ACTOR 5.º ¿Qué dice?

ACTOR 1.º ¡Yo soy Lautaro, que venció a los extranjeros!

ACTOR 4.º ¡Farsante! Un poco más y se cree Julio César.

ACTOR 2.º ¡Ya las pagará! Sí, porque no está todo perdido aquí en el sur. En pleno corazón de Arauco se yergue la Imperial. No caerá. Porque más que ciudad, La Imperial es todo un símbolo.

LAUTARO. ¡Inche Lautaro, apumbin ta pu huinca!

Sale.

ACTORES. ¡La Imperial resistirá!

Transforman el barco en una chingana, arrojan lejos sus pelucas y se ponen algunas prendas de huasos, menos los actores 2.º y 5.º que salen, para caracterizarse como Marcos Veas y Pedro Villagra. Los que quedan en escena actúan con aire de estar "puestones". El actor 4.º trae un chuico y el 6.º, una guitarra.

ACTOR 4.º ¡Ganamos, compadre!

ACTOR 6.º Como tenía que ser, no más. Les dimos como a tarro.

ACTOR 4.º Como a bombo en fiesta.

ACTOR 3.º Y el Lautaro quería seguir tras ellos. ¡Será...!

ACTOR 1.º Bueno es el cilantro, pero no tanto.

Entran las actrices vestidas de huasas.

ACTRIZ 2.ª ¡Aquí llegó la alegría, niñitos!

ACTRIZ 1.ª Esto parece velorio. ¿Quién dijo salud?

ACTRIZ 4.ª Salud, pues, comadrita.

ACTOR 1.º ¡Momento...! Antes voy a brindar... por ella. (*Señala a la actriz 2.ª*) Por usted, mi hijita.

“Brindo, con dulce pensar,
con gran lujo y dulzura,
por toda la Araucanía,
que es un precioso lugar.
El brindis voy a brindar
por una blanca perlita,
quisiera que una visita
me admitiera y no la obligo,
si se viene usted conmigo,
su gusto nadie le quita”.

ACTRIZ 2.ª ¡Bueno que salió fresco usted...!

ACTOR 4.º Muy buena, compadre.

ACTRIZ 1.ª Eso no más quería. ¡Mírenlo!

ACTOR 1.º Si no es con usted la cosa, doña.

ACTRIZ 2.ª “Yo soy una pobre huasa
que me obligan a brindar,
pero me ha de disculpar
el círculo de esta casa;
yo dependo de una raza
que ya parece ser cuco,
y un tío tengo en Temuco
que es capataz y vaquero,
y un hermano salinero
donde llaman Guayaruco”.

Brindis populares tomados de “Tipos y cuadros de costumbres en la poesía popular del siglo XIX”, de Juan Uribe E.

ACTOR 1.º ¡Qué lindo, mi hijita! Sacó trago.

TODOS. ¡Salucita!

Beben.

ACTOR 3.º ¡A nosotros no nos gana nadie!

ACTOR 4.º ¿Y quién se va a atrever, a ver...?

ACTRIZ 2.ª ¿Para qué pelear más, digo yo? La vida hay que gozarla.

ACTOR 1.º Así se habla, mi hijita. ¡Salud!

ACTOR 6.º Pásenle la cogote de yegua a la comadre. Y que se cante una de pata en quincha.

Le pasan la guitarra a la actriz 2.ª

ACTRIZ 2.ª (*Cantando.*) “Póngale chicha a los vasos, póngale y póngale más, tengo el corazón partido y en chicha lo quiero ahogar”.

ACTOR 6.º ¡Esa es de hombre, comadrita! Después de triunfo tan grandazo... hasta que las velas no ardan

ACTOR 4.º Y que no moleste más el Lautaro.

ACTRIZ 1.ª Ahora está tranquilito. ¿No ven que debe estar de-le que suene con la prenda?

Todos ríen.

ACTRIZ 2.ª (*Cantando.*) “Póngale chicha al cacho y aguardiente a la cantora, porque el que muere curado va como cuete a la gloria”.

ACTOR 4.º ¡Hasta verte, Cristo mío!

Bebe directamente del chuico.

ACTOR 6.º Ya, pues, amigo. Déjele algo a la gente. Parece esponja usted.

ACTOR 3.º (*Pasándole un vaso a la actriz 1.ª*) Se la hago, mi hijita.

ACTRIZ 1.ª Se la pago, pues.

Beben.

ACTRIZ 2.^a (*Cantando, mientras van abandonado la escena con la actriz 1.^o*) “Vamos remoliendo, hijitos, que el infierno se ha vuelto agua, los diablos se han vuelto pejes y los condenados, taguas”.

(Cantos folklóricos tomados de *Baraja de Chile*, de Oreste Plath).

Los actores transforman la chingana en fortaleza, colocando en lo alto el águila bicéfala austríaca. Uno de ellos pone a cierta distancia y como en señalización de tránsito, un letrero que indica: “La Imperial. 15 kilómetros”. Luego salen, mientras ingresan Pedro Villagra y Marcos Veas.

MARCOS. Han pasado dos meses desde la destrucción de Concepción. ¿Por qué no han atacado La Imperial, teniéndolo todo a su favor? Podrían haber aprovechado el impulso que da el éxito.

VILLAGRA. ¿Sabéis por qué no lo hicieron? Porque después de una victoria se emborrachan durante semanas. De alegría. Y cuando sufren derrota, también se emborrachan: De pena.

Entra actor 1.^o

ACTOR 1.^o Capitán, grandes concentraciones de indios han ido llegando por las cercanías.

VILLAGRA. Estamos bien preparados para recibirlos. (*El actor 1.^o se retira.*) Al fin se sacudieron la modorra. Trabajo debe haberle costado a Lautaro despertar de su borrachera.

MARCOS. No creo que beba. Al menos jamás lo hizo, estando con Valdivia.

VILLAGRA. Las circunstancias cambian. Y con ellas las personas. Ahora es un reyezuelo. Y debe sobrepasar en vicios a los suyos, para destacar.

MARCOS. Él es de otro temple.

VILLAGRA. ¡Me irritáis, Marcos Veas! Mucha admiración mostráis por ese salvaje. ¡Voto a...! Eso tiene un nombre.

MARCOS. ¿Cuál, si se puede saber...?

VILLAGRA. ¡No me obliguéis a...!

MARCOS. ¡Insisto!

VILLAGRA. Da la impresión de que os encontráis preparado...

MARCOS. ¿Preparado a qué, Pedro Villagra?

VILLAGRA. A... solicitar clemencia, en caso necesario.

MARCOS. ¿Insinuáis que yo haría un traidor...?

Saca su espada.

VILLAGRA. ¿Olvidáis que soy vuestro superior?

MARCOS. Lo cual no os autoriza a insultarme.

VILLAGRA. Es cierto (*Marcos baja la espada.*) Sin embargo... es vuestro proceder el que...

MARCOS. ¿Porque no odio irracionalmente al muchacho? ¿No conocéis el predicamento de que hay que tratar de entender al enemigo, para poder vencerlo? Cualquiera con dos dedos de frente lo comprendería.

VILLAGRA. Obligados estamos. Veas, a permanecer juntos. ¡Que si no...!

MARCOS. Razón de más para que ahorréis vuestros torpes sarcasmos.

VILLAGRA. Aplazaremos esta diferencia para mejor ocasión.

MARCOS. Cuando queráis y en cualquier terreno, capitán.

VILLAGRA. Lo tendré presente. ¡Lautaro...! ¡Simpatizar con ese...! Desde la primera vez que lo vi, en Andalién, supe que sería un enemigo mortal. Y en varias ocasiones, en Santiago, se lo manifesté a Valdivia. Pero éste, confiado, reía.

Se escucha la risa de Pedro de Valdivia, que entra, cambio de ambientación, a dos años antes, en Santiago.

VALDIVIA. ¡Cómo no habría de reír, Pedro Villagra! Más bien debería indignarme el que opinéis tal de mi hijo.

VILLAGRA. ¿Hijo, decís...?

VALDIVIA. Así lo considero, no como a sirviente.

MARCOS. Poco ha ordenásteis, si mal no recuerdo, que le propinasen una feroz azotaina.

VALDIVIA. Lo que demuestra que es tratado como hijo. Alonso a menudo es tozudo y...

VILLAGRA. Rebelde, diréis. Y de mala índole.

VALDIVIA. Tonterías. Sus dotes me asombran. Notable como jinete. Y bien sabéis que los indios temen al caballo. Alonso cabalga formando un todo con el bicho. Se hace obedecer con el pensamiento. Pero lo más sorprendente es su preocupación por cuestiones militares. Sus preguntas sobre táctica y estrategia, me dejan admirado. Aspectos que ni a mis capitanes parecen interesar.

VILLAGRA. A lo que veo, esperáis de él un buen soldado. Más yo pregunto: ¿Para quién? Demasiada confianza mostráis en que será vuestro aliado.

VALDIVIA. Estoy empeñado en ello. Pienso que Alonso será algo así como un intermediario. Que contribuirá a civilizar a los suyos.

VILLAGRA. No lo creo así. A menudo lo he sorprendido escuchando conversaciones de nuestros oficiales.

VALDIVIA. Ya lo veis. Quiere aprender.

VILLAGRA. Se desliza silencioso como serpiente, escurridizo y...

MARCOS. Es indio, pues, Villagra. ¿Queréis que pierda sus características?

VILLAGRA. Se lo ha visto conversando en secreto con otros indios.

VALDIVIA. Fue castigado por ello. Y también los demás sirvientes.

VILLAGRA. Tengo la firme convicción de que no haréis de él un aliado. Todo lo contrario. ¿Y sabéis por qué, excelencia? ¡Porque no nos teme! Que a mi modo de ver, es lo peor que

pueda sucedernos. Porque así se socava la idea de nuestra superioridad. Y esto podría ser contagioso. Y acarreamos gravísimos daños. (*Pensativo, Valdivia sale. Retorna la ambientación escénica anterior.*) ¡Yo tenía razón!

MARCOS. Por desgracia nuestro poder está basado en el temor. (*Observa hacia un costado.*) ¡Indios...! ¡Se acercan en gran cantidad!

VILLAGRA. ¡Llegó la hora!

Ambos entran en la fortaleza. Ingresan la actriz 1.ª como Machi, el actor 1.º que trae un rehue²³, y los actores 3.º y 4.º, como Chillican y Catiray, respectivamente. La Machi sube al rehue.

MACHI. ¡Oh, Gran Pillán! ¡Diosa anciana, Dios anciano que estás en lo alto! Tú eres el iluminador de la tierra, el Dios Creador. Poblaste con gente esta tierra: hay mujeres y hay varones. Gente hay por disposición tuya. Tú haces salir tu antorcha para que sea iluminado todo el mundo. ¿Qué va a traernos el futuro? ¿Es bueno o es malo? (*Se escucha un trueno.*) ¡No te enojas, Gran Pillán, con tus mapuches! Indícanos qué debemos hacer. Te obedeceremos como siempre. (*Se escucha otro trueno. La Machi baja del rehue.*) ¡No nos favorece! El Gran Pillán está enojado.

CATIRAY. Lautaro ha ordenado atacar.

ACTOR 1.º Hay mucha gente enferma, pues. Tantísima gente con grandes fiebres hay.

MACHI. ¡El Gran Pillán no nos favorece!

ACTOR 1.º Hay, pues, hambre entre los mapuches. ¿Cómo poder sembrar con tanto guerrear? ¿Cómo cosechar con tanto guerrear?

CHILLICÁN. ¿Qué es esto, pues? ¿Guerreros están como viejas quejasas? ¡Lautaro siempre va con la victoria!

Se escucha la corneta de Lautaro.

MACHI. ¡No nos favorece! ¡Gran Pillán está enojado con mapuches!

Por la fortaleza asoman Villagra y Veas.

VILLAGRA. Se preparan a atacar.

MARCOS. Sin embargo, parecen indecisos. (*Mira al cielo.*) Está a punto de desatarse una tormenta. Bueno para nosotros.

VILLAGRA. ¡Con tormenta o sin ella, el águila bicéfala permanecerá incommovible en su sitio!

Vuelve a oírse la corneta de Lautaro, sonido que es cubierto por un gran trueno. Y de inmediato se desata una violenta tempestad. Entra Ercilla y recita a fuertes gritos.

ERCILLA. “Agua recia, granizo, piedra espesa
las intrincadas nubes despedían;
rayos, truenos, relámpagos apriesa
rompen los cielos y la tierra abrían”.

Luego sale entumido. En escena: confusión, sombras, efecto de rayos y relámpagos.

MACHI. ¡El Gran Pillán no da su favor! Dios de los huincas es muy poderoso.

Sale, seguida del actor 1.º

VILLAGRA. ¿Qué esperáis, indios maldecidos? ¡Atacad, tropa de cobardes...!

Se escucha insistentemente la corneta de Lautaro. Entra el actor 1.º

ACTOR 1.º ¡Lautaro golpeó a la machi! Dice que acobarda a los guerreros.

CHILLICÁN. Es grave acción.

Sale.

ACTOR 1.º ¡Sacrilegio! Atraerá la furia del Pillán.

Sale.

CATIRAY. ¡Lautaro dice que ataquemos...!

Sale.

VILLAGRA. ¡Mirad! Se van... ¡Huyen...!

MARCOS. ¡Ah, entiendo! La tempestad...

VILLAGRA. Sin pelear los derrotamos. Nuestra sola presencia los venció.

MARCOS. Ellos mismos se derrotaron. La superstición los venció.

VILLAGRA. ¡El águila imperial permanece triunfante!

Salen. Se extingue la tempestad. Ingresan penosamente los tres indios.

CATIRAY. Gente enferma. Gente muriendo.

CHILLICÁN. ¡Chavalongo!

ACTOR 1.º No nos mata el brazo del huinca. Nos mata el brazo largo del Pillán.

Entran las actrices y el actor 6.º, con aire campestre, trayendo una canasta de pic-nic.

CHILLICÁN. La fiebre mata.

ACTOR 1.º El hambre mata.

Tropieza con la actriz 2.ª

ACTRIZ 2.ª Tenga más cuidado. ¿No ve por dónde camina?

Salen los indios. Entre tanto, Villagra y Veas han desarmado la fortaleza y se despojan de sus atuendos hispánicos. Se escucha como fondo musical "La Pastoral" de Beethoven.

ACTRIZ 1.ª Este lugar está bueno, ¿no les parece?

ACTRIZ 2.ª Sí, quedémonos aquí.

Saca provisiones del canasto, mantel, etcétera.

ACTOR 6.º *(Comiendo una pata de pollo.)* Puez mira tú. No cabe duda que la Providencia ez española. De Zaragoza, por zupuezto. Pázame un huevo, ¿quieres?

Entran los actores 2.º y 5.º

ACTOR 2.º ¡Bien buena! ¡Podían habernos esperado siquiera...!

ACTRIZ 1.ª ¡Bah! Para qué se demoran tanto, pues.

ACTOR 5.º Pongámonos al día.

ACTOR 6.º ¡Eh! Zin precipitarze, que ez para todox.

ACTRIZ 2.ª Bueno, ¿qué mal fue el que atacó a los araucanos?

ACTOR 5.º (*Comiendo, al igual que todos.*) Chavalongo.

ACTOR 2.º ¿Y eso, con qué se come?

ACTOR 6.º Con ají y moztaza.

ACTRIZ 1.ª Fue una epidemia de tifus.

ACTOR 5.º No, de viruelas.

ACTRIZ 2.ª ¿No sería más bien fiebre amarilla?

ACTRIZ 1.ª Lo que fuese. El caso es que produjo una mortandad espantosa.

ACTRIZ 2.ª ¿Alguien quiere humitas?

ACTOR 6.º Yo.

ACTOR 5.º Si a las enfermedades importadas...

ACTOR 6.º Y zin pagar impueztoz.

ACTOR 5.º ...Se agrega el hambre, debido a la guerra...

ACTOR 2.º ¿Qué hay de beber?

ACTRIZ 1.ª Jugo de manzana.

ACTRIZ 2.ª Voy a buscar agüita.

Sale a cambiarse para el personaje de Guacolda.

ACTOR 6.º ¡Aj! ¿Por qué no trajeron vino?

ACTOR 5.º ...Tenemos que la tercera parte de la población mapuche sucumbió.

ACTOR 2.º Dicen que el hambre era tan grande, que hasta se desarrolló el canibalismo.

ACTRIZ 1.ª ¿Alguien quiere más pollo?

ACTOR 1.º Yo.

ACTOR 2.º ¿Y cuánto era la tercera parte?

ACTOR 5.º Unos cien mil.

ACTRIZ 1.ª (Al actor 6.º) ¡Ya, pues! Tú estás comiendo demasiado.

ACTOR 6.º ¿Quierez matarme de hambre? Yo no zoy mapuche.

ACTOR 5.º Todos esos males les causaron un quebrantamiento moral. Se debilitó la voluntad guerrera...

ACTOR 6.º Por ezo digo que la Providencia ez nueztra.

Entra Guacolda corriendo, jugando, se esconde. Luego entra el actor 4.º, siempre en su rol de Catiray, buscándola.

ACTOR 2.º ¿Y éstos, qué hacen aquí?

ACTRIZ 1.ª También andarán de pic-nic.

ACTOR 5.º ¿Sin traer comida?

ACTRIZ 1.ª ¿Les convidamos?

ACTOR 6.º ¿Estáz loca? ¡Yo no he comido cazi nada! Y esta gentuza arruina el paizaje. ¿Vámonoz más allá?

Recogen sus cosas y salen. Catiray descubre a Guacolda.

CATIRAY. ¡Te pillé!

GUACOLDA. ¡Ya, pues, Catiray! Mira que le cuento a Lautaro.

CATIRAY. ¿Qué? ¿Estoy haciendo algo malo?

GUACOLDA. ¿No te amarraron las manos cuando chico?

CATIRAY. Estábamos jugando, no te enojés.

GUACOLDA. Me gusta conversar contigo, pero no confundas con... No porque el toqui se lo lleve todo el tiempo lejos...

CATIRAY. Palabra que... Tú sabes, Guacolda, que él es mi mejor amigo.

GUACOLDA. Cuéntame más de él, ¿quieres? ¡Pero tranquilo! Cuéntame de cuando los huincas volvieron a repoblar Concepción.

CATIRAY. Bueno. (*Suspira.*) Poco más de un año había pasado, cuando...

GUACOLDA. Y entonces fue cuando Lautaro dijo que no había que permitirlo, ¿verdad? Pero cuéntame.

CATIRAY. Así fue, porque...

GUACOLDA. Y entonces reunió de nuevo a los guerreros, ¿no es cierto? Pero cuéntame, hombre.

CATIRAY. Como decía, ni un mes les duró la intentona a los huincas, porque...

GUACOLDA. Lautaro me trajo un vestido bien bonito, casi nuevo.

CATIRAY. Y yo te traje zapatos. ¿Por qué no te los pones nunca?

GUACOLDA. Porque uno es más grande que otro.

CATIRAY. No había más, pues. De todo el saqueo...

GUACOLDA. A mí me encantan las cosas bonitas.

CATIRAY. Por ti bajaría hasta el fondo del mar a buscarlas.

GUACOLDA. (*Seria y coqueta a la vez.*) ¡Catiray! ¿Ya empezamos...? Al menos contigo se puede hablar de estas cosas. En cambio, una vez traté de hacerlo con la Fresia... Esa gorda, mujer del cacique tan rebrutazo... ¿Cómo se llama?

CATIRAY. ¿Caupolicán?

GUACOLDA. El mismo. ¡Me cae tan mal el tuerto ese...! Se cree campeón mundial de pesas. Todo el día se lo lleva levantando troncos. ¡Será...! Bueno, conversaba con al Fresia, como te digo, y por poco no me tira su guagua por la cabeza. Se lo conté a Lautaro, pero él se rió no más. *(Entra Chillicán.)* ¡Chillicán! ¿Llegó Lautaro...?

CHILLICÁN. ¡Qué bueno que la encontré! No, puede venir. Pero me encargó...

GUACOLDA. ¿No viene...?

CHILLICÁN. ...Que se cuide mucho y...

GUACOLDA. ¿Pero qué se ha creído? Todo el tiempo afuera. Siempre metido con las tribus. Y yo... como si no existiera.

CHILLICÁN. Es tan importante lo que en este momento...

GUACOLDA. ¿Y yo... no significo nada para él?

CHILLICÁN. Entienda, Guacolda, que esta campaña... Bueno, él dice que será la última. Tomando la ciudad grande, dice, se acaban los huincas.

CATIRAY. La ciudad grande... ¿Santiago? *(Chillican afirma.)* ¡Está muy lejos...!

CHILLICÁN. Por eso los caciques han discutido tanto.

CATIRAY. Con razón. Locura es ir lejos de la tierra, pues.

CHILLICÁN. Yo creo en Lautaro e iré con él. Vengo a escoger guerreros aquí. *(Mira significativamente a Catiray.)* Guerreros bravos, valientes.

CATIRAY. Siempre he estado con él, pero... estoy a punto de cosechar. ¿Y para qué ir tan lejos? Al mapuche no le gusta salir de la tierra.

CHILLICÁN. No es capricho. Los picunches nos llamaron. Y piden ayuda.

CATIRAY. Esa gente del norte es cobarde.

CHILLICÁN. Se unirán a nosotros, dicen.

CATIRAY. Son sirvientes de los huincas.

CHILLICÁN. Quieren ser libres. Esto decidió a Lautaro, aunque vaya con pocos guerreros.

GUACOLDA. ¡Yo iré con él!

CHILLICÁN. ¡Niña...! La guerra es cosa de hombres.

GUACOLDA. Acompañaré al toqui. Por muy poquita cosa que parezca, quiero demostrar a todos que soy la digna mujer del toqui.

Sale.

CHILLICÁN. ¡Guacolda...! ¡Y ahora qué le digo, pues, a...!

CATIRAY. ¿Sabes, Chillicán? No podría dejar a mi amigo. Con él he estado en todos los combates, pues.

Entra el actor 6.º en su papel de Ercilla.

CHILLICÁN. ¿Y tus cosechas?

CATIRAY. ¡Que se pudran!

ERCILLA. “Y entre la gente joven, más granada fueron por él quinientos escogidos, mozos gallardos, de la vida airada, por más bravos que pláticas tenido los que Lautaro escoge son soldados amigos de inquietud, facinerosos, en el duro trabajo ejercitados, perversos, disolutos, sediciosos...”

Catiray y Chillicán lo miran con rabia. Ercilla, cauto y para disimular, cambia de tema.

“Sábese en la ciudad por cosa cierta que a toda furia el hijo de Pillano guiando un escuadrón de gente experta vienen sobre ella con armada mano”.

CATIRAY. ¿Y qué dicen los huincas?

ERCILLA. “Dicen que era locura claramente pensar que así una escuadra desmandada de tan pequeño número de gente se atreviese a emprender esta jornada, y más contra ciudad tan eminente, y lejos de su tierra, y apartada...”

CHILLICÁN. El toqui sabe lo que hace.

Y ambos salen. Ercilla los mira dubitativo, y se encoge de hombros.

ERCILLA. “El súbito temor puso en alerta y confusión al pueblo castellano; más la sangre, que el miedo helado había, de un ardiente coraje se encendía”. (*La Araucana*).

Sale Ercilla, no sin antes colocar —o bien este desciende del telar— un letrero que indica: “Santiago del Nuevo Extremo, noviembre de 1556”. Se provoca una diapositiva que muestra el actual centro de Santiago, con sus elevados edificios.

VOZ DESDE UN LATERAL. ¡Cambia esa foto, imbécil!

OTRA VOZ. ¿Pero no dijeron que de Santiago...?

VOZ DESDE UN LATERAL. ¡Sí, pero en 1556, cretino!

OTRA VOZ. Con buenas palabras cualquiera entiende.

Se proyectan rápidamente varias diapositivas del mismo lugar, pero con retroceso en el tiempo, produciéndose así el efecto de reducir una gran ciudad a Villorrio misérrimo, de muros de adobe y techos de paja. Entra el actor 1.º como pregonero. Luego, los actores 2.º y 3.º

PREGONERO. ¡Atención, vecinos de Santiago! Hoy a mediodía, un yanacona recibirá cien azotes de castigo, en el rollo de la plaza. El castigo será aplicado, porque el indio osó mirar con mala intención a la hija de un vecino de esta honrada villa. ¡No se pierdan el espectáculo! ¡Hoy a mediodía, hoy!

Sale.

ACTOR 3.º ¡Vaya! Algo de diversión, al cabo. ¡Qué ciudad más aburrida, Dios santo!

ACTOR 2.º ¡Y me lo decís a mí...! ¡Venir de Lima y su salero a parar a esta triste aldea...! ¿A quién miraría el indio con mala intención?

ACTOR 4.º A la hija del señor Varela.

ACTOR 2.º ¡Coño! ¡Pero si esa niña es más fea que el pecado mortal! ¿Quién osaría tener mala intención con semejante avo-castro? ¡Cómo no sea con la intención de matarla...!

ACTOR 3.º El yanacona debe ser miope. (*Entra el actor 4.º como Alguacil.*) Buenos días, señor Alguacil.

ALGUACIL. ¿Qué hacéis por acá, señores?

ACTOR 2.º Paseando un poco el aburrimiento.

ALGUACIL. ¿Por qué no colaboran con el trabajo, vuestas mercedes? Toda la población abre zanjas alrededor de la villa. Y almacenan cuanto alimento sea posible.

ACTOR 3.º Singular ocupación, por cierto.

ALGUACIL. ¿Qué...? ¡A poco me dirán que no habéis oído hablar de Lautaro...?

ACTOR 2.º Algo... sí.

ACTOR 3.º Me suena.

ALGUACIL. ¿Es posible que no sepáis que viene contra Santiago...?

ACTOR 2.º ¡Las pretensiones del nativo!

ALGUACIL. Todos debemos participar en la defensa, señores. Esto no es de burlas.

ACTOR 2.º Íbamos a colaborar en este momento, ¿verdad, Felipe?

ACTOR 3.º Sin duda.

ACTOR 2.º Supongo que se suspenderá el castigo al yanacona.

ALGUACIL. De ninguna manera. Se aplicará, así estuviesen los araucanos aquí mismo. Falta de tal magnitud la castigaría yo con la horca.

ACTOR 3.º Muy justo. Lástima que nos perdamos la diversión, Gonzalo.

Salen los tres en el momento en que ingresa el Pregonero.

PREGONERO. ¡Todo el mundo a defender la villa! ¡El siniestro rebelde se acerca! ¡Se sabe que intenta cruzar el río Maule!

Entra el actor 6.º, trayendo un micrófono, en el papel de locutor.

LOCUTOR. Atrasado de noticias, pregonero. No estáis a ritmo con la época. Retiráos, si os place. (*Sale el pregonero.*) A continuación, la voz del Mapocho entra en cadena nacional, para dar informaciones precisas desde el teatro mismo de los acontecimientos. Es una cortesía de Armaduras Rinoceronte, para la playa y el monte. Probarlas es adoptarlas. Armaduras Rinoceronte están a la venta en su local exclusivo de la Plaza de Armas. (*Entra la actriz 1.ª que le pasa un papel.* ¡Flash de último minuto! Los araucanos han alcanzado las orillas del río Mataquito. Nuestro puesto móvil afirma...

Entra la actriz 2.ª como vendedor de periódicos.

ACTRIZ 2.ª ¡Extra! ¡Extra! Los salvajes cruzan el paralelo 37' Sur.

LOCUTOR. Ya se encuentran en el paralelo 35', hace rato.

ACTRIZ 2.ª ¡Españoles y picunches aliados se han visto obligados a retroceder! ¡Los rebeldes no han respetado los acuerdos de...!

ACTRIZ 1.ª ¿Qué acuerdos, oiga?

ACTRIZ 2.ª ¿Y a mí qué me pregunta? Algún acuerdo tiene que haber, supongo. Y por último, yo vendo diarios no más. ¡Extra!

Sale.

LOCUTOR. La Voz del Mapocho os tendrá bien informados. Tengan por seguro que si existiesen Naciones Unidas... bueno, sin duda que discutirían bastante el problema. Pero no hay que alarmarse. A pesar de que nuestro gobernador, el excelentísimo don Francisco Villagra, se encuentran en el sur, más allá del territorio araucano. Y no hay que alarmarse, digo, porque

acaba de llegar a la capital su sobrino, el conocido y distinguido militar don Pedro Villagra, a quién tenemos hoy aquí, para entrevistarlo en forma exclusiva. (*Entra el actor 5.º en su rol de Pedro Villagra.*) Es una cortesía de Armaduras Rinoceronte, para la playa y el monte. Oferta especial de esta semana. Por la compra de una armadura, se regala una golilla auténticamente española. Don Pedro, si tiene la bondad... ¿Qué nos puede decir de la situación?

VILLAGRA. Está todo controlado. Debéis mantener la calma. Cualquier manifestación de pánico será extirpada de raíz. Se prohíbe todo rumor y noticia alarmista. Para tranquilidad de la población debe comunicar que ha sido enviada una expedición que solucionará rápidamente el problema.

Entra el actor 4.º, como soldado español, trayendo amarrado al actor 3.º, que hace de indio, lo coloca en el rollo y empieza a azotarlo. Las actrices acuden gozosas a mirar al espectáculo.

LOCUTOR. Gracias por tan alentadora palabras, señor Villagra. ¿Es efectivo que el ejército araucano es poco numeroso?

VILLAGRA. Así es. Se trata sólo de tropas aisladas. Sin duda ha habido oposición entre su gente para emprender esta ridícula aventura. Hasta ellos comprenden lo irrisorio de la empresa.

LOCUTOR. ¡Qué bien! Se dice que confiaban en un alzamiento indígena de las zonas ocupadas.

VILLAGRA. Posiblemente. Pero, para tranquilidad de todos, ello no ha sucedido. Pues nuestros indios colaboradores saben que, gracias a nosotros, tienen paz y justa autoridad. En cambio, los araucanos significan el retroceso, el caos, la barbarie. (*El Yanacoma Azotado se queja.*) Eso es todo por hoy.

LOCUTOR. ¿Algún saludo para la afición?

VILLAGRA. Reitero que guarden la debida calma. Yo estoy aquí. En La Imperial se presentó una situación mucho más grave. ¡Y solucioné el problema!

LOCUTOR. Muchísimas gracias, don Pedro Villagra. (*Sale Villagra.*) Ya lo saben, señoras y señores. Este alzamiento no tiene destino y será aplastado sin contemplaciones. Armaduras Rinoceronte, para la playa y el monte. También pueden ser ad-

quiridas en cómodas cuotas mensuales. (*Muy apurada, la actriz 1.ª Le pasa un papel.*) ¡Flash de último minuto! Tras un furioso encuentro entre nuestras invictas y gloriosas fuerzas y las del artero y felón enemigo, nuestros valientes han... ¿Qué...? ¿Cómo dice aquí...? ¡No puede ser...! Bueno... Parece que... se ha ordenado un... retroceso estratégico y... en este momento... Es decir... nuestras fuerzas se dirigen de vuelta a Santiago. (*El yanacóna, a quien han terminado de azotar, ríe, pese a su dolor, salen despavoridas las actrices y el actor 4.º*) En cualquier momento, nuevas informaciones. Armaduras Rinoceronte, para... para todo uso. Por si acaso, la Voz del Mapocho pasa a transmitir ahora desde sus estudios... situados en la punta del cerro.

(*Sale presuroso y se coloca el atavío correspondiente a Ercilla. Entra el actor 1.º, como indio, recoge al actor 3.º y lo traslada a un costado del escenario. La actriz 1.ª, también la india, lleva un recipiente con hojas que pone en la espalda del azotado.*)

ACTOR 1.º Descansa, hijo. Las hojas de calchacura y de llantén te van a curar. Para el dolor tómate este traguito de muday.

ACTOR 3.º Me castigaron injustamente, padre.

ACTOR 1.º Siempre lo hacen los huincas.

ACTOR 3.º Pero ellos también serán castigados por Lautaro.

ACTOR 1.º Sí, hijo. Entraron llorando a la ciudad. Venían todos sucios de barro y sangre.

Sale la actriz 1.ª

ACTOR 3.º Por eso estoy contento padre. A pesar del dolor, estoy contento.

ACTOR 1.º Lautaro nos vengará.

ACTOR 3.º Pero hay que ayudarlo, si queremos ser libres. No podemos estar sin hacer nada.

ACTOR 1.º A la mayoría asusta eso de ser libres, hijo. Por más que sean tratados como basura, se sienten protegidos por los huincas.

Vuelve la actriz 1.ª

ACTOR 1.º Acaban de salir cincuenta jinetes y 12 arcabuceros, capitaneados por Pedro Villagra. También van 300... de los nuestros.

ACTOR 3.º ¿Cómo puedes llamar nuestros a estos perros sarnosos? Yo voy con Lautaro, padre. Que se vea que no todos los yanaconas están con los huincas.

ACTOR 1.º Tienes que mejorarte, primero. Más adelante...

Entra Alonso de Ercilla leyendo, sumamente satisfecho, su obra "La Araucana". A su conocido atuendo español ha agregado algunos adminículos mapuches. En la cabeza lleva un bonete rojo, igual que Lautaro. En la frente un cintillo con varias plumas. De su cintura cuelga una macana. Entre tanto, los actores arman una empalizada. Ercilla recita con mucho brío, y tal como si fuese Lautaro.

ERCILLA. "Yo juro al infernal poder eterno (si la muerte en un año no me atierra) de echar de Chile el español gobierno y de sangre empapar toda la tierra".

Se retira a un costado sin salir de escena. Entran Pedro Villagra y Marcos Veas, vale decir los actores 5.º y 2.º

MARCOS. Intentaré hablar con el toqui.

VILLAGRA. ¿Hablar...? ¿Con qué fin?

MARCOS. Para que no continúe con esta insensatez y se retire.

VILLAGRA. ¡Peregrina idea! ¿Queréis protegerlo?

MARCOS. ¡Capitán...!

VILLAGRA. Me atengo a lo que decís.

MARCOS. Entended que quiero evitar un inútil derramamiento de sangre. ¿Recordáis que, no ha mucho, bastaba uno de los nuestros para desbaratar a ciento? Pues ya no es así. Observad su emplazamiento. No parece cosa de indios. Yendo como parlamentario, me respetará.

VILLAGRA. Alto concepto tenéis del salvaje. Sin embargo, no es mala idea la de ganar tiempo, mientras llega mi tío don Francisco y su hueste.

MARCOS. Mi intención es de paz. Deshonroso sería pretender amistad, llevando la traición tras la sonrisa.

VILLAGRA. Id, pues, donde... vuestro amigo.

MARCOS. Aún no está zanjada nuestra diferencia, Villagra.

VILLAGRA. Estoy lejos de olvidarlo, Veas.

Sale Pedro Villagra, Marcos Veas se acerca a la empalizada y levanta los brazos en signo de paz.

MARCOS. ¡Lautaro! ¡Soy yo...! (*Aparece Lautaro.*) ¿Me recordáis?

LAUTARO. Te recuerdo en la casa de Valdivia.

MARCOS. Vengo como amigo.

Lautaro lo mira fijamente.

LAUTARO. Amigo... ¿Vienes a tenderme una trampa?

MARCOS. Vengo a pedir que regreséis a Arauco. Atacar Santiago es empresa imposible.

LAUTARO. ¿No se vive por alcanzar imposibles?

Ercilla, que ha estado observando la escena, imita exageradamente a Lautaro y recita.

ERCILLA. “Marcos, de ti me espanto extrañamente,
y de esa tu inocente compañía,
que sin razón y seso, ciegamente
pensáis así de mi opinión mudarme
y ser bastantes todos a enojarme”.

Lautaro mira con sorpresa y disgusto a Ercilla. Luego da media vuelta y desaparece

MARCOS. (*Dirigiéndose a Ercilla, como si fuese Lautaro.*) Sólo has visto un puñado de los nuestros, Lautaro. Pero del otro lado del mar llegarán miles. Y tus mapuches no podrán contenerlos.

ERCILLA. (*Leyendo.*)

“¿Qué impulso os mueve o qué furor insano
que así queréis tiranizar la tierra?”

MARCOS. El imperio español es demasiado poderoso como para tratar de oponérsele.

ERCILLA. (*Leyendo.*) “Pues dejar yo jamás de perseguiros, según que lo juré, será excusado: hasta dentro en España he de seguiros, que así lo he prometido al gran Senado”.

MARCOS. Es soberbia sustentada en la ignorancia. Volved a Arauco. Intentemos vivir en paz. Si estableciésemos la frontera en el río Bío-Bío, ¿os daríais por satisfecho? ¿Exigirías aún algo?

Entran la actriz 1.ª y el actor 1.º, cautelosos y curiosos.

ERCILLA. (*Que había perdido la página correspondiente, la encuentra.*) “Treinta mujeres vírgenes apuestas por tal concierto habéis de dar cada año, blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas, de quince años a veinte, sin engaño...”

ACTOR 1.º ¡Miren con la que sale...!

ACTRIZ 1.ª ¡Cállate!

ERCILLA. (*Leyendo.*) “Han de ser españolas, y tras estas, treinta capas de verde y fino paño, y otras treinta de púrpura, tejidas, con fino hilo de oro guarnecidas”.

ACTRIZ 1.ª (*Riendo.*) ¡Quiere estar a la moda, el caballero!

ACTOR 1.º ¡Cállate!

ERCILLA. (*Leyendo.*) “También doce caballos poderosos, nuevos y ricamente enjaezados, y seis diestros lebreles animosos en la caza me habéis de dar cebados”.

ACTOR 1.º ¡Otra cosa le daría yo! ¡Dale duro, Marcos! Respondele como corresponde.

MARCOS. (*Dirigiéndose a la empalizada.*) ¡El filo de nuestras espadas castigará vuestra insolente lengua!

ERCILLA. (*Llamándole.*) ¡Pst!

Acude Marcos y coge el libro, Ercilla le indica dónde debe leer.

MARCOS. (*Leyendo.*) “Diciéndole: ‘No estés tan orgulloso que las parias que pides, ¡oh, Lautaro!, te costarán, si esperas, presto caro: En pago de tu loco atrevimiento te darán españoles por tributo cruda muerte con áspero tormento, y Arauco cubrirán de eterno luto”.

ERCILLA. (*Leyendo.*) Lautaro dijo: “Es eso hablar al viento; sobre ello, Marcos, más yo no disputo: las armas, no la lengua, han de tratarlo, y la fuerza y valor determinarlo”.

Ercilla sale muy satisfecho. Marcos Veas se traslada a un primer plano del escenario, un tanto desconcertado. Entra Pedro Villagra. Por otro sector del escenario entra Lautaro. Tras él Chillicán. La actriz 1.ª y el actor 1.º quedan al centro y miran hacia ambos sectores.

LAUTARO. Palabras así no habría dicho.

CHILLICÁN. Huinca poeta no sabe de mapuches.

VILLAGRA. ¿Lograsteis hablar con el rebelde?

MARCOS. No estoy muy seguro.

CHILLICÁN. Lautaro, la gente natural de esta región no nos ayuda.

LAUTARO. Estoy triste por eso. Ellos nos llamaron. Fue la razón de que viniéramos, siendo tan pocos.

CHILLICÁN. Y ahora nos vuelven la espalda.

VILLAGRA. ¿Pero pudisteis sacar algo en limpio?

MARCOS. Parece infatuado. No acepta razones.

VILLAGRA. ¿Eso os extraña?

LAUTARO. Debemos castigarlos.

CHILLICÁN. Peor sería. Solos quedaríamos, pues.

LAUTARO. Ya estamos solos. Igual que el cóndor en montaña.

ACTRIZ 1.^a Oye, me da la impresión de que estamos de más.

ACTOR 1.^o Lo mismo pienso yo.

ACTRIZ 1.^a ¿No nos habremos equivocado de escena?

ACTOR 1.^o Vámonos, mejor.

Salen disimuladamente.

MARCOS. Sin embargo tiene que haber un medio... una forma de lograr la paz.

En el otro sector entran Guacolda y Catiray.

VILLAGRA. ¡Iluso! No la habrá mientras viva ese miserable.

CATIRAY. Hay descontento en los guerreros. Estamos muy lejos de la tierra, dicen.

VILLAGRA. ¡Métodos pacíficos...! ¡Sólo la fuerza cuenta!

GUACOLDA. ¿Es que esta guerra no terminará nunca?

LAUTARO. Cuando las gentes duermen y se dejan aplastar, los mapuches les recuerdan cuál es su deber.

CATIRAY. Están cansados los guerreros. Murmuran. Quieren volver atrás.

LAUTARO. *(Asiéndolo del cuello.)* ¿Los guerreros o tú, Catiray?

Lo suelta y Catiray se aparta rencoroso.

VILLAGRA. *(Mirando hacia un lateral.)* ¡Albricias! Ha llegado mi tío don Francisco. ¡Y vienen con grande gente!

Sale.

LAUTARO. Libre está el queltehue²⁴ en la laguna. Los huincas partirán con el viento. A nadie debemos servir, si no queremos. El puma nunca será sirviente del zorro. Cuando no ha-

ya huincas, los mapuches y todas las gentes naturales deberemos ser como uno solo. El río es más fuerte que arroyitos. ¡Juntos todos! Desunidas las tribus no valen. Nubes juntas dan el rayo. Separadas se deshacen, sol las seca.

Sale y lo sigue Chillicán. En el otro sector también sale Marcos Veas.

CATIRAY. Nadie entiende lo que dice. Va contra la costumbre lo que quiere. El huecufe²⁵ se le ha metido dentro. ¡Sí...! ¡El Pillán lo señala con su dedo de rayos!

GUACOLDA. ¿Y tú eres su amigo...?

Inicia el mutis.

CATIRAY. Porque soy amigo, no quiero que se pierda. Ni tú con él, Guacolda. Volvamos a la tierra. Todo lo que tengo es tuyo. Para ti, todo.

GUACOLDA. *(Lo escupe.)* ¡Huecufe está en tu cuerpo, Catiray! ¡Andate tú! Vuelve a tu ruca y emborráchate con muday.

Sale. Catiray lleno de ira, sale también por otro sector. Desde ambos laterales surgen furibundos gritos de guerra.

VOCES ESPAÑOLAS. ¡Santiago... y cierra España!

VOCES MAPUCHES. *(Chivateo.)* ¡Oveoveoveoveoveové!

Entra Ercilla recitando sumamente inspirado.

ERCILLA. “La grita, el sobresalto, los rumores, el súbito alboroto de la guerra, las sonoras trompas y atambores hacen gemir y estremecer la tierra”.

Entran los actores.

ACTOR 2.º Basta, señor Ercilla. Esta pelea no debería continuar. Es absurda.

Ercilla, sin darse por aludido, sale de escena.

ACTRIZ 2.ª Cierto. Podrían arreglar este lío entre los jefes, mejor.

ACTOR 3.º ¿En lucha singular, como en la Edad Media?

ACTRIZ 2.ª ¡Claro! Así debería hacerse con todas las guerras.

ACTOR 4.º Se terminarían ligerito.

Entra Lautaro. Por el sector opuesto entra Valdivia. Los actores retroceden como espectando un duelo del "lejano oeste".

LAUTARO. ¡Vete a tu tierra!

VALDIVIA. ¡Esta es mi tierra!

LAUTARO. ¿Tuya, extranjero...?

VALDIVIA. Sí, mía, porque la amo. Aquí he puesto todo mi esfuerzo. Todas mis esperanzas... ¡Todo cuanto soy! Se ama más lo que más cuesta. Y a mí me cuesta hasta la vida. ¿Puede haber mayor expresión de amor? Sabed que aunque Su Majestad me ofreciese el más alto cargo en la Península, lo rechazaría sin vacilar. "Pues esta tierra es tal, que para vivir en ella y perpetuarse, no la hay mejor en el mundo". (*Cartas.*) Aquí no nací, es cierto. Pero yo escogí. A vosotros la naturaleza os arrojó ciegamente, al azar... ¡Y os sentís dueños! ¿No vale más esta elección mía, voluntaria, que el mero accidente de nacer en ella?

LAUTARO. Elegiste por una razón. Porque aquí puedes dominar. Porque aquí haces tu voluntad. Tú no amas la tierra, huinca. ¡Amas el poder! Pero esta tierra "tan amada", no es sitio vacío. Pertenece a gente que es de aquí, que vive en ella. ¿Qué derecho tienes para quitársela?

VALDIVIA. El derecho y el deber de hacerla más rica y productiva.

LAUTARO. ¿Para quién? ¡Para ti!

VALDIVIA. Para ti, también. Para todo el que viva aquí. Y más que nada, para los que vendrán después. Cuando tú y yo no seamos más que polvo.

LAUTARO. Cientos mueren en tus lavaderos de oro. Agua de hielo en los pies, sol en la espalda. Miles aran y plantan sin recompensa. Espinas en los pies, sol en la espalda. Trabajan para ustedes siendo los legítimos dueños. ¡Esclavizados! Eso es peor que la muerte. Libre canta el pidén muere en la jaula.

VALDIVIA. ¡Qué sabéis vosotros de libertad...!

LAUTARO. La vivimos.

VALDIVIA. ¿Se puede ser libre sumergido en la barbarie?

LAUTARO. ¿Se puede ser libre metido en tu civilización?

Ambos se han ido acercando, hasta quedar frente a frente. De pronto Valdivia toma afectuosamente de los hombros a Lautaro.

VALDIVIA. ¡Alonso... hijo! Sí, hijo, pues te quise como a tal.

LAUTARO. Alonso te admiraba y... te estimaba, a pesar suyo. Tenía confusión dentro. Hasta darse cuenta de que había falsedad. ¿Padre...? Puma no roba voluntad a cachorro.

VALDIVIA. Conmigo habrías alcanzado lo que ningún otro indígena.

LAUTARO. ¿Cómo mapuche o como español?

VALDIVIA. Como hombre nuevo de esta tierra nueva.

LAUTARO. Palabras engañosas. Lautaro habría sido nada más que un indio con costumbres ajenas. Aparentando siempre lo que no es. Con miedo y con sonrisas. Disimulando su color moreno. Buscando aprobación, disculpando torpezas. Ni hombre ni mujer. Un utensilio. ¡Yo soy de los míos! Para ellos construyo...

VALDIVIA. ¡Destruís! ¡Impedís que vuestro pueblo ascienda a una cultura superior!

LAUTARO. ¿Como la que das a los yanacunas...?

VALDIVIA. Comencé por lo fundamental: cristianizarlos.

LAUTARO. ¿Para que sean más dóciles?

VALDIVIA. Para que sean hombres de verdad. Y no bárbaros paganos.

LAUTARO. Somos bárbaros. Tanto, que somos todos iguales. Sin amos ni sirvientes.

VALDIVIA. Tenéis docenas de caciques. Y vos sois un principillo que...

LAUTARO. Yo soy el toqui elegido para esta guerra. Pero una vez acabada... o antes, si mi pueblo lo exige, soy un igual. ¿Podrías tú decir lo mismo? Tierras y minas son de todos. Nadie es dueño solo. Todos trabajamos en la siembra y la cosecha. ¿Puedes tú y los tuyos decir lo mismo? Cierto, Valdivia, somos bárbaros. Déjanos así.

VALDIVIA. No permitiré que se interrumpa el desarrollo en esta tierra.

LAUTARO. ¿Ni tus negocios?

VALDIVIA. ¡Esto no es negocio! Es sagrada misión encomendada por su Majestad...

ACTOR 1.º Y los banqueros.

Valdivia se vuelve furioso hacia él.

VALDIVIA. Esta empresa heroica va en servicio de Dios, de España, de la Humanidad entera...

Lautaro da media vuelta y emprende el mutis.

VALDIVIA. ¿Os vais?

LAUTARO. Nada queda por decir. Tú eres tú y yo soy yo. Tú a los tuyos. Yo a los míos.

VALDIVIA. Considerar la posibilidad... no, la necesidad de una tregua.

LAUTARO. ¿Bajo qué términos?

VALDIVIA. Los que convengan al bienestar general.

LAUTARO. Quieres decir el de ustedes los huincas.

VALDIVIA. Cada cual en lo suyo, de acuerdo, pero en paz.

LAUTARO. Zorros y choroyes²⁶ no pueden vivir juntos. El zorro siempre comerá al choroy, a menos que éste vuele.

VALDIVIA. ¡Insensato! ¿No ves que seréis aniquilados? ¿Tanto te ciega el orgullo?

LAUTARO. El cóndor prefiere morir en las cumbres.

VALDIVIA. ¡Loco, soberbio...!

LAUTARO. El cóndor no soporta cadenas, así sean de plata.

VALDIVIA. ¡Pero tú caerás pronto, indio!

LAUTARO. Lautaro es alto coigüe²⁷ que aplastará la tormenta. Pero nacerán otros coigües y crecerá el bosque, cerrándose para el invasor. El que pretenda hacerse amo en esta tierra, no podrá sostenerse por largo. Se secará, porque la tierra no le dará jugos. Se secará y caerá. Y lo arrastrará el viento del desprecio.

Los actores salen silenciosamente, siendo los últimos Valdivia y Lautaro. Ercilla al salir coloca un letrero —o éste baja del telar— que indica: “Peteroa, campamento de Lautaro. Enero de 1557”. Entra Guacolda, ve a Lautaro que se va, hace un ademán de llamarlo, pero se contiene. Entra Chillicán y luego Catiray.

CHILLICÁN. Me dijo cobarde. A mí, que siempre he estado con él.

CATIRAY. A mí me maltrató, tú viste.

GUACOLDA. Más debió haberte hecho.

CATIRAY. Está peor que huinca.

CHILLICÁN. No tal, pero hay cambio en él.

GUACOLDA. Porque desmayan. Porque andan murmurando.

CATIRAY. No cree en dioses. Pegó a la machi²⁸.

GUACOLDA. Porque metía temor a los guerreros.

CATIRAY. Se cree igual que el Pillán.

GUACOLDA. ¡Catiray, sapo malo, boca de culebra...!

CATIRAY. Mujer... ¡embrujada estás por un demonio!

GUACOLDA. ¡Demonio eres tú, que escupes despecho!

Profiriendo una maldición, Catiray trata de golpearla. Interviene Chillicán rudamente.

CHILLICÁN. ¡Qué es esto, pues! ¿Y Catiray es bravo guerrero? ¡Mal andamos...!

GUACOLDA. Lautaro no te quiso insultar, Chillicán. Te quiere y te tiene admiración.

CHILLICÁN. Así será, pues. Pero yo, fuera de la tierra, soy árbol sin raíces. Me vuelvo a la tierra.

GUACOLDA. ¡Te necesita! Hay desaliento en él, ayúdalo. (*Chillicán sale.*) ¡Chillicán...!

Ella sale también. Entra Ercilla con el atuendo con que pretende imitar a Lautaro.

ERCILLA. “¿Quién al pueblo araucano ha restaurado
en su reputación que se perdía?
¿Pues el soberbio cuello no domado
ya doméstico al yugo sometía?
Yo soy quien de los hombros le ha quitado
el español dominio y tiranía:
mi nombre basta solo en esta tierra
sin levantar espada a hacer la guerra”.

Sale.

CATIRAY. ¿Que tu nombre basta, dices? A causa de ti, los mapuches estarán de duelo. Aplastados seremos. Cherrube vomitará fuego por los campos. Todo será mal. Sequedad y sangre habrá. El huecufe habita tu cuerpo, Lautaro. Y el Pillán te señala con su dedo de rayos. Pero yo soy tu amigo, tu hermano... ¡Yo no quiero...! Busqué sitios peligrosos frente a los huincas, para morir. Pero el Pillán me protege. ¡Y me persigue hora tras hora...! En la noche me habla. No me deja dormir. Mapuches perderán mi protección, dice. (*Entran los actores 3.º, 5.º y 2.º como Francisco Villagra, Pedro Villagra y Marcos Veas. Rodean a Catiray que está al centro del escenario, mirando fijamente hacia el público.*) El Pillán me ordena sacar el huecufe de tu corazón, amigo. Yo no quiero hacer lo que debo hacer. Pero hay que hacerlo. (*Sin mirarlos, se dirige a los españoles.*) Mostraré camino para llegar a Lautaro, sin que él se dé cuenta.

P. VILLAGRA. Es un ardid del toqui.

CATIRAY. No hay trampa. Es el Pillán que lo ordena.

F. VILLAGRA. ¿A cambio de qué...?

CATIRAY. De que no haya más guerra. Por eso el Pillán me obliga a perderme. Y a perder mi mejor amigo.

MARCOS. No precisamos de traiciones. El indio está perdido.

F. VILLAGRA. Pero así evitaremos más bajas en nuestra hueste.

Entran alegres las actrices y los actores 1.º y 6.º La actriz 2.º lleva guitarra.

ACTOR 1.º ¡Huija, mi alma! ¡Y nos fuimos con la cueca de los traidores!

ACTOR 1.º ¡Ayavayavá! ¡Ayavayavá!

ACTOR 1.º *(Recita.)*

Huija, rendija,
la mama y la hija.
Los indios mapuches
no juegan al luche
y cuando están lachos
son peor que borrachos.
¡Huija!

ACTRIZ 1.ª ¡Y se va la primera!

ACTRIZ 2.ª *(Tocando y cantando.)* Ayayay, Catiray
indio mañoso,
culebra venenosa,
sapo asqueroso.
No es el Pillán que dices
el que te ordena,
es el diablo en la sangre
que te encadena.
Que te encadena, ay sí,
a tus desvelos
y a Lautaro traicionas
de puros celos.
No eres na' de valiente,
indio caliente.

ACTOR 1.º ¡Recitado!

ACTRIZ 1.ª (*Imitando a Catiray.*)
Les diré, aunque lo lamento,
cómo entrar al campamento.

ACTOR 1.º (*Imitando a Marcos.*)
No usemos de malos medios,
actuemos cual caballeros.

ACTRIZ 2.ª (*Imitando a P. Villagra.*)
Ya salió este don Quijote
anticuado y monigote.

ACTOR 6.º (*Imitando a F. Villagara.*)
Tomándolos de sorpresa
ahorramos vidas nuestras.

ACTRIZ 1.ª (*Imitando a Catiray.*)
A Guacolda respetar
pido con toda humildad.
Y acabándose la guerra,
me la llevaré a la tierra.

ACTOR 6.º (*Imitando a F. Villagra.*)
Contaré con nuestro amparo
y también el tal Lautaro.
A España los enviaremos
a que vayan prisioneros.

ACTRIZ 1.ª (*Imitando a Catiray.*)
¡No, él tiene que morir!
El Pillán eso insistir.

ACTOR 1.º ¡Y nos vamos con la segunda, mi alma!

ACTRIZ 2.ª (*Tocando y cantando.*)
La traición es un bicho
muy repugnante
Catiray insidioso,
tonto cargante,
enmascaras pasiones
tras ideales
y son puras mentiras
muy personales.
Muy personales, sí,
qué mala suerte,

que Lautaro, mi toqui,
vaya a la muerte.
Es pa' quedarse muda
con tanto Juda.

Salen las actrices y los actores 1.º y 6.º.

CATIRAY. ¡No iré con ustedes!

F. VILLAGRA. ¡Irás! Por poco que me agrade andar con zambandijas.

Pedro Villagra sujeta a Catiray con rudeza y se lo pasa a Marcos Veas. Entra el actor 1.º como Mapuche y se sienta en medio del escenario como si dormitase. Se escucha un son lento de cultrun, que tiene mucho de fúnebre. Entran, en otro plano, Guacolda y Lautaro. Se sientan. Ella, apoyándose en él, duerme. Luego entra Ercilla, severo, ya sin su ridiculizante tocado indígena. La iluminación se toma cruda, un tanto onírica, de pesadilla.

ERCILLA. “Aquella noche el bárbaro dormía con la bella Guacolda enamorada a quién él de encendido amor amaba, y ella por él no menos se abrasaba”.

Sigilosamente se desplazan Francisco y Pedro Villagra. Entra la actriz 1.ª

“De ninguno fue visto ni sentido

ACTRIZ 1.ª la causa era la noche ser oscura

ERCILLA. Y haber los centinelas desmentido,
por parte descuidada por segura;

ACTRIZ 1.ª caballo no relincha, ni hay ruido
que está ya de su parte la ventura:

ERCILLA. ésta hace las bestias avisadas,
y a las personas, bestias descuidadas”.

Entra Valdivia al mismo plano alto donde estuvo Lautaro al finalizar la primera parte.

“No esperaron los nuestros más, que en viendo ser ya tiempo de darles el asalto, de súbito levantan un estruendo con soberbio alarido, horrendo y alto”.

FRANCISCO Y PEDRO VILLAGRA. (*Levantando sus armas.*) ¡Santiagoooo...!

ERCILLA Y MARCOS VEAS. ¡A ellos...!

LOS CUATRO. ¡Y cierra España!

Desgarrante sonar de bronces. Proyecciones rapidísimas de "Guer-nica" de Picasso, en total y en fragmentos agrandados. Se incorporan Lautaro, Guacolda y el actor 1.º Lautaro sube rápidamente hacia un practicable. Se proyecta una gran diapositiva de Lautaro desafiante. Catiray se desprende de Marcos Veas, coge una lanza y la arroja sobre la imagen proyectada. La imagen se va extinguendo. Lautaro se derrumba lentamente, como llama que se apaga.

ERCILLA. "Por el siniestro lado, ¡Oh dura suerte!
rompe la cruda punta, y tan derecho,
que pasa el corazón más bravo y fuerte
que jamás se encerró en humano pecho".

Sin ser tocado, cae también el actor 1.º

"Ningún bárbaro en pie quedó en el fuerte,
ni brazo que poder moviera espada".

Guacolda corre alelada donde está Lautaro caído y se arroja sobre él.

GUACOLDA. ¡Lautaro...! ¡No mueras...! Dices que la muerte no importa... ¡Pero yo te quiero conmigo! Te necesito... ¡para poder vivir! Tu fin será mi fin.

CATIRAY. Guacolda.

GUACOLDA. (*Tardando en reconocerlo.*) ¿Tú...? ¿Aquí y con vida...? ¿Puedes... cuando los valientes han muerto sin rendirse?

CATIRAY. Vivo para ti.

GUACOLDA. ¡Ni desprecio mereces!

CATIRAY. Para llevarte a la tierra, Guacolda. Vamos.

GUACOLDA. ¡Nunca! Preferiría pertenecer al último huinca, que ir contigo a donde tú tampoco podrás volver. ¡Muerdo contigo, Lautaro!

Se desmaya, Pedro Villagra la toma en brazos y salen.

CATIRAY. ¡No! (*Corre donde Francisco Villagra.*) ¡Los huincas me prometieron...! (*Corre hacia donde salió Pedro Villagra con Guacolda.*) ¡Tienen que cumplir...! (*Vuelve donde Francisco Villagra.*) Huinca. La mujer es para mí. ¡Lo prometiste!

F. VILLAGRA. ¿Quién te prometió nada, alimaña? (*Levanta su espada. Catiray, llorando, sale. Marcos Veas se acerca a Lautaro y lo contempla con tristeza. Valdivia también, desde el plano alto. Ercilla permanece abstraído, mascullando versos. Se oyen alegres trompetas de triunfo. Francisco Villagra alza muy en alto el pendón de Castilla.*) ¡Vencimos!

Se incorpora el actor 1.º y le arrebató el estandarte.

ACTOR 1.º ¿Vencieron?

Ambos salen por distinto lado. Se incorporan Lautaro ante la mano que le extiende Valdivia. Entran las actrices con Guitarra. Luego los demás actores, menos el 1.º, que caracterizará luego a Felipe II.

ACTRIZ 1.ª (*Canta.*) Adiós mi señor Valdivia
 Adiós, mi Lautaro amigo.
 Se van por las negras sombras
 hacia lo desconocido.
 Pero nos dejan herencia
 que no quedará en olvido,
 de resistencia y valor
 ante cualquier desafío.
 Adiós, mi señor Valdivia.
 Adiós, mi Lautaro amigo.

Entra Felipe II, iracundo.

FELIPE II. ¡Maldito! ¡Maldecido lugar, que me consumió la flor de los guzmanes!

ERCILLA. (*Inclinándose con reverencia.*) ¡Majestad, don Felipe...!

FELIPE II. ¡Quítate! ¡Tú y tu "Araucana"! ¿Cómo pudiste admirar ese lugar infernal? En un siglo, 29 mil españoles murieron peleando en esa tierra "que no la hay mejor en el mundo", como dijera irónicamente Valdivia. Y 60 mil yanaconas auxi-

liares. ¡Pero esos a quién le importan! Lo peor, lo peor de todo... y esto sí que no lo puede soportar mi piadoso corazón, fue que se gastaran 37 millones de pesos. ¡Qué barbaridad! ¡El mayor costo en toda la conquista de América! ¿Y para qué, digo yo? ¿Qué aportaba, en cambio, la más pobre de mis colonias? ¡Puros dolores de cabeza! ¡Puros gastos! ¡Qué gente la de ese lugar, tan soberbia...!

ERCILLA. "...gallarda y belicosa, que no ha sido por rey jamás regida ni a extranjero dominio sometida".

FELIPE II. ¿Qué decís, Ercilla?

ERCILLA. (*Remarcando.*)
"Que-no-ha-sido-por-rey-jamás-regida ni-a-extranjero-dominio-sometida".

FELIPE II. ¡Zafiedades! Todo no ha sido más que gastos completamente inútiles. Me voy a El Escorial. ¡Y no me molesten, que no estoy para nadie!

Sale.

ACTRIZ 1.^a (*Canta.*) Adiós, mi señor Valdivia.
Adiós, mi Lautaro amigo.

Valdivia y Lautaro^{2º} desaparecen por el foro. A continuación, y con mucho brío, cantan todos los actores, actuando como solista la actriz 2.^a Al mismo tiempo se proyectan diapositivas, acordes con el ritmo musical, de momentos fundamentales en la Historia de Chile hasta hoy.

ACTRIZ 2.^a Si los males parecieran...

TODOS. ...Señor Valdivia.

ACTRIZ 2.^a que nos quieren aplastar...

TODOS. ...Lautaro amigo.

ACTRIZ 2.^a de adentro surge el ancestro...

TODOS. ...con gran porfía.

ACTRIZ 2.^a y fuerzas para aguantar...

TODOS. ...el cruel destino.

ACTRIZ 2.ª De unos, perseverancia...

TODOS. ...en el trabajo.

ACTRIZ 2.ª de otros, la libertad...

TODOS. ...lo más querido.

ACTRIZ 2.ª legados indestructibles...

TODOS. ...señor Lautaro.

ACTRIZ 2.ª de nuestra comunidad...

TODOS. ...Valdivia amigo.

Continúan con ritmo ascendente.

ACTORES 1.º, 2.º Y 3.º ¡Val...

ACTORES 4.º, 5.º Y 6.º ...taro!

ACTRICES. Por rey jamás regida.

ACTORES 1.º, 2.º Y 3.º ¡Lau...

ACTORES 4.º, 5.º Y 6.º ...divia!

ACTRICES. Dominio sometida.

ACTRIZ 1.ª Y ACTORES 1.º, 2.º Y 3.º ¡Jamás dominio...

ACTRIZ 2.ª Y ACTORES 4.º, 5.º Y 6.º ...regida sometida!

Van saliendo por distintos lados.

ACTRIZ 1.ª Y ACTORES 1.º, 2.º Y 3.º ¡Jamás...

ACTRIZ 2.ª Y ACTORES 4.º, 5.º Y 6.º ...sometida!

Desaparecen.

TELÓN

NOTAS

¹ Pedro de Valdivia (1497-1553) nace en Villanueva de la Serena, Extremadura. Joven se alistó en el ejército español, estuvo en Italia, participó en la batalla de Pavia y conquista de Milán. Marchó al Nuevo Mundo, Venezuela, y pasó al Perú, en donde en 1535 colabora con Francisco de Pizarro (1476-1541). En 1537 Valdivia es nombrado Maestro de Campo. Interviene en la batalla de Las Salinas, entre las tropas de Pizarro y Diego de Almagro. A comienzos de 1540 se dirige a Chile con 150 soldados, 3.000 indios de servicio, animales, semillas y herramientas. Con él va Inés de Suárez. Funda Santiago de Nueva Extremadura el 12 de febrero de 1541, además de La Serena (1544), Concepción (1550), La Imperial, Villarrica y Valdivia (1552), Angol o Los Confines, y los tres fuertes de Arauco, Tucapel y Purén.

Entre los colaboradores de Valdivia se encuentra Francisco de Villagra (1511?-1563) nombrado por Valdivia regidor del Cabildo de Santiago (1541) y su lugarteniente general en 1547. En 1552 fue enviado a explorar al otro lado de los Andes. En 1553 se encontraba en la fundación de Osorno, cuando muere Valdivia. Se hizo cargo del Gobierno y la lucha denodadamente contra los mapuches, pero es derrotado en Marihuenu por Lautaro el 9 de febrero de 1554. En esta ocasión los araucanos usaron por primera vez el lazo, atado a unas picas largas y el ataque en hileras sucesivas de cinco en fondo. Villagra contaba con 154 soldados y ocho cañones de montaña. Lautaro se fortificó posteriormente cerca del río Mataquito donde es sorprendido por Villagra y muerto en 1557. El virrey del Perú nombra gobernador a su hijo García Hurtado de Mendoza quien llega a Chile en 1557 y envía preso a Villagra en lugar de Hurtado de Mendoza. Toma posesión en 1561. Al morir, le sucedió en el mando su primo Pedro de Villagra, teniente general.

² Según Vicuña Mackenna (*Lautaro y sus tres campañas contra Santiago 1553-1557*, Santiago, 1876), Pedro de Valdivia tenía entre su numerosa servidumbre tres pajes favoritos, Andrés, Agustín y Felipe. Hijos de "loncos" los tres, Andresillo —acos-

tumbraba llamarlos por su diminutivo— era del valle de Copiapó; Agustinillo, del Mapocho, de la familia del cacique de Colina, Calacante y el tercero Felipillo, de la comarca llamada propiamente Arauco, es decir, el país de *Ragco*. Había recibido el nombre de Felipe en honor del hijo único de Carlos V. Su nombre era Lautaro, hijo de un *lonco* o jefe, Curiñancu, “águila negra”.

³ Yanacona es una voz híbrida. Del quechua “yana” negro y de “cona” mocetón, guerrero. En sentido figurado, los que traicionaron a los suyos. Los cronistas los denominaban “indios de servicio”.

⁴ Andalién, río que nace en la cordillera y desemboca al mar, en la bahía de Talcahuano. De las voces “antu”, sol y “lien” plata. Plata que brilla al sol. En sus riberas se encontró por vez primera Pedro de Valdivia con los mapuches.

⁵ Diego de Almagro (1478?-1538). Hijo ilegítimo adopta el nombre de su pueblo. Sólo cuando adquiere fama, los cronistas tratan de completar su biografía. Salió de España para las Indias en 1514 con don Pedro Arias Dávila —Pedrarias Dávila, el Gran Justador— gobernador del Panamá. Con él luchó en las campañas del Darién y Costa Firme, obteniendo la fama de buen capitán y alguna fortuna. En 1524 forma una sociedad con Francisco Pizarro y don Hernando de Luque para lo que se conoció como la “empresa del Perú”. Lograda la conquista del imperio inca, la campaña más notable de Almagro es la expedición a Chile, la que hizo acompañado por el hermano del inca Manco Capac, Paullo Topa y de Villac Umu, gran sacerdote además de numerosas tropas indias. En septiembre de 1535 sale del Cuzco. En el paso de los Andes sus tropas sufrieron hambres y fríos glaciales que no sólo causaron bajas, sino que provocó la deserción del hermano del inca, del sacerdote indígena y de los indios peruanos. Al llegar a Coquimbo supo de la nueva división territorial hecha por el rey. Se le nombraba Mariscal de la Nueva Toledo, Chile, provincia que se extendería al sur de la Nueva Castilla, que se le asignaba a Pizarro y que era lo conquistado por éste y sus acólitos. Como no se sabía si la ciudad de Cuzco pertenecía a una u otra provincia Almagro decide regresar para ocuparla. Los reveses sufridos en Chile y las penurias, a fuer de no encontrar en éste los tesoros que brindó la conquista del Perú, alientan el regreso de la tropa por el “camino del inca”. Llegan a Arequipa en 1537, de allí a Cuzco donde inicia la primera de las guerras civiles del Perú. Fue derrotado en la batalla de las Salinas, cerca del Cuzco. Prisionero,

fue juzgado por Hernando Pizarro apresuradamente quien ordenó se le diera garrote en la propia cárcel, degollándosele luego en la plaza pública. Esto ocurre en 1538. En los tres años previos a la conquista del Perú, fue el auxiliar más destacado de Pizarro. Hizo cinco viajes a Panamá para auxiliarlo. Arriesgó sus propios bienes, perdió un ojo y algunos dedos de su mano en su lucha contra los indios en Pueblo Quemado. Su gloria consistió en fijar en la historia el “descubrimiento de Chile” al llegar al valle de Copiapó en abril de 1536.

⁶ Toqui. Voz que pareciera provenir del quechua “toque”, jefe. Título que se le otorgaba al jefe, en tiempos de guerra. La palabra *cacique* empleada por los cronistas y Ercilla, no pertenece al vocabulario mapuche. Tal vez proviene del Caribe. Esta palabra designaba también a la insignia de piedra que simbolizaba el poder del mando.

⁷ Pillán. Antepasado tutelar, que protege a los componentes de su estirpe. Tenían su morada en las nubes o altas montañas. Desde allí dirigían las fuerzas de la naturaleza. De su voluntad dependía el buen o mal tiempo, las cosechas, los volcanes, temblores, truenos y tempestades. Para obtener la voluntad de los pillanes, los mapuches celebraban un ceremonial llamado *nguillatún*. El culto de los antepasados tenían importancia, pues las fuerzas y poderes contenidos en los totems podían incorporarse a la personalidad de los miembros del grupo descendiente del tótem. Los principales tótems de los mapuches son los siguientes:

Huenu	: cielo, alto
Antu	: sol, día
Cura	: piedra, roca
Lemo	: bosque, selva
Lafquén	: mar, lago
Milla	: Oro, brillo
Ñancua	: águila
Lebo	: río
Co	: agua
Choique	: avestruz
Llanca	: piedra brillante, joya
Vilu	: serpiente, culebra
Manuida	: montaña
Manque	: cóndor
Pangui	: león, puma.

⁸ Huinca. Extranjero. La etimología tendría su origen en el quechua “pu inka”, *los incas*, los primeros en aparecer como ex-

tranjeros en territorio mapuche. Por asociación significó también enemigo, vil, embustero, ladrón. Recordemos que ésta es la visión del invadido.

⁹ Traro. Ave de presa. Notable por su ánimo audaz y valeroso, al atacar de preferencia a los animales vivos.

¹⁰ Huemul. Cuadrúpedo de talla mediana, de pelaje pardo. Semejante al ciervo americano, está prácticamente extinguido. Conjuntamente con el cóndor forma parte del escudo nacional de Chile, diseñado por el artista inglés Charles Wood y que oficialmente entregara al país el presidente Joaquín Prieto el 26 de junio de 1834.

¹¹ Francisco Pizarro (1476-1541). Natural de Trujillo, Extremadura. Hijo ilegítimo del capitán Gonzalo Pizarro, sirvió con su hermano y su padre a las órdenes de Gonzalo Fernández de Córdoba el Gran Capitán, en Italia. Probablemente estuvo allí entre 1488 a 1501. En 1502 sale para las indias desde España y acompaña a Balboa cuando éste descubre el Mar del Sur. Estando en la isla de las Perlas oye hablar de Birú o Perú. En Panamá se asocia con Diego de Almagro y el clérigo Hernando Luque para emprender la búsqueda y conquista del Perú. Pizarro asume la dirección, y Almagro la administración y jefatura en segundo grado. Parte de Panamá en 1524 con 80 soldados y cuatro caballos. Regresa a fines de 1527 con noticias ya ciertas de la existencia del Imperio Inca. El gobernador de Panamá Pedro de los Ríos niega su ayuda a Pizarro para emprender la conquista y éste se dirige a España para concertar las "capitulaciones" con Carlos V, las cuales logra el 26 de julio de 1529. Las capitulaciones era una especie de contrato entre el Rey y un particular, hecho por capítulos. Por ellas se prometió a Pizarro el cargo de gobernador, capitán general y adelantado. El Perú se llamaría Nueva Castilla. No logró para su asociado don Hernando de Luque el título de Obispo de Tumbes, sino el de Protector de los Indios del Perú. A Almagro se le dio el título de hijodalgo y gobernador sustituto de Pizarro. Salió Pizarro de Panamá a principios de 1531 con tres naves, 185 soldados y 37 caballos. La caballería se fue por tierra.

Al atardecer del 15 de noviembre de 1532 hace prisionero al Inca Atahualpa en Cajamarca. El rescate del Inca ascendió a 40.000 marcos de plata y a 971.125 pesos de oro, según el acta firmada por el escribano Pedro Sancho. Pizarro entra en el Cuzco el 15 de noviembre de 1533. El 18 de enero de 1535 Pizarro funda la Ciudad de los Reyes, que pronto toma el nombre de Lima, de *Limac* como llamaban al río Rimac. El mismo

año funda Trujillo y hace reparto de indios. Desatadas las guerras civiles, el Consejo de Indias dictamina enviar al licenciado Cristóbal Vaca de Castro para poner orden en las nuevas tierras. Los almagristas, también llamados "los de Chile" al mando de Juan de Rada asesinan al marqués Pizarro el 26 de junio de 1541. Murió soltero, pero tuvo cuatro hijos mestizos con dos princesas incas.

¹² Las Salinas. En este sitio, el 26 de abril de 1538, Hernando Pizarro, Gonzalo Pizarro, Pedro de Valdivia y Alonso de Alvarado derrotan y hacen prisionero a Diego de Almagro. Las Salinas es uno de los capítulos de las llamadas "guerras civiles del Perú". Hubo cinco. La explicación del origen reside en varias causas. La primera guerra surge del contrato entre Pizarro, Luque y Almagro. La segunda es resultado de la primera, provocada por el aislamiento de "los de Chile". La tercera, por el poco tacto del virrey Núñez de Vela al aplicar el cumplimiento de las Nuevas Leyes de 1542 que privaron a los viejos conquistadores del fruto de sus ganancias: supresión de los repartimientos de tierras y de indios. Las dos restantes son una secuela de la anterior y de la rebelión de Lope de Aguirre.

¹³ Chile. El nombre fue conocido desde tiempos antiguos. Los indios peruanos lo transmitieron a los españoles quienes cambiaron Chili por Chile. La hipótesis más segura es que deriva del quechua "Tchili" frío o nieve, nombre con que los indios designaron el río y el valle del Aconcagua. Por eso denominaban a la región Chilimapu (tierra de Chile) y el idioma Chile-dugu (lengua de Chile).

¹⁴ Cultrún. Instrumento musical. Es una especie de tambor. Se utiliza en las ceremonias religiosas y en las curaciones mágicas.

¹⁵ Pifilca. Especie de flauta de notas agudas. La hacían de madera y piedra. Se dice que en tiempo de guerra, los mapuches las confeccionaban de las tibias y canillas del enemigo.

¹⁶ Trutruca. Instrumento musical de viento que tiene una extensión de hasta seis metros. Puede emitir sólo dos notas graves, que se oyen a gran distancia.

¹⁷ Proceso de Valdivia en Perú. Valdivia esperaba refuerzos del Perú que debían traerle, su piloto genovés Juan B. Pastene y Alonso de Monroy. Antonio de Ulloa había sido comisionado para ir a España. En octubre de 1547 llegó Pastene a San-

tiago. Las noticias que traía: Monroy había sido muerto, Antonio de Ulloa lo había traicionado. Grandes cambios y revueltas se producían en Perú. En vista de ello y de la llegada del licenciado Pedro de la Gasca, enviado por la corona a restablecer la autoridad real, Pedro de Valdivia decide ir al Perú. Como no tenía dinero, ideó un plan, al cual nos referiremos en nota 19.

Valdivia deja a Francisco de Villagra como gobernador interino. Se dirige al Perú en el "Santiago" barco de Pastene, el 13 de diciembre de 1547. Llega a Lima en enero de 1548 y se pone bajo las órdenes de La Gasca, quien con su ayuda derrotó a Francisco de Carvajal, el "demonio de los Andes", teniente de Gonzalo Pizarro (1548). La Gasca lo nombra gobernador de Chile, y Capitán General de la Nueva Extremadura. Lo autorizó para enganchar gente, prohibiéndose llevar indios peruanos o admitir en sus filas a los comprometidos en la última revuelta. Por la escasez de brazos, Valdivia admite a toda clase de aventureros. La Gasca recibe noticias en tal sentido y ordena su detención. Al estar en Lima Valdivia, es acusado por sus enemigos en Chile quienes llegan al Callao el 24 de octubre. El memorial acusatorio contenía cincuenta y siete capítulos. El 19 de noviembre de 1548, La Gasca pronuncia sentencia. Y el Consejo de Indias, en carta del 26 del mismo mes, resumía el fallo, declarándolo inocente, anotando que,

Nos pareció a todos que se le debía dar licencia para que conforme a la provisión que en el Cuzco se le hizo de gobernador y capitán general de las provincias de Chile, prosiguiese su jornada, con que se le mandase lo que se contiene en los capítulos que van en fin de la segunda información. (Encina, 257).

¹⁸ El jefe de los indios del valle de Aconcagua, Michimalonco, encabeza la sublevación contra los españoles recién establecidos en una agrupación de ranchos con parapetos de palos, bautizada como Santiago de Nueva Extremadura. En represalia, Valdivia apresa a siete jefes indios. Al recibir noticias que desde el sur avanzaba un cuerpo de indios, decide enfrentarlos en el valle de Cachapoal y sale con noventa jinetes. Deja en Santiago treinta y dos jinetes y dieciocho arcabuceros, y alrededor de trescientos cincuenta yanaconas, a las órdenes del teniente gobernador Alonso de Monroy. A las cuatro de la mañana del domingo 11 de diciembre de 1541, los indios atacan las empalizadas que defienden el campamento. Al no poder vencer la resistencia de los españoles, prendieron fuego a los ranchos de paja. Se repliegan los defensores y combaten en la plaza. Ya están perdidos. Inés de Suárez recuerda que Valdivia tiene como

rehenes a siete jefes indios. Propone degollarlos y arrojar sus cabezas a los asaltantes. Ella misma ayuda al degüello y Monroy conviene en dar una carga a pie y a caballo. Allí está doña Inés, "revestida de una cota de malla". Cuando regresa Valdivia, sólo encuentra los escombros de Santiago. Ordena su reconstrucción. Inés de Suárez fue la única mujer española que vino en la expedición de Valdivia. Compañera de éste, más tarde se unió en matrimonio con el capitán Rodrigo de Quiroga. Vivió hasta su muerte en Chile, ocurrida en 1580.

¹⁹ Al querer dirigirse al Perú para obtener refuerzos y ayuda, Pedro de Valdivia, idea una estratagema. En Valparaíso ancla el barco de Pastene y anuncia a sus soldados que Alderete y Villaga irían al Perú a buscar gente. El que quisiese irse de Chile, mediante el pago de una tasa, podría llevarse el oro que hubiese juntado. Unos quince o dieciséis pobladores decidieron aceptar tal propuesta, unos para regresar a España y otros para ir al Perú y regresar con mercaderías. Cuando los caudales estaban a bordo del "Santiago", Valdivia los invitó a una comida bien regada en Valparaíso como despedida. Luego se escabulló y abordó el "Santiago". Los insultos y denuestos de los burlados, no lograron detener el barco. El trompeta Alonso de Torres, entonó el antiguo romance "Cata el lobo, do va, Juánica" y rompió su instrumento contra las rocas. El escribano Juan Pinel, al que se refiere el dramaturgo, se dirigía a Granada para establecer a sus hijas, con su caudal. Se volvió loco de pesar. Valdivia declaró después que llevó al Perú cien mil castellanos, cuarenta mil del apropiado y sesenta mil suyos y préstamos que solicitó. Ordenó a Francisco de Villagra pagar lo "expropiado" con el producto de los lavaderos de oro que le pertenecían. Para una relación novelístico-histórica de este período de la Conquista en Chile, léase de Carlos Droguett, *Cien gotas de sangre y doscientas de sudor*, Santiago, Editorial Zig Zag (1961).

²⁰ Caycayvilu. De "caycay" fuerza de las aguas y "vilu" serpiente. Ser mitológico al que se le atribuye el diluvio que anegó el país de los mapuches. Fue combatido por un ser benefactor de los hombres, Trentren, que representaba la fuerza de la tierra. En larga lucha, éste la venció, y aprisionó entre las montañas y quebradas, dando nacimiento a los lagos y ríos.

²¹ Cheruve. Ser de la mitología mapuche; explicaban con él la caída de aerolitos y la aparición de cometas. Para ellos era un espíritu de fuego que surcaba los cielos y generalmente acarrearba desgracias y muertes.

²² Coligue. Caña que alcanza cierta altura. Firme y flexible, los mapuches la utilizaron para la construcción de sus rucas y lanzas.

²³ Rehue. De "re" puro y "hue" lugar. Era también un símbolo sagrado que presidía las fiestas religiosas, especialmente el guillatún. Río de poco caudal, en la ciudad de Angol.

²⁴ Queltehue. Ave zancuda de plumaje negro y vientre blanco. Frecuenta los lugares pantanosos, donde se alimenta.

²⁵ Huecuve o huecufe. Ser mitológico que produce el mal. Azuza los malos instintos, lanza flechas invisibles sobre los hombres e introduce elementos extraños en el cuerpo humano, ocasionando enfermedades. El machi puede "sacar el mal".

²⁶ Choroy. Ave de plumaje verde, fuerte pico encorvado y lengua que le permite articular ciertos sonidos semejantes a la voz humana. Se asemeja al loro europeo. Vuela siempre en bandadas.

²⁷ Coigüe. Arbol de la zona mapuche. Alcanza hasta cuarenta y cinco metros de altura se utilizaba para construir embarcaciones. Actualmente para construcción.

²⁸ Machi. Sacerdote, médico, hechicero. En los primeros tiempos eran de sexo masculino, pasando después esta función a las mujeres. El machi es un intermediario entre el mundo mágico y el de los seres humanos. Observa la conducta de los animales, conoce el uso de las yerbas, plantas. Es un consejero y principalmente un médico naturista. Su conexión y alianza con las fuerzas ocultas le permiten no sólo extraer el mal del cuerpo sino del alma.

²⁹ Lautaro. De "lev" ligero, rápido y "traro" ave de presa parecida al aguilucho. Los cronistas e historiadores coinciden que el padre era un lonco o ulmén llamado Curiñancu (Águila negra) lo que demuestra que aquél descendía de una línea totémica emparentada con las aves de presa. El Lautaro histórico (1535?-1557) fue caballerizo de Valdivia y a los dieciocho años se convirtió en toqui. Él empleó la táctica de los ataques sucesivos y el uso de los lazos. Gerónimo de Vivar, cuyo manuscrito fue encontrado en 1966 y que ya hemos citado, narra el fin de Lautaro en estos términos:

“Aquí murió el Lautaro y otro capitán y más de doscientos y cincuenta indios. Los indios mataron un espa-

ñol que se decía Joan de Villagrán. Este asiento tenía este capitán indio a orillas de un caudaloso río, y por delante tenía dos acequias de agua y un cañaveral y monte por las espaldas. Esta batalla se dio domingo ocho de mayo de 1557 años. Hecho esto se volvió el general a la ciudad de Santiago". (*Op. cit.* 234.)

Francisco de Villagra, en carta al rey, decía de sus adversarios:

"Eran estos indios los que mataron al gobernador Valdivia, sin que escapase persona que pudiera traer la nueva y los que me desbarataron a mí y me mataron setenta y seis hombres; e gente que pelea en escuadrón, puestos en sus hileras y sacan dellas sus mangas de muchos flechero; y tiene tan buena orden que jamás se destrozan hasta que se llega al cabo del escuadrón, pelean con picas, garrotes y lazos; es tanto su determinación que jamás se ha visto en nación en otras partes". (Encina, *op. cit.*, 371.)

Lautaro, inmortalizado su genio militar por Ercilla, se convertiría en los albores de la Independencia en símbolo del amor a la nueva patria y de rechazo al extranjero invasor. De caudillo del pueblo mapuche se transformó en enseña latinoamericana en las guerras de la independencia. José de San Martín, Alvear, Zapiola, Pueyrredon y otros iniciados en la masonería europea, fundan en Buenos Aires en 1812, la *Logia de Lautaro y de Caballeros de América*, más conocida como Logia Lautarina, cuya finalidad era iniciar a los interesados en la independencia, y consagrarlos mediante un juramento. Su ámbito de acción no se limitó a la Argentina, sino que se extendió a Chile, Perú, Bolivia y Uruguay.

NOTA DEL AUTOR. Esta obra fundamenta trama y personajes en estudios de historiadores y ensayistas como Jaime Eyzaguirre, Benjamín Vicuña Mackenna, René León Echaiz, Tomás Thayer Ojeda, Ricardo E. Latcham y Tomás Guevara.

En poetas como Alonso de Ercilla y Pablo Neruda. Y en novelistas como Fernando Alegría y Carlos Barella.

TÍTULOS PUBLICADOS

- N.º 1. ¡AY, CARMELA!, de José Sanchis Sinisterra (agotado)
- N.º 2. OCAÑA, EL FUEGO INFINITO, de Andrés Ruiz López
- N.º 3. COMBATE DE NEGRO Y DE PERROS, de Bernard-Marie Koltès
- N.º 4. EL ANGOSTO CAMINO HACIA EL PROFUNDO NORTE/MISA NEGRA/PASIÓN, de Edward Bond
- N.º 5. LOS ÚLTIMOS DÍAS DE EMMANUEL KANT CONTADOS POR ERNESTO TEODORO AMADEO HOFFMANN, de Alfonso Sastre
- N.º 6. LA NOCHE ES MADRE DEL DÍA, de Lars Norén
- N.º 7. BANTAM, de Eduardo Arroyo.
- N.º 8. YO, MALDITA INDIA..., de Jerónimo López Mozo (agotado)
- N.º 9. EDMOND, de David Mamet
- N.º 10. GRANDE Y PEQUEÑO, de Botho Strauss
- N.º 11. DESEO, de Josep Maria Benet i Jornet
- N.º 12. EL PAPA Y LA BRUJA, de Dario Fo (agotado)
- N.º 13. LAS LARGAS VACACIONES DE OLIVEIRA SALAZAR/EL NIÑO DE BELÉN, de Manuel Martínez Mediero
- N.º 14. ROBERTO ZUCCO, de Bernard-Marie Koltès
- N.º 15. INTERVIEW DE MRS. MUERTA SMITH POR SUS FANTASMAS, de Agustín Gómez-Arcos

- N.º 16. KING KONG PALACE/LA SECRETA
OBSCENIDAD DE CADA DÍA, de Marco
Antonio de la Parra
- N.º 17. CARICIAS/ELSA SCHNEIDER, de Sergi
Belbel
- N.º 18. ÚLTIMA BATALLA EN EL PARDO, de
José María Rodríguez Méndez
- N.º 19. LA NOCHE DE HERNÁN CORTÉS, de
Vicente Leñero
- N.º 20. SANTA ISABEL DEL VÍDEO y MIRANDO
AL TENDIDO, de Rodolfo Santana
- N.º 21. EL RETABLO DE ELDORADO/LOPE DE
AGUIRRE, TRAJIDOR/NAUFRAGIOS DE
ÁLVAR NÚÑEZ, trilogía americana de José
Sanchis Sinisterra
- N.º 22. EL CARNAVAL DE LA MUERTE
ALEGRE, de Carlos José Reyes
- N.º 23. DIGO QUE NORTE SUR CORRE LA
TIERRA, de Sergio Arrau

PRÓXIMOS TÍTULOS

- N.º 24. AZTECAS, de Michel Azama



MINISTERIO DE CULTURA

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música